

# **LIONETTA**

**Por Alejandro Aristimuño**

## I

El chalet constaba de dos plantas, lucía sus paredes pintadas de blanco, aberturas de madera barnizada y techo de tejas rojas y de estilo colonial. Tenía un jardín delantero con plantas floridas y unos ligustros aéreos, mientras un camino de baldosas de cerámica de un color ladrillo brillante zigzagueaba desde la puerta principal hasta el portón de rejas que se levantaba sobre la línea municipal. Todo el frente de la propiedad estaba protegido por una reja de hierro negro, como también sucedía con las ventanas; en tanto que la vereda era del mismo tipo y color de baldosa.

La entrada de vehículos funcionaba en la parte trasera del amplio lote, cuyos laterales y fondo estaban delimitados por muros de ladrillo a la vista. El garaje era un espacio semicubierto y con capacidad para dos rodados; y se ubicaba a un costado de la vivienda, junto a jardín posterior, en cuyo centro había una pileta de natación rodeada por largos macetones que contenía diversas especies de plantas.

Desde la piscina hacia el norte del terreno se podía apreciar una enorme terraza que se conectaba a través de una puerta ventana vidriada con la habitación matrimonial, el ambiente más grande de la planta alta y en el que funcionaba un baño en suite.

A su vez, desde la terraza, en la que había una baranda con columnas de hormigón blancas, se podía observar todo el jardín, que siempre tenía el pasto cortado al ras, mientras que en el extremo opuesto al garaje se levantaba un quincho con parrilla.

En el piso de arriba había un segundo baño ubicado en medio de las otras dos habitaciones: una con vista a la calle lateral y la otra a la adelante. Y en la planta baja funcionaba un *toilette* debajo de las escaleras que nacían del living, el cual se separaba de la cocina comedor por una arcada.

Todo el piso del interior de la planta baja estaba revestido de laja negra y el de la planta alta con una alfombra beige. Y al igual que las aberturas, los muebles eran de una madera de un tono nogal.

Esta hermosa y lujosa propiedad ocupaba toda una manzana, por lo que las viviendas vecinas se hallaban a una distancia considerable; y había sido construida en el interior del barrio cerrado *Villa Estancia Cabrera (VEC)*, ubicado unos cinco kilómetros al oeste del centro de la ciudad y a pocas cuadras de las dos rutas más transitadas de la zona, la cual se caracterizaba por la presencia de enormes campos dedicados a la producción agrícola y ganadera.

Esta rica llanura se extendía por toda la ciudad y sus alrededores, aunque el chalet se situaba en una de las pocas lomas que abultaban levemente un terreno sumamente fértil gracias al agua del ancho río que lo cruzaba por el medio y a través de frondosos plátanos que formaban un túnel natural desde ambas orillas, a la vez que la hermosa costanera sumada a la variada oferta gastronómica y hotelera resultaban un importante atractivo turístico, siendo esta la segunda actividad económica de una ciudad con una antigua historia que se remontaba a la colonización española del Siglo XVIII. Y si bien se trataba del segundo distrito más grande, poblado e importante de la región detrás de la Capital Provincial, conservaba aires de pueblo, con un estilo de vida tranquilo y silvestre.

Desde el Puesto I de seguridad privada que funcionaba en la entrada del barrio cerrado no se alcanzaba a ver el chalet dado que la calle de ripio sobre la que se situaba la propiedad hacía una pronunciada curva, en cuya banquina se desplegaba una hilera de ceibos. Sin embargo, cuando se salía de ese giro o uno se acercaba desde el otro extremo del camino la vivienda resaltaba desde lo alto de la loma. De todos modos, solo se podían advertir los movimientos del frente ya que los muros de laterales y del fondo impedían la

visión hacia al interior. Por esa razón es que el inmueble estaba orientado hacia la parte posterior del lote. De esta manera, la mayor parte de la actividad de sus moradores quedaba circunscripta a una privacidad casi absoluta.

“VEC”, como solían llamar al barrio sus propios vecinos, quienes, a su vez, se rehusaban a ser considerados pueblerinos, estaba construido en los terrenos que habían sido el casco urbano de la gran estancia instalada por la familia de un general andaluz que formó parte de los conquistadores de esa región tan verde y fértil.

*Pedro* residía enfrente al chalet y tenía una copia de las llaves de la entrada de vehículos del mismo, por lo que así pudo ingresar al predio, donde el resto de los accesos interiores estaban cerrados solo con pestillo, un hábito muy frecuente entre los habitantes del barrio.

Habían pasado unos minutos de las dieciocho y el sol comenzaba a ocultarse detrás de las copas de los fresnos americanos que se erguían rectos y de espaldas al poniente. Al vecino le llamó la atención que el interior del chalet estaba completamente a oscuras. Ni una sola luz encendida.

Entró por el living y primero se dirigió hasta la cocina comedor: vacía. “¡Hola! ¿Hay alguien en casa?!” exclamó tratando de elevar demasiado su tono de voz en caso de que alguien estuviese durmiendo una siesta prolongada. Al no recibir ninguna respuesta, regresó sobre sus pasos y subió lentamente la escalera hacia la planta alta, donde los últimos rayos de sol aun alcanzaban a filtrarse entre las cortinas que adornaban la ventana del pasillo que conducía a los distintos ambientes. “Buenas...”, insistió Pedro con delicadeza. “Disculpen...”, continuó a medida que se acercaba a la habitación del medio, la única que tenía la puerta entreabierta.

El silencio era absoluto. Y cuando miró hacia el interior del dormitorio, sin abrir más la puerta y pasando con su cuerpo de costado por el espacio disponible, advirtió en

el ambiente un manto de penumbras dado que los postigos estaban, extrañamente, cerrados. Así que encendió la luz desde el interruptor de la pared y así pudo observar a la dueña de casa tirada sobre la cama de una plaza, desnuda, excepto por una sábana que le cubría hasta la zona genital.

El cuerpo yacía boca arriba y en diagonal. Y alrededor del cuello tenía anudado un cinto de toalla rosa.

Pedro tardó unos segundos en reaccionar hasta que se acercó hasta la cama y tomó a la mujer del brazo. “¡Ey!, ¡ey! ¡¿Estás bien?!”, gritó el vecino quien, inmediatamente percibió un olor fétido que indicaba que la persona estaba muerta desde hacía un tiempo considerable.

Espantado, el hombre abandonó el chalet y se dirigió rápidamente hasta su casa, donde llamó a su hijo *Alexis*, la única otra persona que se encontraba en ese momento en el lugar ya que el resto de la familia había salido a pasear para disfrutar una tarde despejada y agradable. “¡Está muerta!, ¡Está muerta! ¡Avisá a la seguridad privada!”, le ordenó al joven quien, sin entender del todo que era lo que estaba sucediendo, obedeció; al tiempo que Pedro, desencajado, tomó su celular y regresó corriendo hasta la vereda del chalet.

*Sergio* estaba de turno en el Puesto I y tras recibir el llamado telefónico de *Alexis* se subió al móvil que tenía asignado y condujo los cuatrocientos metros que lo separaban del chalet. Y al estacionar frente al mismo vio a un hombre que le hacía señas: era Pedro.

—¿Usted fue quién llamó? —el vigilador descendió del móvil con una linterna en la mano en función de que las sombras se habían posado definitivamente sobre la propiedad y sus alrededores.

—No, no. Fue mi hijo. Pero yo le dije que lo hiciera —Pedro estrechó la mano de Sergio, quien notó que el hombre temblaba.

—¿Qué pasó?

—Está muerta. Para mí, la mataron.

—¿De quién habla?

—De la mujer que vive ahí —Pedro estiró el brazo y señaló hacia el chalet—.

Venga. Sígame.

Por su parte, Alexis salió a la puerta de su casa, pero no llegó ni a pisar la calle porque su padre le pidió que se quedara adentro. “Me ubicás en el celu, ¿sí?”, le explicó Pedro.

Instantes después, el vecino y el vigilador entraron al chalet por el mismo lugar que lo había hecho el primero de ellos y subieron a la planta alta. Una vez allí, Pedro le indicó con la mano la habitación del medio, en la que había dejado la luz del techo encendida.

Al ingresar, el vigilador vio el cuerpo de la mujer con las piernas abiertas y al acercarse al mismo advirtió que presentaba un hematoma en el mentón, justo por arriba del cinto de toalla anudado en su cuello.

—¿Tocó algo? —Sergio miró a Pedro preocupado y con su rostro que empalidecido.

—No, nada. Sólo la tomé de la muñeca para ver si tenía pulso.

—Por el olor a podrido, creo que está muerta hace bastante... —el vigilador se alejó un par de pasos de la cama y sacó un pañuelo de tela del bolsillo del pantalón de su informe con el que se tapó la boca y la nariz—. Hay que llamar a la Policía urgente.

Entonces, los dos hombres se retiraron de la habitación y en su recorrido hacia la planta baja confirmaron que no había ningún tipo de desorden que indicase un posible robo ni signos de lucha o pelea.

Desde el living, Sergio extrajo su celular y llamó al Comando Radioeléctrico al que alertó sobre una mujer muerta en el lugar, ante lo cual, desde la central telefónica policial le indicaron que permaneciera allí hasta que arribara personal de la comisaría local.

*El inspector Ledesma* se hallaba en su domicilio, en el extremo este de la ciudad, recostado sobre el sillón del living desde el cual miraba una película de dibujos animados junto a su hijo menor, cuando recibió un llamado del oficial de guardia de la seccional que le avisó que había un “presunto suicidio” en un chalet del barrio cerrado. Así que el jefe de la dependencia, vestido con ropas de civil, se subió a su auto particular, usado, pero en buen estado, y se dirigió hasta la escena del hecho.

Cuando llegó se encontró en la calle con dos uniformados de la comisaría, uno de los cuales, *el sargento Robles*, prestaba servicio adicional en el barrio. Y entre ambos agentes se habían encargado de acordonar el perímetro para evitar el ingreso a la vivienda de familiares y vecinos que ya comenzaban a agruparse frente al inmueble.

Al entrar al living de la planta baja, el inspector advirtió que los ingresos no estaban forzados y cuando llegó al primer piso se topó con Pedro y el vigilador, quienes lo condujeron hasta el dormitorio.

Ledesma observó que la mujer fallecida tenía los ojos abiertos, la cara agrisada y los brazos hacia un costado. Y que por debajo de la sábana se alcanzaba a visualizar parte de una pierna desnuda y el pie de la otra.

—¿Quién la encontró primero? —el inspector miró a los dos hombres parados a su lado.

—Yo —respondió Pedro dando un paso hacia el policía, despegándose de Sergio.

—¿Y cómo entró?

—La señora me había dejado una copia de las llaves de la entrada de autos para casos de emergencia o cuando la familia se va de vacaciones —el vecino le mostró las dos llaves que abrían el mencionado portón—. Y la puerta ventana que va del patio trasero al living estaba sin traba, por lo que pasé sin problemas hasta acá.

—¿Cómo supo que era una emergencia?

—La madre de la señora me llamó a mi domicilio para decirme que no sabía nada de su hija desde el viernes y que no podía comunicarse con sus nietos ni con su yerno, por lo que me pidió que viniera a ver si le había pasado algo.

—Entiendo. ¿Le informó a la madre de la señora sobre lo que pasó?

—No, no me atreví porque es una mujer muy mayor. Así que le avisé al marido de ella.

—Ah, ok. ¿Y dónde está el esposo?

—De viaje. Lo llamé desde mi celular particular antes de que llegaran los primeros policías.

—De acuerdo, ¿y qué hizo inmediatamente después de encontrar el cuerpo?

—Fui hasta mi casa, acá enfrente, y le dije a mi hijo que llamara a la guardia.

—Ajá.

—Entonces vino él —Pedro se volvió hacia el vigilador.

—Y yo llamé al Comando, inspector —intervino Sergio.

—De acuerdo. No toquen nada y quédense quietos —indicó Ledesma, quien se alejó por el pasillo para llamar desde su celular a la Jefatura Departamental y dejar bien en claro que, de ninguna manera, se trataba de un “presunto suicidio”.

¿A quién carajos se le ocurrió que esta mujer se suicidó?, se preguntó, molesto, al tiempo que aguardaba a que lo atendieran. “Parece el juego del teléfono descompuesto”, refunfuñó.

Tras hablar con la Departamental, el inspector Ledesma salió a la vereda para esperar el arribo de los médicos forenses y los peritos de Criminalística, y allí fue abordado por el sargento Robles, quien le acercó su teléfono celular.

—¿Es un llamado para mí? —Ledesma se sorprendió.

—Sí, señor —el sargento tenía tapado el micrófono del móvil.

—¿Y quién es? —el inspector alzó el entrecejo y se encogió de hombros.

—Un abogado que pidió hablar con el encargado del operativo.

—¡Ah, bueno! ¡Qué rápidos son estos caranchos, eh!

Ledesma tomó el celular y se apartó del sargento para hablar en privado.

—Aquí el inspector Ledesma, ¿quién habla?

—Soy el *doctor Landívar*, abogado del dueño de la vivienda en la que usted se encuentra y quien necesita saber urgentemente qué es lo que sucedió con su esposa.

—Preferiría decírselo en persona.

—Imposible en este momento porque nos encontramos en *Buenos Aires*, aunque ya estamos volviendo.

—Si me llamó es porque alguien ya le dijo, más o menos, qué fue lo que pasó. Del resto se va a notificar debidamente cuando llegue. Así que, si me disculpa, tengo mucho trabajo que hacer. Cualquier cosa diríjase a mis superiores.

Ledesma cortó la comunicación. “¡Qué manera de mierda de terminar un domingo!”, masculló, furioso, el jefe policial y seguidamente regresó hasta donde se encontraba el sargento Robles y le devolvió el celular.

—Dígame una cosa, sargento —Ledesma atrajo la atención de Robles, quien se paró firme junto al jefe—: ¿Cómo es la vigilancia privada de este barrio?

—Mire jefe, hay dos puestos: uno adelante y otro atrás. Y cada uno cuenta con dos policías que cumple con un servicio adicional que pagan los propios vecinos que, además, pagan el combustible de los móviles.

—Ya veo —Ledesma echó un vistazo al frente del imponente chalet—. Acá si hay algo que no falta es plata...

—Yo hoy estoy asignado al Puesto II y Sergio, que presta servicios en la Alcaidía, estaba en el I, donde se controla la entrada y salida de personas y vehículos; la presencia de extraños merodeando por el barrio; y de hacer recorridas y revisar las alarmas electrónicas de las viviendas.

—¿Sergio es el vigilador que está adentro con el vecino?

—Sí, señor.

—Ok ¿Y hay algún sistema de cámaras de video?

—Sí, sí. Nosotros no nos encargamos de ir cambiando las cintas de las imágenes. Lo hace la empresa de seguridad privada contratada por el consorcio, pero no siempre funcionan bien y, a veces, dejan de grabar.

—Entonces vamos a tener que revisar las imágenes desde el jueves a la noche hasta hoy.

—Sí, jefe. No se preocupe. Yo me encargo. Igual yo estuve de guardia desde anoche y no vi ningún movimiento sospechoso en las recorridas por las calles internas del barrio.

—No me sorprende: lo más probable es que, por el avanzado estado de descomposición del cuerpo, la muerte se produjo el viernes.

El sargento asintió y regresó hasta la vereda para sumarse al resguardo del perímetro, el cual se veía cada vez más comprometido por la gran cantidad de personas que se seguían acercando al lugar.

Por su parte, Ledesma volvió a entrar al chalet, donde se encontró con el médico de policía que acababa de llegar junto a más efectivos de la fuerza y lo acompañó hasta el dormitorio de la planta alta para que revisara el cadáver. Y para su sorpresa, en el primer piso se topó con un matrimonio que el inspector no había visto antes. “Es mi prima la que está muerta ahí adentro”, le dijo el hombre, con sus ojos irritados por un llanto reciente. A su lado, su esposa no podía contener las lágrimas.

Evidentemente, una orden desde más arriba había habilitado el acceso de los familiares a la escena, por lo que el inspector dedujo que el tal abogado Landívar ya se había comunicado con el comisario general. Debo ser el único que no conoce a los que viven en esta casa, se dijo Ledesma y concluyó, con la absoluta certeza, que las personas a las que se referían eran sumamente poderosas. Pero, ¿dónde se encontraban en ese momento los demás moradores del chalet? “Ay, estos ricos, estos ricos”, murmuró el inspector, resignado.

Según el primo hermano, de nombre *Juan Carlos*, ese fin de semana, la mujer se encontraba sola en la casa ya que su esposo había salido de la ciudad para ir a disputar un torneo de tenis; mientras que el hijo mayor del matrimonio asistía a la Universidad en la Capital Provincial, donde alquilaba un departamento con un compañero; y la hija menor estaba de viaje en el extranjero por un intercambio estudiantil.

Y pensar yo solo quiero pasar más tiempo en mi casa junto a mi familia, se lamentó Ledesma, quien se entrevistó con el primo mientras aguardaba las primeras observaciones del médico *Jorge Rivero*, que revisaba el cadáver *in situ*.

“La cabeza estaba caída, sin colgar, entre el colchón y la pared contra la que está ubicada la cama, la cual se ve ligeramente desplazada. El cinto tiene dos vueltas al cuello y dos nudos hacia el costado derecho, por debajo de la oreja de ese lado. Hay un hematoma submaxilar y parte del cinto quedó sobre el pecho. La mujer está en lo que se denomina ‘posición ginecológica’, y hay signos de acceso carnal, con secreción en el introito. Y en la mesita de luz se encontró la bata blanca que se correspondería con el cinto utilizado para el ahorcamiento”, explicó el doctor Rivero al inspector una vez que abandonó el dormitorio donde yacía la víctima.

—¿Violación? —e preguntó Ledesma por lo bajo.

—No se observan lesiones genitales ni paragenitales, por lo que todo indica que fue una relación sexual consentida.

—¿Suicidio?

—Descartado.

—Entonces, un homicidio en el marco de una relación sexual consentida.

—Yo no descartaría el accidente.

—¿A qué se refiere?

—Un juego sexual que terminó mal.

—Pero me acaba de decir que el cinto tiene dos nudos; eso indicaría una clara intención de estrangulamiento.

—Sí, puede ser —el doctor apoyó su maletín en el suelo y se quitó los anteojos para limpiarlos con un pañuelo descartable—. Veremos qué dice la autopsia.

—Y hablando de la autopsia, ¿dónde están los médicos forenses del Poder Judicial? ¿Y el fiscal de turno? —Ledesma miró por el hueco de la escalera hacia el jardín y advirtió que ya era casi de noche.

—Con este domingo primaveral no me sorprendería que hayan estado de paseo y que tarden en volver —Rivero se volvió a colocar los anteojos y se inclinó sobre la baranda para ver hacia la planta baja donde había cada vez más personas presentes, tanto particulares como autoridades policiales y judiciales—. Me parece que ahí llegaron.

El grupo de trabajo principal estaba integrado por el fiscal *Jorge Di Marco*, los médicos forenses *Ferrari, Santana y Mastrángelo*; y el bioquímico *Zelaya*, quienes desde su arribo al chalet encabezaron las diligencias junto a la secretaria del instructor judicial; mientras que el resto del personal policial se mantuvo expectante, aguardando las indicaciones de ellos.

Tras permanecer un largo rato en el interior de la habitación donde yacía el cadáver, la médica Ferrari fue la primera en salir de dicho ambiente y en el pasillo se saludó con el doctor Rivero, quien ya había dado su informe *in voce* al fiscal apenas este lo entrevistó en el lugar, delante de los forenses que lo acompañaban.

—¿Viste algo más que no le hayas dicho a Di Marco? —Ferrari se quitó la cofia descartable de la cabeza, dejando al descubierto su larga melena enrulada que siempre llevaba recogida; y los guantes de látex, los cuales colocó en una bolsa de residuos negra que llevaba en su maletín.

—Lo único que no les dije fue que pude apreciar cierta dilatación en el esfínter que indicaría que pudo haber existido también acceso carnal vía anal, pero lo voy a agregar a mi informe por escrito. ¿Y vos viste algo más?

—Cuando movimos el cuerpo había debajo de la almohada un camisolín y la sábana estaba toda arrugada, del uso probablemente, pero no tenía rastros de pisadas o barro. Sólo la suciedad el mismo cuerpo.

—Claro.

—Pero nos queda la duda si uno de los postigos de la ventana estaba abierto cuando llegaste.

—Cuando yo llegué, sí. Pero me dijo el vecino que la encontró que fue él quien lo abrió porque el olor a podrido era insoportable.

—Ah, ok.

—Me imagino porque el cadáver está en la etapa inicial de putrefacción, en pleno período de desinstalación de la rigidez. Es más, cuando corrimos el cuerpo hacia el centro de la cama fluyó sangre por la cavidad bucal, algo típico en estos casos.

—Yo estimo que la data de muerte es de unas treinta seis horas.

—Lo mismo digo.

—¿Y hay algo que te haya llamado la atención?

—Que las piernas estaban como en posición de rana, algo que no es habitual.

—Mirá, con todas las personas que ya pasaron por esa habitación no me sorprendería que alguno lo haya movido.

—¿A propósito?

—No lo sé —Rivero negó con la cabeza, mientras el inspector Ledesma lo miraba de reojo, a pocos metros de distancia—. También pudo haber sido sin querer o sin ánimo de entorpecer nuestro trabajo.

—Bueno, recién cuando terminamos *el padre Felipe*, el cura de la iglesia local, hizo una ceremonia y tapó el cuerpo porque le daba pudor.

—Debe ser amigo de la familia.

—Seguramente. Si no, ¿cómo se explica que esté acá adentro?

—Así no se puede trabajar —se disgustó el médico policial.

—Coincido.

—¿Santana y Mastrángelo qué dicen?

—No mucho —Ferrari se soltó el cabello y se lo recogió nuevamente con una cola, pero más firme, para evitar que los mechones rebeldes le molestaran sobre el rostro—. Santana se encargó de desatar el lazo del cuello y remarcó que los dos nudos estaban sumamente ajustados y encimados uno con el otro.

—¿Y vos qué hiciste?

—Yo me encargué de realizar el hisopado vaginal y anal, y de tomar la muestra del presunto semen que había en la zona de la vulva, y se lo entregué todo a Zelaya para que él lo analice en el laboratorio.

—Estás bastante segura sobre el líquido blanquecino...

—No hay muchas probabilidades de que no sea semen. Vos viste la escena...

—Sí, sí. Acá hubo sexo violento por vía vaginal y anal.

—Estoy de acuerdo. Y fue inmediatamente anterior a la muerte.

—Tampoco tengo dudas de que la muerte fue por asfixia.

—Absolutamente —la forense cerró el maletín, el cual tenía una larga correa que la colgó de su hombro—. Ah, y también recogí unos cabellos. Unos más largos en el antebrazo derecho de la víctima y otros más cortos en la mano izquierda.

—¿Los largos serían de ella y los cortos del asesino?

—Puede ser, porque los largos son del mismo color castaño claro que los de la víctima y los cortos más rubios.

—Ok. ¿Ya terminaron, entonces?

—Sí, sí. La Policía ya está rotulando todo lo que levantamos y acaba de llegar la morguera para el traslado del cuerpo.

—Listo. Me voy a casa a terminar el informe, así lo tengo listo para mañana a primera hora.

Rivero se despidió también de Ledesma y abandonó el chalet, en tanto que el inspector debió permanecer hasta que concluyeron los peritos en planimetría y fotografía, y se labraron las actas de inspección ocular, croquis y secuestro de elementos.

De acuerdo a esas actas, de la habitación se llevaron también para analizar un pantalón de jean de mujer que había quedado sobre un sillón ubicado en una esquina del ambiente, además de un bikini de dos piezas encontrada en los pies de la cama. También se incautaron de dos estuches de aparatos de telefonía celular que había sobre el escritorio, aunque uno de estos estaba vacío, por lo que los investigadores sospechaban que se lo podría haber llevado el asesino. Y junto a los estuches estaba el control remoto del televisor sobre una pila de fotocopias de un libro titulado “*Cómo mejorar nuestro matrimonio*” y unas oraciones religiosas. Mientras que en un cajón de la mesita de luz junto a la cama los peritos encontraron un pote de vaselina íntima.

Por último, en la mesa del comedor de la planta baja se secuestró una nota manuscrita que decía: “*Leo, reservé una mesa para cenar esta noche en el club. Avisame si venís. Ana*”. Y al lado de esta nota había un cenicero en el que se levantó una colilla de cigarrillo y un pequeño mechón de cabello castaño claro.

Según los primeros testigos con los que se entrevistó el fiscal Di Marco en la escena del crimen, la víctima se llamaba *Lionetta*, pero sus amigas le decían “Leo” y, en ocasiones, “La Tana”.

## II

La leona era pequeña más por su tamaño que por su edad. De hecho, tenía dos crías jóvenes por las que estaba dispuesta a dar su vida. Sin embargo, ese instinto protector no le funcionaba de la misma manera a la hora de cuidarse a sí misma. No descansaba durante gran parte del día ni se activaba principalmente en el ocaso, como en la mayoría de los casos de su especie, aunque sí lo hacía por las noches, en especial, los fines de semana. De todos modos, se dedicaba a mucho más que dormir, cazar y comer.

*La Lionetta* que había copado la pista de baile del salón ubicado en pleno centro comercial de la ciudad parecía ajena a dichas características que la onomástica le otorgaba a su nombre de pila. Bajo las luces multicolores y envuelta en el humo de vapor que producían las máquinas que combinaban agua destilada y glicerina, como en las discos a las que asistían los más jóvenes, la mujer danzaba sola, en medio de un grupo de invitadas a la fiesta por el vigésimo quinto aniversario de bodas de una pareja vecina de su barrio; mientras que su esposo, el cirujano plástico *Mariano Mancini* se encontraba en la barra junto a sus amigos del club de tenis, con quienes bebía y reía a carcajadas.

Lionetta llevaba puesto un vestido dorado y ajustado, sin breteles y largo hasta arriba de la rodilla; y lucía una piel bronceada ya que hacía un mes que había comenzado a tomar sol para llegar con colorcito al verano, su estación del año preferida y que se hallaba cada vez más próxima en el calendario.

Por su parte, el empresario cerealero *Gustavo Albornoz* dejó su trago a medio terminar sobre uno de los extremos de la barra y se alejó de su grupo de tenistas profesionales frustrados en dirección al sector de la pista en el que su vecina seguía

bailando, ahora de la mano de una amiga, dado que sonaba un cuarteto ideal para hacer unos pasos en pareja.

El salón estaba repleto y los matrimonios habían asistido sin sus hijos porque la fiesta se había organizado para después del horario de la cena con la intención de beber y bailar únicamente.

—¿Me permite esta pieza con ella? —Gustavo le preguntó a la compañera de Lionetta sin apartar la mirada de esta.

La otra mujer asintió con una sonrisa, Gustavo tomó de las manos a Leo y ambos comenzaron a bailar.

*“Cómo le digo a mi mujer, que ya no la quiero más, que otra ocupa su lugar...”*, sonaba de fondo, al tiempo que ambos cuerpos daban vueltas sobre la pista cubierta de un papel picado multicolor que volaba por los aires.

—Parece que se viene el carnaval carioca —le dijo él al oído, haciendo rozar sus labios en el lóbulo superior de ella, quien sintió no solo la voz de Gustavo, sino también un cosquilleo que le llegó hasta el estómago.

—Espero que repartan un lindo cotillón —Lionetta lo apartó ligeramente con el brazo y le dio la espalda, y sin dejar de bailar meneó sus caderas, tras lo cual, él la tomó de la cintura y en una rápida maniobra la hizo girar para quedar cara a cara nuevamente—  
¡Esa! ¡Qué bien que bailás, eh!

—Gracias —asintió Gustavo, cuyo rostro trigüeño y cubierto por una barba de tres días morocha como su cabellera se veía sonrojado, más por el esfuerzo físico que por la vergüenza que le generaba el cumplido de Lionetta.

—Gracias a vos, por este baile —señaló la mujer apenas terminó la canción y mirándolo a los ojos—. Voy a tomar algo con las chicas y a prepararme un buen disfraz de carnaval. Después la seguimos.

—Yo ya me estoy yendo, pero, ¿te puedo llamar en la semana?

—Dale ¿Tenés mi número nuevo?

—No. Tengo el de siempre.

—Yo tengo el tuyo. Así que después te mando un mensajito con el número, ¿sí?

—Dale —Gustavo se despidió con un beso en la mejilla y cuando se alejaba de la mujer, esta le acarició suavemente el antebrazo.

Luego, él pasó por la barra y saludó uno por uno a sus amigos, incluido Mancini, apodado por todos ellos como “*Polaco*”, por su pelo rubio, ojos celestes y tez blanca; y quien lo había visto bailar junto a su esposa a la distancia. En cambio, la mujer de Gustavo, también presente en el salón, ni siquiera advirtió aquella situación y cuando su marido la fue a buscar por la mesa que ocupaban, y en la que ella charlaba sin parar con una compañera de trabajo, solo atinó a recoger su abrigo y dirigirse con él hasta el estacionamiento para regresar en el auto hasta su hogar, donde su hermana había quedado al cuidado de su hijo menor de edad.

El patio de la casa de Juan Carlos estaba cubierto de las primeras hojas secas del otoño, la cuales crujían con el paso incesante de los chicos y chicas invitados al cumpleaños de la hija preadolescente del primo hermano de Lionetta, quien participaba del encuentro junto a *Cora*, su empleada doméstica, la única integrante de su hogar que no tenía otro compromiso más importante para no asistir a este. De hecho, *Cora* se había ofrecido a acompañarla para ayudar con la organización de la comida, la bebida y otros menesteres, los cuales estaban a cargo de la familia de Lionetta. Es más, no había ningún Mancini presente, lo que no sorprendía demasiado a los anfitriones, que ya estaban acostumbrados a esa división con el linaje *Greco*, a los que ellos pertenecían orgullosamente.

Más allá de esa circunstancia, Lionetta se sentía cómoda porque estaba rodeada de aquellos parientes que no veía tan seguido como a ella le hubiera gustado, amigos de su juventud y compañeros de trabajo de la empresa de servicios sociales que llevaba el apellido de la familia y que funcionaba en la ciudad desde hacía más de treinta años.

Por su parte, los padres de Lionetta eran socios minoritarios de dicha firma (contaban con apenas el treinta por ciento de la sociedad anónima), por lo que cobraban su porcentaje de la ganancia en forma mensual y en la segunda quincena de cada mes. Y si bien ese porcentaje era proporcional a la facturación, la suma rondaba los tres mil pesos, cifra que se dividía entre dos.

Sin embargo, Lionetta no poseía ni una sola acción, sino que era una simple empleada administrativa de media jornada (cubría el horario de diez a catorce), en el área de altas y bajas de socios, que funcionaba en una oficina separada de la casa central de la empresa. Y si bien tenía apenas tres años de antigüedad y cobraba un magro sueldo que no superaba los quinientos pesos, su esposo la presentaba en sus eventos sociales Clase A como una “exitosa empresaria”, lo que a ella le generaba risa.

Mientras que Juan Carlos, *Joaquín*, hermano menor de Lionetta; y los otros primos tenían puestos más jerárquicos en la “*Casa Greco*” ya que vivían principalmente de los ingresos que percibían de ese trabajo, a diferencia de la esposa de Mancini, quien se mantenía con el usufructo que el cirujano obtenía con su reconocida profesión.

Esa carrera en la Medicina le había permitido al matrimonio Mariano-Lionetta disponer de un total de siete propiedades inmuebles, aunque uno solo de ellos pertenecía legalmente a la mujer y se trataba de una casa tipo americana, vieja, pequeña y barata; la cual había pertenecido a los padres de ella y que actualmente estaba desocupada porque necesitaba una costosa restauración y ella no contaba con el dinero propio suficiente para llevarla a cabo.

La pareja también era dueña de una serie de vehículos (incluyendo una moto de agua, un cuatriciclo y una camioneta todoterreno) que había sido adquirida por el cirujano, quien para un cumpleaños le regaló a su esposa el auto en el que esta se movilizaba a diario.

Ya anocheceía en la casa de Juan Carlos y el cumpleaños continuaba. Lionetta, quien vestía unos jeans, una remera de algodón de mangas cortas y un par de zapatillas de lona; estaba cansada de tanto ir y venir de la cocina, por lo que se sentó a un costado de la mesa principal dispuesta en el patio y en la que todavía quedaban unos sándwiches de miga, empanadas de carne y *snacks* variados, además de gaseosa y jugos de fruta. Y al quedarse quieta y a solas por un rato sintió un escalofrío; así que se colocó la campera que le hacía juego con su pantalón; tras lo cual, tomó su cartera y extrajo sus dos celulares: miró la pantallita de uno y lo guardó enseguida, y se quedó con el otro aparato en la mano.

“¿*Qué hacés, ángel?*”, preguntó Lionetta, sentada con las piernas cruzadas y con el celular sobre su regazo, en un SMS.

“*Terminé de jugar. Perdí mal. Todo no se puede*”, fue la respuesta que recibió ella a los pocos minutos.

“*Mal en el juego y encima sin mi compañía*”, retomó la mujer como si, en realidad, estuviese conversando a través de una llamada.

“*Estás en lo cierto ¿Vos dónde estás?*”, le preguntaron.

“*En el cumple de una sobrina*”, escribió ella sin apartar en ningún momento la vista de la pantallita.

“*Te había escrito para vernos cuando terminaba mi partido*”.

“*Recién lo vi al mensaje, por eso no te dije nada antes*”.

“*Todo bien, reina. Tengo ganas de verte*”.

“*Yo también. Ayer te vi pasar y se me iluminó el día*”.

*“Justo esta noche estoy solo en casa. Si pasas, por ahí te espero en bata y sin nada abajo”.*

*“Cómo me gustaría besarte toda la noche, pero no puedo”.*

*“Al menos vos estás acompañada. Yo me voy a dormir solito”.*

*“Ay, pobre angelito”*, añadió Lionetta, quien con ese mensaje dio por terminada la charla ya que acababa de llegar el momento de soplar las velitas y cortar la torta, por lo que los invitados comenzaron a amontonarse alrededor de la mesa principal. Entonces, la mujer guardó el celular nuevamente en la cartera, y esta vez apagado; dado que Mariano y sus hijos se comunicaban con ella al otro móvil y esa noche no esperaba llamada alguna de otra persona.

Por su parte, Cora se encargó de encender las velas y mientras los chicos y chicas cantaban el feliz cumpleaños se fue a parar al lado de Lionetta y ambas aplaudieron entusiasmadas a la agasajada, quien sonreía feliz.

—Corita, ¡cómo te explota tu patrona, eh! —*Susana*, la esposa de Joaquín se acercó hasta las otras dos mujeres luego de que fueron repartidas las porciones de torta y la mesa se despejó.

—No, para nada —la empleada doméstica se ruborizó—. Vine porque aprecio mucho a los padres de Lionetta. Siempre me han tratado de maravillas.

—Ya sé, ya sé. Te estaba cargando —*Susana* miró a Lionetta y le guiñó un ojo—. Mi cuñada es una santa.

Las tres mujeres lanzaron una risotada prácticamente al unísono hasta que Cora regresó a la mesa para juntar los platos y vasos descartables sucios y que ya no se usaban.

—¿Y Mariano? —preguntó *Susana* a Lionetta luego de que ambas se sentaron en dos sillas disponibles.

—Trabajaba hasta tarde y después tenía partido en el club.

—¿Los chicos?

—*Fernando* está en la capital, yendo a Facultad; y *Victoria* tenía que hacer un trabajo práctico para el colegio en lo de una amiga.

—¡Cuántos compromisos tienen los Mancini! —ironizó *Sandra*, quien extrajo del bolsillo de su campera un atado de cigarrillos, se encendió uno para ella y le ofreció otro a su cuñada, que lo rechazó.

—Yo sé que piensan que yo soy una falsa o que tengo dos caras —*Lionetta* miró seria a *Susana*—, que soy de una forma cuando estoy con *Mariano* y de otra con ustedes.

—¡Ay, Leo! Te estaba haciendo una broma —la cuñada le dio una segunda pitada a cigarrillo y después lo arrojó al suelo—. Ninguno de nosotros piensa eso. En todo caso, lo pensás vos...

—Yo soy consciente de que el entorno de mi marido es muy hipócrita y banal, pero él tiene muchos contactos y posibilidades de trabajo, y eso es fundamental para el futuro de mis hijos que, en definitiva, es lo que más me importa.

—*Lionetta* —*Susana* posó su mano en el hombro de su cuñada—, en serio: nadie piensa que seas una falsa.

—Eso espero, porque todo lo que hago es para mis hijos.

—Como todos los que somos padres en esta familia. Así que quédate tranquila. Todos sabemos que tenés buenos valores.

*Susana* hizo una pausa y *Lionetta* guardó silencio. Y en ese momento arrimó una silla y se sentó al lado de ambas *Martina*, una amiga de la segunda, a la que conocía desde la escuela secundaria.

—¿Qué pasa con esas caras largas? —la recién llegada advirtió el gesto adusto de las otras dos mujeres—. Espero que no estén discutiendo...

—Voy a buscar a la cocina algo para tomar —Susana se levantó de su asiento—.

¿Quieren algo?

—No, gracias —respondió Martina.

—Yo estoy bien —acotó Lionetta.

Y una vez que estas dos se quedaron solas, Martina le dijo a su amiga por lo bajo:

—No le des bola a tu cuñada. Siempre habla un poco de más.

—No pasa nada. En parte tiene razón.

—¿Sobre?

—Y... Mariano...

—¡Ah!, ese tema. Parece un disco rayado...

—¿Vos qué pensás de él? Sinceramente.

—Nos conocemos de toda la vida y, en su momento, te dije lo que opinaba de Marian —Martina se pasó a la silla que había dejado libre Susana para estar más cerca de su amiga y charlar de una manera más privada.

—Sí, me acuerdo: todavía no tenía su propio consultorio y vos ya decías que tenía delirios de grandeza y lo único que le preocupaba era la plata y las apariencias.

—¿Me equivoqué?

—No, no.

—Entonces, no tiene sentido redundar en ese tema.

—¿Sabés que últimamente no me pasa plata y tengo que sacarle yo misma de la billetera? —susurró Lionetta, avergonzada.

—¿En serio?! —Martina abrió grandes los ojos y, sin proponérselo, elevó el tono de voz, por lo que su amiga le hizo señas llevándose el dedo índice a los labios.

—Lo peor es que él lo sabe porque pone los billetes de tal forma que se da cuenta cuando yo le saco alguno.

—¡Qué rata, por Dios!

—Decí que mi mamá me ayuda muchas veces. Bah, me hace algún que otro regalo, para mimarme.

—Y... cuando una madre sabe, sabe.

—Igual, si estamos con gente y le pido algo a Mariano, él me lo da. El problema es cuando estamos solos y no nos ve nadie.

—Claro —Martina se acomodó en la silla, cuyas patas de madera rechinaron sobre el piso de cemento alisado—. ¿Y por qué no te separás?

—Mariano no es como tu ex, que te dejó la mitad de los bienes. Si yo le llego a pedir el divorcio a Mariano, él no me va a dejar nada.

—Pero, ¿ustedes firmaron un acuerdo prenupcial?

—¡Qué contrato, ni contrato! Si cuando nos casamos él era un tipo de clase media...

—Entonces, por más que él quiera, si te divorciás, te corresponde el cincuenta por ciento de los bienes matrimoniales.

—Lo sé. Pero estoy segura que él va a encontrar una manera de cagarme. Sobre todo, porque tiene a su amigo abogado que se dedica a ese tipo de cosas.

—¿Landívar?

—Sí, él.

—Igual hay algo que no entiendo: si tiene tanta plata, ¿por qué no te da un poco más?

—Yo no sé exactamente qué hace con la plata, pero un amigo me contó que, casualmente y por consejo de su abogado, invirtió unos veinte mil dólares en un fondo de inversión para la siembra de soja y no sé cuánto más para la campaña a gobernador del que terminó perdiendo las elecciones.

—O sea que es un pijotero cuando a él le conviene.

—Así parece —Lionetta estiró el brazo y recogió su vaso con jugo de naranja, ya que no le gustaba la gaseosa, y bebió hasta el último sorbo.

Y apenas terminó el jugo y alzó la vista observó que Susana regresaba de la cocina con una botella de cerveza, varios vasos de vidrio y acompañada de *María Eugenia*, prima de Lionetta y presidenta de la empresa familiar desde hacía más de veinte años; y *Amalia*, la esposa de Juan Carlos y quien también llevaba más de una década trabajando en la misma casa de servicio sociales.

Acababa de llegar el turno para que celebraran las mujeres adultas de la casa, aprovechando que ya se había ido la mayoría de los amigos de la cumpleañera, por lo que el ambiente se había tornado más íntimo, ideal para charlar tranquilas.

La prima María Eugenia se sentó al lado de Lionetta y le extendió un vaso servido con una cerveza rubia bien fría, pero cuando quiso proponer un brindis se contuvo al advertir los rostros serios de las dos amigas. En tanto, Amalia pasó por alto esa situación porque, evidentemente, su ánimo todavía estaba envuelto en el festejo de cumpleaños de su hija.

—¿Qué pasa, Leo? —María Eugenia se dirigió a su prima, mientras Amalia y Susana compartían la cerveza y charlaban entre ellas— ¿Algún problema?

—No, nada nuevo.

—Entonces ya me imagino por dónde viene la mano...

María Eugenia bebió un sorbo, expectante. Pero Lionetta calló y la miró con sus ojos entornados y media sonrisa socarrona.

—Si necesitas plata y Mariano no te da un mango, ¿por qué no aceptas un puesto de tiempo completo en alguna gerencia?

—No, no hace falta —Lionetta agachó la cabeza y bebió de su vaso.

—Siempre igual: cada vez que te ofrezco un trabajo mejor por un sueldo mejor, o un curso de capacitación dirigenal, lo rechazás. No te entiendo.

—Mariu: vos sabés muy bien que si entré a trabajar a la empresa fue por expreso pedido de mi papá, que me quería ahí cuando él estuvo enfermo.

—Sí, sí. Me acuerdo.

—Lo hice como un favor a él. No por mí.

—Está bien. Está bien. No te enojés.

—No me enojo, tonta —Lionetta apoyó el vaso sobre la mesa, junto al de su prima, y tomó a María Eugenia de las manos.

—Es un arreglo que, en su momento, yo hice con el viejo, ¿sí?

—Ya sé perfectamente que vos te manejás siempre directamente con él. Por eso nunca te digo nada en la oficina y te dejo manejarte con libertad: para no meterme en el medio de ustedes dos.

Y porque tenés un carácter especial, bastante fuerte, que no te deja recibir órdenes de nadie, pensó la prima.

Por su parte, Amalia había estado atenta al tramo final de la conversación de María Eugenia y Lionetta, luego de que esta última elevó el volumen de su voz; por lo que en cuanto Susana se levantó de su silla para ir al baño, ella se arrimó a las otras dos, con la excusa de servirles un poco más de cerveza.

—Che, ¿podemos no hablar de trabajo por un rato? —sugirió la dueña de casa, quien tenía una oficina contigua a la de la presidenta de la firma, por lo que el trato con ella era permanente. En cambio, con Lionetta solo se cruzaba en pocas ocasiones, sobre todo después del mediodía cuando regresaba de almorzar, en la cochera de la sede central, ubicada de la vereda de enfrente al despacho de aquella.

—Tiene razón, Mariu: mejor cambiemos de tema —Lionetta al fin alzó su vaso y propuso un brindis—: Por nuestros hijos. Lo más importante en este mundo.

—Tal cual —Amalia también levantó su vaso e hizo “chin-chin” con María Eugenia y la prima hermana de su esposo, a quien le había pedido, por favor y en reiteradas oportunidades, que se hiciera cargo del resto de la fiesta, la cual discurría cada vez con menos fuerza por el cauce de una incipiente noche que anunciaba una marcada baja en el termómetro y, por ende, una madrugada fría y con rocío.

Gustavo recibió un nuevo mensaje de texto a su celular de parte de Lionetta y que decía: *“Te paso a buscar en media hora y vamos donde siempre”*. Tal como había ocurrido desde la primera salida juntos, él procuraba no llamarla, sino enviarle un SMS para acordar la hora y el lugar del encuentro. Hasta ese momento, ella siempre había propuesto pasarlo a buscar en su propio auto por la plaza más cercana a la oficina de él, a la tardecita de un día laborable, cuando el hombre terminaba de trabajar y caminaba por allí; y luego ambos se dirigían al hotel alojamiento situado a la vera de la ruta, en el viejo acceso a la ciudad. Aunque un par de veces cambiaron de lugar por donde ella lo buscaba, no así el destino final, un sitio apartado y por el que sus conocidos no pasaban casi nunca. De hecho, solo se cruzaban con el tránsito pesado, ya que la gran mayoría de los vehículos particulares utilizaba la autopista, la cual se tomaba en el acceso nuevo. Pero, por las dudas, ella le pedía que reclinara el asiento del acompañante para que desde el exterior del coche pareciera que iba sola.

Tras mantener una tanda intensa de relaciones sexuales, los dos quedaron tumbados boca arriba sobre la cama, con sus cuerpos desnudos y cubiertos de sudor. Él bebía un poco de su whisky y ella fumaba.

—Creo que Mariano sospecha de nosotros... —Gustavo dejó el vaso sobre la mesita de luz y se colocó de costado para ver a Lionetta a la cara. Sin embargo, ella no se volvió hacia él. Solo exhaló una larga bocanada de humo y siguió mirando, con sus brillantes ojos verdes, el cielorraso de la habitación, que contaba con un gran espejo.

—¿Me escuchaste? —insistió él.

—Sí, sí —Lionetta apagó el cigarrillo en el cenicero que tenía junto a la almohada y finalmente se volvió hacia su amante.

—¿No te preocupa que te descubra, reina? —Gustavo acarició los muslos de la mujer desde abajo hacia arriba, hasta colocar su mano a la altura de los pechos de ella.

—No, para nada. Si él hace lo mismo hace muchísimo tiempo —Lionetta apartó la mano de él de su seno derecho y la sostuvo en el aire, entrelazando los dedos de ambos—. ¿O vos te pensás que yo no lo sé? Elijo hacerme la boluda, pero no lo soy...

—Está bien, está bien. Yo solo te quería avisar porque no quiero generarte ningún problema con él.

—No te preocupes por eso.

—Ok. Igual no me gustaría que estés conmigo por despecho.

—No lo hago por eso —ella le soltó la mano y se recostó nuevamente mirando el cielorraso, con los brazos cruzados detrás de la nuca—. Lo hago porque quiero, ¿sí? Quedate tranquilo.

—Listo.

Gustavo colocó todo su cuerpo estirado sobre el de la mujer, presionó su cadera contra la de ella y la besó en la boca, ante lo cual, Lionetta abrió las piernas y lo abrazó fuerte.

—¿Te acordás lo que te dije la primera vez que nos acostamos? —ella lo miró a los ojos.

—Algo así como que por fin se nos había dado esta situación, después de tanto tiempo, ¿no?

—Bueno. Entonces, no tenés no dudas de por qué estoy con vos.

A Gustavo lo excitaba que ella fuese tan liberal, independiente, temperamental y, sobre todo, fogosa en la cama. Y también cuando pasaban mucho tiempo sin verse (los encuentros íntimos se producían generalmente cada quince o veinte días) y ella le enviaba un mensajito diciéndole que lo extrañaba. En ese marco, los amantes se veían bastante menos veces que lo que ella le proponía, dado que él tenía más reparos para estar alejado de su esposa y su pequeño hijo. Sin embargo, en el fondo no se trataba de un problema de disponibilidad de tiempo porque los encuentros no duraban más de dos horas. Además, la presencia de Mariano en la ciudad tampoco resultaba un obstáculo porque si bien Gustavo, a diferencia de Lionetta, sentía mucho miedo de ser descubierto, no le temía tanto a su amigo, sino a su propia esposa.

Mientras que a Lionetta le gustaba que él le respondía cada mensaje dulce que ella le enviaba y lo consideraba un hombre muy atento; lo opuesto a su esposo y también al amante que había tenido hacía diez años y cuya existencia jamás se lo comentó a nadie porque aquella había sido la primera y única vez que le fue infiel a Mariano, hasta su *affaire* posterior con Gustavo, claramente.

### III

La mañana siguiente al hallazgo del cadáver de Lionetta la prensa no pudo evitar referirse en primera plana y en sus títulos principales, redactados en letra catástrofe, al “presunto homicidio” de la mujer citando fuentes “policiales y de la investigación” que no descartaban la hipótesis de “un accidente en medio de un juego sexual”, ya que esperaban los resultados de la autopsia. Más allá de estas dudas iniciales, la noticia desató una tormenta en la provincia dado que la fallecida era la esposa de un reconocido cirujano plástico que residía en un exclusivo barrio privado y que tenía importantes contactos en el sector empresario y político. Por ello, el lunes a primera hora, el comisario *Roberto Suárez*, jefe de la División Homicidios de la *Policía Mediterránea*, fue enviado a la ciudad de los grandes productores agrícolas para dirigir en persona las tareas de campo de los efectivos de la fuerza, que actuaban bajo las directivas del fiscal Di Marco.

El comisario, un exjugador de rugby con un porte físico que podía llegar a intimidar, viajó desde la Capital Provincial a bordo de un vehículo de alquiler y por la autopista que, en pocas horas, lo depositó en su destino, donde se alojó en un hotel céntrico, ubicado a unas cuadras tanto de la Jefatura de Policía Local como de los Tribunales. Y antes de reunirse con el instructor judicial, con quien ya había hablado telefónicamente, visitó la Jefatura para presentarse ante sus colegas y luego comenzó a entrevistarse con personas del círculo íntimo de Lionetta y su esposo, sobre todo, los vecinos del mismo barrio y los familiares más directos. Y con la asistencia de un oficial que hizo las veces de chofer y guía por la ciudad, a Suárez le bastó para realizar un rápido recorrido y obtener un panorama inicial, el cual fue registrando de puño y letra en un cuaderno cuadriculado con anotaciones que llevaba siempre consigo, al igual que una lapicera de trazo fino y negro.

Por su parte, el fiscal Di Marco se trasladó a media mañana hasta el chalet de Lionetta para tomarle declaración testimonial a Mancini, quien había arribado junto a Landívar en el auto de este y durante la madrugada; al igual que a *Fernando*, el hijo mayor del matrimonio, quien viajó en su coche particular desde el departamento que alquilaba cerca de la Universidad, en el centro de la provincia. Mientras que *Victoria*, la hija menor de Lionetta y Mariano, recién llegaría al país esa misma noche y en el primer vuelo internacional que pudo conseguir.

La casa de los Mancini se vio inmediatamente rodeada por los periodistas de los principales medios de comunicación de la provincia, y también de algunos nacionales, que habían desbordado a la seguridad privada del barrio que se parecía cada vez menos a un predio cerrado. Sin embargo, la presencia abrumadora de las cámaras de televisión, micrófonos, teléfonos celulares y grabadores no logró el efecto buscado por los trabajadores de prensa, dado que tanto el fiscal como el viudo no realizaron declaraciones públicas; tampoco el abogado y mejor amigo del cirujano, quien estuvo junto a él todo el tiempo y hasta en ocasiones hablaba en su lugar.

Y mientras los periodistas aguardaban ansiosos, los funcionarios judiciales y policiales entraban y salían del inmueble, en el marco de las diligencias de rigor dispuestas por los encargados de la investigación. Sobre todo, para que los peritos pudieran inspeccionar la escena con luz natural aprovechando que ese lunes había pleno sol y un cielo diáfano, aunque con un alto porcentaje de humedad, lo que hacía que el clima se sintiese más pesado que lo habitual. El único obstáculo para los expertos era sortear el nutrido cableado del acampe periodístico que ocupaba las inmediaciones, desde la vereda del chalet hasta la curva de los pinos, junto a los que habían quedado estacionados algunos de los móviles, los últimos en llegar, más precisamente.

Por su parte, el comisario Suárez dio varias vueltas por el barrio, tocando puerta por puerta, pero vestido de civil y procurando no llamar la atención para asegurar el éxito de su tarea, consciente de que el tiempo era esencial para obtener testimonios relevantes, cuando las personas entrevistadas aún mantenían su memoria a corto plazo bastante fresca dado que la intensidad de los recuerdos descendía hasta el treinta por ciento al segundo día de los hechos, aunque esa información no se perdía, sino que pasaba a un nivel inconsciente y una vez allí solo era posible recuperarla con esfuerzo y repaso, lo que demandaba más tiempo.

El comisario Sánchez iba vestido como la mayoría de los vecinos de la ciudad: unos vaqueros, remera de mangas cortas tipo chomba y unos zapatos náuticos, cuando por la tarde entró a los Tribunales un rato después de finalizado el horario de la jornada laboral de los empleados judiciales, por lo que en el hall de la planta baja solo había personal de seguridad. Era un edificio de una decena de pisos, antiguo; pero con la recepción recientemente remodelada, por lo que la misma tenía sus paredes laterales y la frontal enteramente de vidrio y el suelo de un símil mármol reluciente. De esta manera, el sector de ingreso era sumamente luminoso y los movimientos que allí se producían podían ser observados desde el jardín delantero exterior que lo rodeaba en forma de herradura y contaba con una escalinata de piedra con pocos peldaños. Este jardín tenía el piso de conchilla y un puñado de árboles y arbustos típicos de la ciudad, que aportaban cierta sombra, sobre todo, a primera hora de la tarde, cuando la mayoría de los habitantes del lugar y sus alrededores aun digerían su almuerzo y procuraban gozar de un período de siesta, el cual no implicaba necesariamente dormir, sino relajarse y descansar, para luego retomar el trabajo, en especial, los comerciantes y personal dedicado al área de

servicios. En cambio, los judiciales y municipales trabajaban de corrido y hasta temprano, y recién regresaban a sus puestos al día siguiente.

El único punto oscuro del edificio era su parte posterior, con muros de ladrillos y en el que funcionaba el estacionamiento para personal jerárquico y hacia arriba los huecos de los ascensores, aunque de la hilera de tres solía andar una o, a lo sumo dos, debido a desperfectos mecánicos crónicos.

A su vez, la oficina del fiscal Di Marco funcionaba en el cuarto piso y cada una de estas plantas tenía su propia sala de espera con sillas y bancos de plástico y hierro, y una mesa de entrada; al tiempo que los despachos estaban separados por mamparas biseladas y bloques de madera.

El jefe de Homicidios pasó por uno de los ascensores sin ser advertido por los periodistas que montaban guardia en el jardín exterior y las escalinatas. Unos pocos, de los medios locales gráficos que se manejaban solo con un anotador y con conocimiento de los pasillos de Tribunales, lograban sortear la seguridad del hall y se escabullían por las escaleras, y así pasaban a seguir con su guardia en la sala de espera del piso, expectantes a que la puerta de la oficina del fiscal se abriera y saliera el funcionario para poder abordarlo y hacerle unas preguntas, al menos en *off the record*. En cambio, los cronistas y movileros que utilizaban cámaras y micrófonos no pasaban inadvertidos y debían aguardar afuera. Claro que el fiscal y sus empleados no se movían por la entrada principal, sino que preferían salir por el estacionamiento.

Cuando el comisario Suárez llegó al cuarto piso se asomó por la puerta abierta del ascensor para asegurarse que no había nadie en la sala de espera y al confirmar que no había moros en la costa se dirigió rápidamente al despacho de Di Marco, quien lo aguardaba sentado junto a su escritorio. Solo la joven secretaria del fiscal permanecía en la oficina contigua, *tipeando* en la computadora.

—Pensé que iba a llegar más temprano —le dijo el fiscal, visiblemente molesto, al jefe policial.

—Pasa que me demoró un accidente que hubo en la autopista, que estuvo coartada varias horas —respondió Suárez.

—Sí, me avisaron que un auto volcó y se prendió fuego —Di Marco se desabotonó el saco de su impecable traje gris perla—. Un homicidio culposo con una víctima fatal. ¡Qué caos!

—¿Ya la identificaron?

—No, quedó irreconocible a simple vista. Igual que el auto. Así que vamos a necesitar estudios complementarios.

—¿Será alguien de acá?

—No lo sabemos todavía. Pero si lo era, seguramente nos vamos a enterar. Aunque ahora tenemos otras causas más importantes, ¿no le parece?

—Cierto.

—Dígame... —el fiscal abrió ambos brazos, expectante.

—Bueno —Suárez carraspeó—, hasta el momento pude hablar con varias personas del barrio, que conocían a la víctima y a su familia, y todo indica que se trató de un homicidio de índole pasional —el jefe policial se apoyó sobre el respaldo de la silla que ocupaba frente al escritorio de Di Marco, quien bebía de un vaso de agua que, probablemente, se había servido del *dispenser* ubicado a un costado, junto a una biblioteca cargada de libros jurídicos.

—Sí, coincido. La víctima probablemente conocía a su asesino y le permitió el ingreso a su domicilio; por eso no hay nada forzado ni signos de lucha; y el acceso carnal parece consentido o, en el peor de los casos, violento. Además, lo único que se llevó el homicida fue uno de los celulares de la mujer, que no lo hizo con un fin económico, sino

con la intención de borrar los rastros del posible vínculo entre ambos. Tampoco hubo desorden; así que el móvil del robo queda completamente descartado —Di Marco reclinó sobre el respaldo de su silla y cruzó sus brazos a la altura del pecho—. ¿Y surgió el nombre de algún sospechoso?

—Hay un nombre de quien podría ser el amante de la víctima —Suárez extrajo un pedazo de papel de entre las hojas de su cuaderno, lo dobló a la mitad y se lo entregó al fiscal en mano—. Pero son solo comentarios y rumores. Tengo que seguir indagando sobre esa pista porque, en realidad, ninguno afirma haberlos visto juntos alguna vez.

—Entiendo —Di Marco leyó la nota de papel, pero no se mostró sorprendido; probablemente porque él ya conocía el rumor.

Pueblo chico, infierno grande, pensó el instructor judicial, quien luego rompió la nota en pequeños trocitos que arrojó al cesto de basura depositado sobre el piso de alfombra, en el hueco del escritorio y junto a sus pies.

—Los testigos dicen que, si bien esta persona es de la Capital Provincial, donde trabaja y reside, estuvo en la ciudad la noche del crimen compartiendo un asado con importantes dirigentes políticos y empresarios de la zona, en una casona de un country del sector norte.

—¿Se sabe quién fue el anfitrión de esa reunión? —insistió el fiscal, aunque él ya tenía una posible respuesta para dicho interrogante.

—No es un secreto de Estado, así que... —Suárez se encogió de hombros.

—Ajá —asintió Di Marco, quien sabía perfectamente que desde hacía bastante tiempo que el Poder Ejecutivo de la provincia no mantenía una buena relación con la Intendencia local ya que pertenecían a partidos políticos opuestos. Y en ese marco, el viudo Mancini y su abogado Landívar habían aportado dinero a la campaña del candidato

a gobernador que terminó perdiendo las elecciones y que, justamente, era oriundo de la ciudad, aunque en los últimos años se había mudado a la capital.

De hecho, la rivalidad entre los capitalinos del norte y los sureños de la ciudad no era sólo política, sino histórica; tal como ocurría en muchos otros grandes territorios del país.

—Usted es oriundo de estos pagos, ¿no? —insistió el fiscal, interesado en el perfil del detective, que hasta ese momento le daba la impresión de ser una persona de pocas palabras.

—Sí, sí. Nací y viví aquí hasta que ingresé a la Policía.

—Así que conoce bastante bien el mundillo de esta ciudad —Di Marco se inclinó hacia adelante y colocó sus brazos semiextendidos sobre el escritorio, en el que había una pila de expedientes.

—Más o menos. No venía por acá desde muy joven, cuando murieron mis padres.

—¿Hijo único?

—No, pero mis hermanos también se radicaron en la capital. Por acá ya no me queda ningún familiar cercano.

—Claro, claro.

—En resumen —Suárez se levantó de su asiento y puso el cuaderno bajo su axila—: necesito hablar con más personas del círculo íntimo de la víctima y su familia, así que mejor sigo con mi trabajo. Si me disculpa...

—Y también procure entrevistarse con los invitados a ese asado.

—Sí, claro —el comisario se apartó de su silla y justo antes de que encaminarse hacia la puerta ingresó a la oficina la secretaria del fiscal, apurada y con un documento en sus manos.

—Aquí tiene doctor —la joven, vestida con una pollera azul marino que hacía juego con su saco, le entregó dos hojas con el membrete del Poder Judicial recién impresas—: el informe preliminar de la autopsia.

Los médicos forenses Ferrari, Santana y Mastrángelo ya le había adelantado, vía telefónica, el resultado de la diligencia, aunque restaban los estudios complementarios y los exámenes toxicológicos, los cuales demorarían varias semanas, como mínimo, e iban a estar a cargo de Zelaya. Sin embargo, Di Marco les había pedido con urgencia un registro documental de las conclusiones iniciales de la necropsia con la mayor cantidad de detalles posibles a esa altura de la incipiente investigación.

El fiscal aguardó a quedar solo en su oficina para empezar a leer las dos hojas del informe. “No puedo creer que algunos pensarán en que se trató de un juego sexual que terminó en un accidente. Y, encima, lo dejaron trascender a la prensa”, se quejó Di Marco, quien se acomodó sus anteojos para enfocarse mejor en el texto impreso.

De acuerdo a los médicos forenses, en el examen externo del cuerpo de la víctima se constataron “signos de violencia, principalmente en cuello y región genital”; pero no “signos de defensa ni de lucha”. Mientras que se confirmaron las “manifestaciones externas de putrefacción” y un “desprendimiento de piel en zona de roces”.

En tanto, el examen traumatológico reveló que en el cuello había un “surco horizontal, doble por debajo del cartílago tiroideos, sin profundidad en zonas laterales”. Y los extremos del mismo surco se unían en la zona del nudo, en la región antero lateral derecha, baja, produciendo una lesión “marcadamente apergaminada y acartonada, de forma esférica de cuatro centímetros de diámetro”.

Por encima de la lesión dejada por el nudo se observó, a su vez, una excoriación por fricción, ligeramente acartonada y a ambos lados de la misma otras dos de aspecto

similar, aunque con una morfología más esférica y ovalada. También había este tipo de excoriaciones en el codo derecho, abdomen y seno derecho; al tiempo que en el izquierdo se detectó una equimosis.

En cuanto a la zona de los genitales externos, los forenses hallaron un “líquido blanquecino”, que suponían era semen; y una equimosis en la vulva. Además, advirtieron una lesión reciente tipo fisura en el ano.

Mientras que en el cuero cabelludo había un traumatismo en el parietal derecho, al tiempo que en los pulmones se encontraron las denominadas “*Manchas de Tardieu*” (pequeños puntos hemorrágicos), que indicaban un mecanismo asfíctico. También había de esas manchas en el corazón, aunque en una escasa cantidad.

En tanto, el resto del cráneo, rostro y tórax no evidenciaban anomalías; y en el estómago se encontraron restos de alimentos sin digerir, lo que sugería que la víctima había comido poco antes de ser asesinada.

A su vez, el examen cadavérico permitía a los médicos arribar a una probable data de muerte de alrededor de treinta y seis horas antes de la autopsia.

Para los forenses, el traumatismo en el cuero cabelludo y las excoriaciones podrían haber sido producto de “zamarreos” de la víctima que terminó golpeando contra la pared o el borde de madera de la cama.

Y sobre la causa de la muerte la conclusión fue clara y concreta: las lesiones a nivel de cuello produjeron asfixia mecánica por estrangulamiento por “mecanismo mixto”, es decir, por lazo y manual. Además de que todas las lesiones descriptas fueron contemporáneas al momento del deceso.

Por último, los peritos confiaban en que, si el análisis de laboratorio confirmaba que el líquido blanquecino hallado en el cadáver era efectivamente semen, del mismo se podría extraer luego el perfil genético del mismo y, por ende, el ADN del asesino. Y ésa

era la prueba a la que se aferraba Di Marco, además de un rastro epitelial parcial encontrado en el cinturón de la bata con el que habían estrangulado a la víctima y que bien podrían pertenecer a las manos homicidas.

El periodista *Santiago Carreras* arribó a la terminal de micros de la ciudad el martes bien temprano, cuando recién comenzaba a clarear, procedente de la Capital Provincial, donde trabajaba para el principal diario de la región en la cobertura de los casos policiales más resonantes y el crimen de Lionetta era justamente uno de esos, por lo que su editor no dudó en enviarlo a la escena del hecho apenas se reintegró de sus vacaciones, sus últimas como soltero porque dentro de unos meses se iba a casar con su novia, con la que todavía no había convivido nunca. Él ya era un treintañero que vivía solo y le llevaba un par de años a ella, quien, a su vez, seguía en la casa de sus padres mientras se aprestaba a terminar su carrera universitaria, la que la mantenía ocupada gran parte del tiempo y, a su vez, le brindaba a su pareja cierta libertad para viajar y trabajar por largos períodos.

Carreras se tomó un taxi desde la terminal hasta el hotel del centro, donde las autoridades del diario le habían reservado una habitación simple con vista al pulmón del edificio y en la que dejó su mochila y el bolso sin desempacar sobre la cama, para luego bajar al salón comedor y desayunar al alba.

El periodista se ubicó en una mesa para dos, desde la que advirtió la presencia de otros colegas de medios nacionales que también se hospedaban allí en el marco de la misma cobertura. Vio la presencia de fotógrafos, movileros y camarógrafos a los que no identificó, excepto por una cronista de uno de los canales de noticias por cable. Y entre tantos rostros desconocidos halló uno muy familiar y que pertenecía a un hombre con el que había intercambiado información en numerosos casos y que, al igual que él, tomaba

un café con leche con medialunas en una mesita ubicada en un rincón apartado del desayunador. Entonces, Carreras, al ver que la silla colocada frente a esta persona estaba libre, abandonó su posición, cruzó el salón y se sentó en ella.

—¿Cómo le va comisario? —Carreras estiró su brazo por encima de la mesa y estrechó la mano de Suárez, quien inmediatamente cerró su cuaderno de anotaciones.

—Muy bien, gracias —respondió el jefe policial, quien ya había terminado con su infusión y ahora degustaba de un jugo de naranja exprimido—. ¿Y usted?

—Acá. Laburando, como siempre —el periodista bebió un sorbo del vaso con agua gasificada que se había llevado consigo desde su mesa luego de haber desayunado en abundancia, aprovechando el buffet gratis y así saciar el apetito que se le había abierto al levantarse tan temprano, una costumbre poco usual en él.

—No me sorprende. De hecho, lo esperaba ayer por acá.

—Estaba de viaje. Por eso no vine antes.

—Lo sospeché porque las notas del caso que publicó el diario llevaban la firma de su editor.

—Sí, sí. Él me mandó. Así que, si no le molesta, le voy a hacer un par de preguntitas —Carreras sacó del bolsillo de su camisa una lapicera y una hoja de papel toda doblada y la estiró sobre el mantel.

—Todo lo que le diga es en *off the record* —aclaró el comisario, quien arrimó la silla a la mesa para hablar cara a cara con el periodista y en voz baja.

—Como siempre, quédese tranquilo —Carreras echó un vistazo alrededor para cerciorarse que sus colegas no estaban al tanto de la charla. De hecho, la mayoría de ellos seguía desayunando o se alistaban para salir al aire en un jardín de invierno ubicado junto al salón comedor y que le aportaba al lugar un toque verde y natural.

—¿Qué quiere saber que ya no sepa? A ver...

—Está claro que se trató de un robo, sino de un crimen pasional, que la víctima conocía a su asesino y que hasta mantenía una relación íntima con él, probablemente desde hacía un tiempo, ¿cierto?

Suárez asintió con la cabeza.

—Entonces, tienen que estar buscando a un amante...

El comisario volvió a responder afirmativamente con un gesto.

—Mi pregunta es: ¿ya tiene un sospechoso?

—Hay uno que se repite, pero puede no ser el único.

—Es decir que la mujer podría haber tenido más de un amante.

—No lo podemos descartar.

—¿Y cuál es el nombre que más se repite?

—¿Me está jodiendo o tomó ferné con el desayuno? —Suárez abrió grande sus ojos, al punto que sus gruesas cejas se levantaron por encima del marco de sus anteojos.

Carreras sonrió.

—Lo que le puedo decir es que se trata de un abogado que trabajaba como asesor del Ministerio de Seguridad Provincial. El nombre averígüelo usted solo.

—Ok, entiendo —el periodista agachó la cabeza y realizó una anotación en su hoja.

—Y permítame darle un consejo que podría ahorrarle problemas con su editor: no lo publique como sospechoso del asesinato, sino como presunto amante.

—Está bien.

—Sepa que este es un caso que se va a resolver por una suma de indicios, no con pruebas directas. Por lo que hay que andar con mucho cuidado.

—De acuerdo —Carreras volvió a doblar la hoja y la guardó otra vez en el bolsillo de su camisa—. Otro tema: ¿alguna novedad del celular de la víctima que se llevaron de la escena del crimen?

—La mujer tenía dos líneas, una vieja y una nueva. Y el asesino se llevó el aparato con la nueva. Así que vamos a tener que pedir a la compañía el informe de llamados y mensajes, y eso lleva un tiempo.

—¿Y la línea vieja?

—Sólo hay llamadas y mensajes sin demasiada relevancia: de su esposo, sus hijos y algún que otro familiar o amiga.

—Listo. No lo molesto más. Cualquier cosa me escribe por mensaje a mi celular o yo al suyo —el periodista se puso de pie y le dio la mano a Suárez, quien tras la partida de Carreras reabrió su cuaderno y volvió a repasar sus últimas anotaciones en silencio.

Y cerca del mediodía, mientras el comisario estaba de recorrida entrevistándose con más testigos del círculo íntimo de la víctima y su familia, y Carreras montaba guardia frente a la casa de los Mancini con la intención de poder hablar con el viudo (la palabra más buscada por la prensa); el diario publicó en su página web el nombre del abogado *Ramiro Méndez*, asesor letrado del ministro de Seguridad provincial, *Alfonso Brizuela*, lo que inmediatamente desató un escándalo.

La noticia de que el abogado Méndez era, al parecer, amante de Lionetta fue como un rayo en medio del temporal que azotaba no solo a la ciudad, sino a toda la provincia. Por ello, el miércoles a primera hora, el letrado se presentó en la oficina del fiscal Di Marco para ponerse a disposición de la justicia. Acompañado de un abogado propio, Méndez se ofreció a extraerse una muestra de sangre para que cotejaran su ADN con el hallado en la escena del crimen. Para hacerlo, Di Marco lo tuvo que imputar en grado de

sospecha leve, sin detenerlo y para garantizar el debido proceso; pero no lo indagó en el momento, sino que fijaría una nueva fecha cuando ya contara con los resultados de laboratorio sobre la muestra levantada del cuerpo de la víctima. Y recién después de ese primer resultado, Méndez podía designar un perito de parte para que participe del cotejo posterior.

El abogado, vestido con traje negro y camisa blanca, no se retiró de los Tribunales por el estacionamiento trasero, sino que lo hizo por la puerta principal del frente, donde se detuvo a realizar declaraciones ante los periodistas que se habían amontonado en el lugar, ya alertados de la presentación espontánea del letrado.

*“Jamás tuvo una relación con esta señora. Es más, ni siquiera la conocía. Ni de nombre. Recién supe quién era cuando ocurrió el crimen”*, aseguró Méndez ante los micrófonos y cámaras de los cronistas y movileros.

Y agregó: *“Esto es una tragedia para la familia de la víctima, pero también una tragedia para mi familia, mi esposa e hijos. Claramente, aquí hay alguien que me involucró malintencionadamente para desviar la investigación porque soy absolutamente inocente.”*

Finalmente, Méndez partió en medio de una catarata de preguntas que no respondió y apenas regresó a la Capital Provincial puso su renuncia a disposición del ministro Brizuela, quien la aceptó, en contra de su voluntad, para tratar de descomprimir la situación, objetivo que no logró, al punto que diez días después, él mismo dimitió a su cargo para tratar de esquivar las críticas de la opinión pública (y mediática) a la actuación de la Policía Mediterránea, que dependía del Ministerio, en la investigación del crimen de Lionetta.

#### IV

El período de luz natural se iba acortando con el correr de los días y como el chalet de los Mancini miraba hacia el saliente, la fachada del mismo quedaba en penumbras a media tarde, aunque contaba con la suficiente claridad para que *Adriana Smith* pudiera echar un vistazo y tomar las medidas para colocar un *vitraux* a ambos lados de la puerta principal de ingreso, un trabajo que se lo había encargado Mariano tiempo atrás. De hecho, ella no estaba del todo convencida de aceptarlo, más allá de que el negocio de los vitrales artesanales no abundaba; pero él insistió tanto que la mujer terminó aceptando el encargo. Es más, el cirujano le ofreció llevarla él mismo hasta el barrio para ahorrarle aún más molestias, dado que ella residía en el extremo opuesto de la ciudad. Y si bien Adriana no se sentía a gusto con ello, finalmente hizo lo que él quería.

Era viernes y cuando llegaron al chalet Lionetta se encontraba sola, luego de haber ido a tomar un café con Susana y Martina al centro comercial, donde también recorrieron una serie de negocios de ropa. Por su parte, Cora ya se había retirado tras finalizar su jornada laboral, Fernando iba a pasar el fin de semana en la Capital Provincial porque tenía un examen parcial el lunes y Victoria se encontraba en clase particular de inglés.

La dueña de casa se sorprendió al ver a su esposo tan temprano de regreso en su hogar, no así que estuviese acompañado de Adriana, ya que la idea de colocar el vitral, en realidad, había sido de ella, mientras que Mariano le recomendó quién podría hacer ese trabajo con buen gusto y estilo, y, sobre todo, a un bajo precio.

Las dos mujeres se conocían, aunque no tenían ninguna relación ni vínculos en común, excepto por Mariano, quien solía presentar públicamente a Adriana como “una vieja amiga de la Universidad”.

Pero Adriana no era médica, sino abogada; y conoció a Mariano en una Fiesta de la Primavera organizada por la Universidad de la Provincia y a la que asistieron alumnos de distintas facultades. Ella era oriunda de la ciudad, como Mariano, y ése fue el punto en común a partir del cual nació el nexo entre ambos.

Adriana trabajaba también como empleada del Poder Judicial en el Palacio de Tribunales local (ocupó distintos puestos desde 1982), estaba separada del padre de su única hija adolescente, con quien convivía; y su mayor pasión se había vuelto, desde el divorcio, dedicar su tiempo libre a los vitrales artesanales y, de paso, ganar algo de dinero extra.

El antiguo arte vitral tenía sus orígenes en la época románica y sus templos góticos; y a finales del Siglo XIX fue un vidriero estadounidense quien aportó una técnica propia e innovadora que revolucionó la forma de trabajar el vidrio y se convirtió en una fuente de inspiración para todos aquellos que adoptaron su estilo como, por ejemplo, Adriana; aunque ella, a diferencia de su “guía”, no fabricaba sus propios vidrios, sino que los compraba y luego les aplicaba las figuras geométricas, el diseño y la pintura.

Desde niña se había destacado en dibujo y a partir de la adolescencia realizó varios cursos para desarrollar su arte. Luego se volvió una admiradora de la escuela de la pradera y las lámparas de vitral, y aprendió a combinar los colores como manchas del impresionismo para delinear las sombras de los pétalos de las flores y la gradación de luz.

Generalmente, ella trabajaba sobre vidrio no opaco, de color intenso; en el que la luz pasaba, pero menos que en el traslúcido. Y las imágenes las pintaba a mano, con una gran calidad y exquisitez.

Siempre realizaba sus tareas en el taller que había montado en el garaje de su casa, el cual tenía vista hacia los campos sembrados y también en los que se criaba ganado, lo que le permitía estar en permanente contacto con la naturaleza.

Ése era su “oasis”, en el que después de colorear el vidrio lo llevaba al horno para fijar la pintura y una vez que lo lograba lo retiraba en planchas que cortaba con una *rulina* o *rodel* en pequeños trozos de mosaicos, con los cuales iba formando las imágenes que buscaba.

Para ello tenía que primero pulir cuidadosamente cada una de las piezas y dejarla con la forma exacta del hueco que tenía el diseño elegido. En segundo lugar, cubría los perfiles de cada uno con cinta de cobre y, recién entonces, colocaba los vidrios en contigüidad.

Posteriormente soldaba las uniones de los bordes con estaño a la temperatura justa para que no se derramara y quedara en forma irregular y no como un cordón que tapaba las juntas; y, por último, les aplicaba una pátina negra a las soldaduras.

“Yo me voy a dar una ducha y a cambiarme de ropa”, anunció Marianao a Lionetta y Adriana, tras lo cual, subió a la planta alta, donde se introdujo en su habitación con baño en suite, mientras que las dos mujeres permanecieron abajo.

La dueña de casa miraba cómo Adriana tomaba las medidas para el vitral con una regla y registraba los claroscuros con un luxómetro, tanto con la puerta abierta como cerrada.

—¿Cómo está tu hija? —se interesó Lionetta, quien se encontraba sentada en el sillón individual más próximo a la entrada.

—Bien, en plena adolescencia. Viste cómo es eso...

—Ya debe estar en quinto año, ¿no?

—Sí, sí. Este invierno se va de vieja de egresados —Adriana guardó sus herramientas en un bolso que llevaba consigo y realizó unas anotaciones en un cuaderno

que había dejado sobre una mesita ratona junto a la puerta, donde el matrimonio Mancini y sus hijos solían depositar las llaves de la puerta—. ¿Y tus hijos en qué andan?

—Fer está en la Universidad de la Provincia y se alquiló un departamento allá para no tener que ir y venir todo el tiempo —respondió Lionetta, quien había encendido un cigarrillo, aprovechando que su marido no estaba en el mismo ambiente para reprocharle aquel hábito tan perjudicial para su salud.

—¿Qué estudia?

—Economía.

—Como yo —Adriana apoyó la lapicera sobre el cuaderno y se señaló el pecho.

—Claro.

—Qué raro que no estudió Medicina como el padre...

—Estuvo en la duda hasta último momento.

—Me imagino —Adriana cerró el cuaderno y lo guardó en el bolso—. Lo bueno de esa universidad es que las dos facultades están pegadas, una al lado de la otra, y comparten el mismo patio y comedor.

—Me acuerdo —Lionetta exhaló una larga bocanada y luego dejó el cigarrillo en el borde del cenicero que había en el mueble esquinero que sostenía una lámpara—. Así fue cómo se conocieron con Mariano, ¿no?

—Exacto. Aunque eso fue hace como treinta años...

—Sentante —Lionetta señaló el sillón individual enfrentado al suyo—. ¿Querés tomar algo?

—No, gracias —Adriana se ubicó frente a la dueña de casa—. Estoy bien.

—¿Habías venido alguna vez acá?

—No, nunca —Adriana echó un vistazo alrededor del living—. Es muy linda tu casa.

—Gracias —Lionetta dio otra pitada y luego apagó el cigarrillo—. Qué raro que, en tantos años de amistad con Mariano, él no te haya invitado a ninguna reunión o fiesta que suele organizar acá...

—Somos viejos amigos, pero cada uno tiene su vida, que se yo...

—Sí, sí, entiendo. Además, Mariano puede ser especial.

—¿En qué sentido? —Adriana se apoyó sobre el respaldo del sillón y cruzó sus piernas, las cuales estaban vestidas con unas calzas largas hasta los tobillos que dejaban en evidencia su figura atlética.

—Digo, tiene determinadas manías y obsesiones muy arraigadas.

—Como todos, calculo. ¿A quién no le gusta que las cosas sean como uno quiere?

—Adriana abrió los brazos con las palmas de sus manos hacia arriba.

—Cierto.

—¿Y Victoria?

—Está en particular.

—No me digas que le va mal en el colegio...

—No, no. Está perfeccionando su inglés porque a mitad de año se va a los Estados

Unidos en un intercambio estudiantil.

—¡Mirá qué bueno! ¿Y se va por mucho tiempo?

—Un semestre entero.

—¡Ah, un montón!

—Y sí. Es bastante.

—Pero ustedes deben estar contentos, más allá de que la van a extrañar.

—Yo estoy chocha —Lionetta se inclinó hacia adelante, apoyando sus antebrazos sobre sus rodillas, las cuales estaban semidesnudas ya que vestía una falda—. Pero Mariano no tanto.

—Ajá.

—Vicky es la preferida de él —Lionetta miró hacia la planta alta y bajó el volumen de su voz—. La verdad es que no sé qué va a hacer cuando ella no esté.

—Estimo que al principio le va a costar, pero después se va a acostumbrar.

—Espero.

—A mí me pasó algo parecido cuando apenas me separé y mi hija se iba a pasar unos días con el padre.

—Claro.

—Las primeras veces que me quedaba sola me sentía re mal, pero con el tiempo me adapté.

—Sí, yo recién ahora me estoy acostumbrando a pasar más tiempo sola, ya que Victoria tiene un montón de actividades y Fernando se fue a la Universidad; y la verdad es que no está tan mal, al contrario —sonrió Lionetta.

Adriana emitió una carcajada que interrumpió inmediatamente al advertir que Mariano bajaba las escaleras luego de haberse duchado y cambiado. Y al ver que se acercaba hacia ellas, la mujer se levantó del sillón, al igual que Lionetta.

—¿Todo bien? —Mariano se paró al lado de Adriana, de frente a su esposa.

—Sí, ya terminé de tomar todas las medidas —la mujer dio unos pasos hacia donde había dejado el bolso con intenciones de recogerlo.

—Estábamos charlando —acotó Lionetta.

—¿Ya te vas? —Mariano se dirigió a Adriana al ver que levantaba el bolso de la correa y se lo colgaba del hombro.

—Sí, sí. Tengo más trabajo que hacer.

—Ok. Te llevo, entonces.

—No hace falta. Me pido un remis —Adriana sacó su celular del bolsillo de su campera deportiva para llamar a la agencia a la que solía recurrir—. Además, voy hasta el centro, acá nomás.

—Como quieras. Para mí no es ninguna molestia.

—Ya estás en tu casa. Quedate.

—Si ella no quiere, dejala —intervino Lionetta.

—Ok —asintió él, al tiempo que Adriana hablaba por teléfono con la remisería.

Ya había anochecido y Lionetta se dirigió hasta los ventanales del frente para cerrar los postigos, correr las cortinas y encender la luz del living.

—Ya viene el remis. Justo había un auto en el barrio —indicó Adriana apenas cortó la comunicación.

—Bárbaro —Mariano se acercó hasta Adriana y al cerciorarse que su esposa no los veía, ya que ella seguía dando vueltas por el ambiente, la tomó de la mano, pero la mujer la apartó inmediatamente.

—Después te paso el presupuesto para saber cuánto me tenés que dar para comprar los materiales, ¿te parece? —señaló ella.

—Vos comprá y después me decís cuánto te costó.

—Bueno, como quieras.

Por su parte, Lionetta terminó de acondicionar el living y se encaminó hacia la puerta para abrirle a Adriana, quien se colocó delante de Mariano.

Y cuando estos dos se acercaban a la entrada, ya abierta por Lionetta, el cirujano tomó a Adriana de la cintura y la abrazó delante de su esposa.

—Éste es el amor de mi vida —expresó Mariano, jocoso.

Adriana se quedó paralizada, abrumada por la incomodidad que le generó dicho comentario, mientras que Lionetta se rio como si se tratara de una broma más.

No podés ser tan cruel, pensó Adriana, quien continuó callada.

¡Qué pelotudo!, se dijo Lionetta, quien en ningún momento hizo una mueca de disgusto o contrariedad.

—Bueno, che. Era una joda —Mariano se alejó de Adriana y ésta aprovechó para atravesar el umbral y despedirse de Lionetta con un beso en la mejilla, al tiempo que saludó al cirujano, quien quedó parado detrás de su esposa, con la mano alzada y a una distancia prudencial.

“Después hablamos”, fueron las últimas palabras de Adriana, quien cruzó el portón delantero, que estaba sin llave, y aguardó en la vereda a que el remís detuviera su marcha frente al chalet, ante la mirada de Lionetta; en tanto que el médico permaneció adentro de la casa.

Y una vez que Adriana se fue y Lionetta cerró la puerta, Mariano se sentó en el sillón de dos plazas y encendió el televisor, en el que sintonizó el canal de noticias, y no volvió a hablar con su esposa, quien se encerró en su habitación hasta la hora de la cena, en la que el matrimonio compartió una comida casera con su hija.

Una larguísima columna de aproximadamente ochenta mil personas marchaba sobre la ruta por la que se accedía al puente internacional que unía a dos países históricamente hermanos y que, por entonces, mantenían desde hacía más de un año un conflicto político-diplomático a raíz de la instalación de dos pasteras a la vera del río, lo que originó una fuerte protesta de los ambientalistas de la región.

En la masiva marcha se observaban banderas de ambas naciones y los manifestantes entonaron los dos himnos; sin embargo, los gobiernos de cada república no llegaban a ningún acuerdo, por lo que aquello parecía el inicio de una escalada de

protestas, sobre todo, en la margen opuesta a donde se instalaban estas plantas financiadas con inversiones de origen europeo.

En el verano ya había fracasado un acuerdo de la Comisión Binacional creada para tratar de resolver la cuestión, mientras que un informe de expertos del Banco Mundial descartaba una contaminación catastrófica de las aguas del río.

Ante esta situación, los asambleístas volvieron a votar por cortar la ruta y el acceso al puente, al menos en forma provisoria para rechazar dicho informe y la postura del gobierno del vecino país, el cual se veía sumamente afectado por esa medida de fuerza que deterioraba el movimiento turístico y el transporte de mercaderías vía terrestre, principalmente.

Por ello, las autoridades que argumentaban resultar damnificadas por los asambleístas iniciaron luego de la marcha y el corte una denuncia ante la Corte Internacional de Justicia.

Éste era el principal tema que trataban en el noticiero que Mariano tenía sintonizado en el televisor del living, aunque él prefería que los periodistas abundaran en otros asuntos que le resultaban más interesantes como, por ejemplo, el Mundial de Fútbol que se iba a disputar en unos meses en Alemania, y al cual el cirujano ya tenía planeado viajar junto a Landívar y otros compañeros del club de tenis.

A su vez, Mariano tenía otra idea que ese fin de semana le estaba rondando la cabeza, así que tomó su celular y marcó el número que ya se sabía de memoria y que prefería no agendar en los contactos de su teléfono para que su esposa no llegase a encontrarlo.

—Hola Adri, ¿cómo estás?—saludó Mariano apenas la mujer lo atendió del otro lado de la línea—. ¡Al fin te engancho! Te llamé varias veces y siempre me daba apagado o el contestador...

—Hola, Mariano —respondió Adriana, quién sí tenía agendado el número del cirujano, por lo que sabía de antemano cuando él la llamaba—. Estuve ocupada, por eso no te pude atender antes.

—Todo bien. No hay problema —Mariano apagó el televisor para poder hablar sin ruidos de fondo.

—¿En qué andás?

—Estoy solo en casa y con muchas ganas de verte.

—¿Y tu familia?

—Lionetta se fue a lo de la madre con Victoria y Fernando se acaba de volver a la ciudad porque mañana cursa.

—Mirá vos.

—¿Y vos estás sola?

—Sí, recién vinieron a buscar a mi hija.

—¿Puedo ir a verte? El otro día, si no fuera porque estaba Lionetta en el medio, te comía la boca. Esas calzas que tenías puestas me volvieron loco.

—¡Jajá!

—Tengo un gran vino para llevar.

—¿Blanco o tinto?

—Tinto. Malbec. ¿Qué decís?

Adriana se encontraba tirada en la cama, mirando una película en DVD y si bien se sentía halagada, cargaba con el cansancio de un sábado y domingo repletos de actividades con su hija. Sin embargo, un poco de compañía adulta no le iba a venir mal.

Así que luego de unos instantes de deliberación interna, se decidió:

—Dale, te espero.

—¿Tenés algo para comer o llevo yo?

—Tengo para una picada, si querés.

—Bárbaro.

—Eso sí, dame un rato que me tengo que arreglar. Estoy hecha un desastre...

—Ni queriendo estarías hecha un desastre, diosa.

—Bue...

—En un rato ando por allá. Besos.

—Beso —se despidió Adriana, quien, apenas cortó la llamada, se dirigió al baño a higienizarse y cambiarse de ropa.

Mariano estacionó a la vuelta de la casa de Adriana y caminó unos cien metros con la botella de vino bajo el brazo y al entrar a la vivienda la mujer lo esperaba con la mesa del living lista y dos copas vacías.

A media luz y con una *bossa nova* de fondo, los amantes llevaron la bebida y la comida hasta la ratona ubicada frente al sofá, mientras que en su habitación ella había dejado encendida un par de velas.

Para Adriana era sólo sexo, o al menos era lo que ella creía. De un modo u otro, no veía impedimento alguno para montar una escena un poco más romántica y así tratar de disfrutar el momento de la mejor manera posible.

—La pasamos tan bien que deberíamos hacer un viajecito juntos —Mariano apoyó su mano izquierda sobre el muslo desnudo de la mujer, que esa noche llevaba puesto un vestido corto, mientras que en la derecha él sostenía su copa de vino.

—¿Sos o te hacés? —Adriana lo miró asombrada—. Vos estás casado y te conoce todo el mundo.

—¿Y?

—Y que creo que es mucho mejor nos encontremos por acá, que no nos ve ni molesta nadie.

—No seas aburrida, che —el cirujano se inclinó sobre ella y le besó la base del cuello.

—No soy aburrida, sino precavida —la mujer bajó el mentón de costado para cortar con los besos que le generaban cosquillas—. ¿No te preocupa la posible reacción de Lionetta?

—De eso me ocupo yo —Mariano se echó para atrás, serio—. Vos no tenés nada que ver.

—El otro día estuviste un poco desubicado con el comentario sobre el amor de tu vida —la mujer se volvió hacia él para hablarle mirándolo a los ojos.

—Fue un chiste y Lionetta se lo tomó como tal. Además, ella está más interesada en el vitral que cualquiera de nosotros.

—Hablando de trabajo —Adriana dejó la copa sobre la mesita ratona y recogió su celular donde tenía anotado unas cifras—: gasté como cuatro mil dólares en vidrios, así que después te paso el presupuesto terminado.

—Ok. Después arreglo con Lionetta, porque es una idea de ella.

—¿Lo va a pagar ella?

—Y sí. Si es por mí, por esos precios no hago nada.

—No seas pijotero, eh.

—Yo mantengo a todos en mi casa, así que no me vengas con eso —Mariano se sentó mirando hacia adelante, separando su tronco del respaldo del sofá.

—Está bien, está bien. Perdoname —Adriana le acarició la espalda, cubierta con una remera tipo chomba color arena—. Pero yo sí necesito algo de plata como adelanto porque todavía no cobré, ¿puede ser?

Mariano se puso de pie, tomó su billetera del bolsillo trasero de su pantalón y extrajo un par de billetes violetas que dejó sobre la mesita.

“Ahora vengo. Voy al baño”, anunció y luego abandonó el living.

Por su parte, Adriana tomó los dos billetes sin poder creerlo.

“¡Qué rata! Con esto me alcanza para tomar un café nomás”, masculló con bronca, aunque rápidamente trató de pensar en otra cosa para no arruinar el *mood* de la velada en la que ella había depositado sus últimas energías de la jornada.

Así que colocó el dinero prolijamente doblado debajo del florero de vidrio que había en una esquina de la ratona y bebió media copa de vino de un trago, para relajarse y dejarse llevar.

Y cuando Mariano regresó del baño prácticamente no le dirigió la palabra y se besaron apasionadamente sobre el sofá, tras lo cual, pasaron directo al dormitorio, donde se arrojaron sobre la cama y tuvieron sexo, dos veces.

Los dos viejos amigos se encontraban solos en la oficina de uno de ellos, cuya cabellera repleta de canas denotaba que era el de mayor edad. El anfitrión trataba a su huésped de turno como a un hermano menor y lo había citado para ese preciso momento porque nadie podía oírlos ni interrumpirlos allí, dado que ya había terminado el horario de trabajo y el resto del inmueble estaba completamente vacío. Ni siquiera las secretarias que atendían los teléfonos y llevaban la agenda del jefe se hallaban presentes. Era de noche y ambos estaban sentados frente a frente, cada uno a un lado del escritorio y a la luz de la lámpara encendida sobre dicho mueble.

Los únicos testigos de aquel encuentro eran las personas que aparecían en las fotografías enmarcadas que se exhibían en distintos puntos de la lujosa oficina. Esas imágenes del propietario con el difunto Papa, un expresidente, una de las figuras de la

Selección Nacional de fútbol y el actor hispano parlante más famoso del mundo no representaban simples adornos, sino que funcionaban como parte esencial de una aceitada estrategia de marketing que solía dar buenos resultados a su autor.

—No puedo dejar que ella se salga con la suya porque, sino, me van a venir a buscar a mí, ¿me entendés? —la visita se mostraba sumamente preocupada.

—Claro que entiendo. Pero quedate tranquilo. Ya vamos a encontrar una solución.

—Más te vale, porque fuiste vos el que me metió en este quilombo con esa gente.

—Ya lo sé. Yo me voy a ocupar, ¿sí?

—Ok.

—Además, ¿no fui yo el que se encargó aquella vez del tema de la prostituta que te quería denunciar?

—Sí, es cierto. Pero son dos temas completamente distintos.

—De acuerdo, pero, ¿lo solucioné o no?

—Sí.

—Listo, entonces.

Ambos guardaron silencio por unos instantes, y mientras uno procuraba recobrar su habitual serenidad, el otro evaluaba las distintas posibilidades para solucionarle el problema a su querido compinche, quien tenía razón cuando lo responsabilizaba a él por haberlo involucrado en una situación tan delicada como peligrosa.

—En unas semanas te vas a jugar un torneo, ¿no? —retomó el canoso, quien sabía que después de su amigo, el que seguiría en la lista negra iba a ser él.

—Sí, ¿por?

—Se me ocurrió una idea.

—¿Cuál?

—Es mejor que no lo sepas. Aunque necesito que me ayudes con una cosa, solamente.

—¿Con qué?

—Llévame con vos al torneo.

—Pero, ¿para qué? Si vos no jugás... Ni siquiera sos parte del grupo...

—Confía en mí.

—Lo mismo me dijiste la última vez y mirá a qué punto llegamos. Mejor déjame afuera de todo lo que trames.

—Lo único que tenés que hacer es llevarme con vos. Nada más. Del resto me hago cargo yo solo. En serio. No te preocupes más.

Me pone muy nervioso cuando se hace el misterioso. Además, detesto las sorpresas. Pero, lamentablemente, no tengo otra opción, pensó el “hermano menor”, resignado.

## V

Un calor pegajoso empapaba las prendas de vestir de los cientos de vecinos que la noche del viernes decidieron cambiar sus planes para una jornada típica de verano, en plenas vacaciones, para marchar por las calles céntricas de la ciudad en reclamo de justicia por el crimen de Lionetta. La iniciativa contó también con el apoyo de los turistas que estaban de visita, por lo que una multitud copó la vía pública desde la plaza principal hasta el frente del Palacio de Tribunales. Si bien era la primera movilización masiva que se realizaba en el Municipio a raíz de un delito grave, la movilización buscaba, además de justicia, la liberación del albañil *Gabriel Zanabria*, quien esa mañana había quedado detenido en la Penitenciaría local por disposición del fiscal Di Marco, quien lo acusaba como autor del homicidio de la mujer, para la que el sospechoso había realizado unos trabajos en la terraza de la habitación matrimonial hasta la semana anterior al asesinato. Sin embargo, los manifestantes estaban convencidos de que este joven humilde era solo un “chivo expiatorio” que habían encontrado las autoridades judiciales y policiales para quitarse de encima la presión ejercida por el sector político y la opinión pública que exigían resolver el caso cuanto antes.

Ni siquiera la llegada del nuevo año había mejorado la situación en un expediente que parecía estancado, a la espera de que la ciencia destragara la prueba clave: los estudios de ADN. Es que luego del intento fallido del bioquímico Zelaya por establecer un perfil genético completo de la muestra de semen, tampoco pudieron lograrlo expertos del *Centro de Ciencias Forenses (CCF)* de la Capital Provincial, el laboratorio más moderno y especializado de esa región del país; por lo que hasta el momento no se había podido realizar un cotejo con Méndez, a pesar de lo cual, el abogado seguía imputado en grado de sospecha leve y libre.

A su vez, tanto Zelaya como los peritos del CCF habían coincidido en que los restos epiteliales hallados en el cinturón de la bata con el que estrangularon a la víctima eran también una muestra parcial con indicadores insuficientes para elaborar un perfil.

Por ello, el fiscal Di Marco había solicitado la ayuda del *Federal Bureau of Investigation (FBI)* norteamericano, al que le remitió todas las muestras analizadas y también otras que se tomaron *a posteriori* a una veintena de personas que estuvieron presentes en la escena del crimen inmediatamente después del hallazgo del cadáver (hasta el propio instructor judicial y el cura debieron extraerse sangre) para descartar una contaminación de los rastros hallados.

Pero la ayuda del FBI iba a demorar mucho tiempo en arrojar resultados, probablemente meses, por lo que los investigadores decidieron avanzar en otras hipótesis, una de ellas la del albañil Zanabria, quien quedó imputado de “abuso sexual con acceso carnal, homicidio agravado *criminis causa* y hurto calificado por escalamiento”, delitos que preveían la prisión perpetua.

Por su parte, el periodista Carreras apenas se enteró de la detención de este sospechoso viajó a la ciudad para retomar la cobertura presencial del caso, la cual había abandonado a fines del año anterior, cuando la mayoría de los medios de comunicación parecieron olvidar el crimen y se zambulleron en las fiestas, el inicio del receso estival y el movimiento turístico, una de los motores de la economía nacional. Y al arribar se encontró con un clima aún más caliente que el de los días posteriores al homicidio; y eso no se debía precisamente a las altas temperaturas y el elevado porcentaje de la humedad que empujaban los cuerpos contra el suelo como una inmensa ola invisible.

Según le había adelantado al periodista el comisario Suárez vía telefónica, el albañil quedó bajo la lupa en función de dos testimonios: uno, el de un vecino que declaró que Zanabria le había querido vender un celular que, supuestamente, el joven se encontró

tirado en la vía pública y que los investigadores sospechaban que podría ser el que le robaron a Lionetta. Y, el otro, el de un compañero de trabajo que reprodujo una charla que mantuvo con el ahora detenido en la que este le dijo, un poco en broma, que durante los días que realizó refacciones en la terraza de la víctima la mujer lo había provocado y que terminó teniendo un encuentro íntimo con ella.

Sin embargo, los investigadores no habían podido recuperar el chip del aparato móvil en cuestión ya que Zanabria lo había arrojado a la basura para colocarle uno nuevo.

*“Pero Suárez, recién hablé con el abogado defensor del albañil y me dice que ni siquiera era la misma carcasa de celular, marca ni modelo que el de la víctima...”*, insistió el periodista en aquella comunicación con el jefe de Homicidios, quien se excusó de brindarle más detalles dado que si lo hacía el fiscal Di Marco sabría que fue él quien los filtró a la prensa y lo apartaría de la pesquisa. Aunque esto último no le vendría tan mal a su organismo porque estaba agotado de golpear puerta por puerta por toda la ciudad en busca de testigos. Por suerte para el jefe policial, era un municipio relativamente chico y con poco habitantes.

A su vez, de la calificación legal de la acusación atribuida a Zanabria se desprendía que, para la fiscalía, el albañil sorprendió a Lionetta en la planta alta de su chalet luego de trepar por la terraza que él mismo había arreglado; la violó, la mató y finalmente escapó con el celular de ella.

Esta hipótesis cobró fuerza tras la reconstrucción del hecho que se había llevado a cabo unos días antes y en la que los peritos advirtieron que en el jardín existía una pérgola lo suficientemente alta y resistente por la que se podía trepar y acceder a la terraza, cuya puerta siempre estaba sin traba o directamente abierta si hacía calor.

Pero, cómo había entrado el albañil al jardín seguía siendo una incógnita, ya que, según el propio viudo, él y los demás albañiles jamás tuvieron en su poder las llaves del

ingreso perimetral del chalet para poder hacer una copia de las mismas. Siempre que trabajaban estaba presente Lionetta y era ella quien les abría y cerraba, y, además, no se había perdido ninguna llave de ningún miembro de los moradores de la vivienda.

Y más allá de este gran signo de interrogación en la imputación, la postura del fiscal había sido acompañada por los abogados de la familia Mancini, *Bruno Sorrento* y *Raúl Palavecino*; y avalada por el fiscal general de la provincia, *Antonio Velázquez*.

De hecho, Sorrento y Palavecino sostenían que el albañil había llevado una escalera para poder sortear el muro perimetral y así acceder al jardín, lo cual era poco probable debido a que Zanabria no tenía vehículo propio y andaba simplemente en una vieja bicicleta de paseo, un rodado poco adecuado para trasladarse a mitad de la noche y cargando herramientas grandes y pesadas.

Durante la marcha, el periodista Carreras distinguió dos grandes grupos: por un lado, los familiares y amigos de Zanabria, quienes residían en el sector más humilde y alejado del centro de la ciudad; y por el otro, los vecinos de mayores recursos. “Debe ser la primera vez en la historia que se unen con un mismo objetivo”, le contó por teléfono a su editor, quien seguía el desarrollo de la movilización por uno de los canales de noticias que transmitía en vivo y en directo.

Al frente de los manifestantes reunidos en la plaza principal, alrededor de las cual se situaban la Municipalidad, la Catedral y la oficina de Correos; se encontraba *Silvia Barraza*, la madre del albañil detenido, por lo que Carreras fue a hablar con ella para recoger sus declaraciones, al igual que los demás periodistas allí presentes.

*“Han armado todo para incriminarlo. Ya le dije a la Policía que mi hijo es inocente y que le hagan todos los estudios que quieran”*, indicó la mujer a los periodistas, al tiempo que, de fondo, se repetía el grito de “¡encuentren al verdadero asesino!”.

Silvia, vestida con un short de jean cortado de un pantalón largo, una musculosa y zapatillas deportivas, se veía agitada y con el rostro de piel morena cubierto en sudor, el cual quedaba al descubierto principalmente en su frente desnuda, dado que llevaba su larga cabellera lacia y de un negro azabache peinada hacia atrás y sostenida con una vincha plástica.

La mujer sostenía en sus manos un rosario, mientras que los manifestantes que la secundaban cargaban pancartas con las leyendas “Justicia” y “Liberen a Gabriel”.

—¿Por qué a su hijo? —preguntó Carreras, quien a diferencia de los colegas que lo rodeaban no llevaba un micrófono.

—No sé por qué lo agarraron de punto —Silvia detuvo su marcha para recobrar el aliento y hablar con más pausa, además de que los movileros se habían colocado delante de ella y le cortaban el paso—. Los policías vinieron como siete veces a mi casa a buscarlo. Una vez se lo llevaron en patrullero a declarar bajo amenaza de que lo iban a detener.

—¿Los propios policías lo amenazaban? —insistió una cronista de un noticiero de televisión por cable que había viajado desde Buenos Aires para realizar la cobertura ya que con la detención del albañil el caso había vuelto a las primeras planas de todos los medios nacionales.

—Sí, sí. Fueron alevosas las cosas que le decían y yo les dije que los iba a denunciar, pero no les importaba. Se reían y seguían diciéndole de todo a Gabriel.

—¿Y no piensa hacer la denuncia ahora que lo detuvieron? —Carreras se paró a un costado de Silvia procurando no salir en el cuadro tomado por las cámaras.

—¿Para qué? —La mujer lo miró al periodista—. Con esto que le hicieron a mi hijo no puedo confiar en la Justicia. Mucho menos en la Policía. Son todos corruptos. Yo conozco bien la suciedad que existe en esta ciudad.

Silvia retomó la caminata, mientras que Carreras se quedó rezagado para anotar las frases más picantes que acababa de brindar la mujer y los manifestantes fueron pasando a su lado engrosando una columna a la que se sumaban miembros de organizaciones sociales y sindicales de la zona.

Un vaho quedó flotando en la plaza cuando la cola de la marcha dobló en la esquina y tomó por la avenida, en la que las personas debían recorrer unos cien metros, ante la mirada de los que preferían no involucrarse y seguían los acontecimientos cómodamente desde las terrazas de los bares y cafés, hasta girar a la izquierda y seguir otro tanto para llegar a los Tribunales.

Quiénes también observaban como meros espectadores, aunque más a la distancia para no aumentar la tensión con su presencia, eran los efectivos de la Policía Local, muchos de los cuales ni siquiera iban vestidos con sus uniformes reglamentarios, con el objetivo de pasar desapercibidos.

Por su parte, Carreras terminó sus anotaciones y retomó la marcha a paso acelerado hasta la mitad de la muchedumbre, donde se entrevistó con unos jóvenes con apariencia de ser estudiantes universitarios.

*“Esta es la farsa más grande de nuestra historia. Nadie cree que este pobre albañil sea el asesino. La Justicia y la Policía están engañando al pueblo, pero el pueblo no es tonto, el pueblo sabe y no nos vamos a callar. Esta es una ciudad tranquila y los corruptos se tienen que ir, si los fiscales no están capacitados que se vayan”*, le comentó, indignado, un joven que marchaba con una mochila a cuestas y una botella de agua mineral en sus manos.

*“Me sumé a esta marcha porque es una injusticia lo que están haciendo con este chico”*, dijo una chica, que llevaba puesto un vestido tipo solera que dejaba traslucir su traje de baño de dos piezas aun húmedo y caminaba junto a primero de los entrevistados.

Y antes de alejarse del periodista, esta joven agregó: *“Primero dijeron que había sido un amante y ahora cambiaron todo. Una vergüenza.”*

Carreras guardó su anotador en su morral y trotó para poder llegar a presenciar el final de la masiva movilización frente a los Tribunales, donde los manifestantes golpearon sus palmas al compás de un grito unísono: “¡Jus-ti-cia!”.

Por suerte para todos los periodistas, la marcha terminó rápidamente y sin incidentes, por lo que pudieron levantar la cobertura y enviar el material a sus respectivas redacciones antes de ir a comer algo, aunque el clima invitaba más a beber una cerveza bien fría bajo las estrellas que iluminaban el final de una jornada sin descanso, la cual presagiaba lo que iba a suceder al día siguiente.

Los trípodes se clavaron en la conchilla como postes de madera introducidos en la tierra para sostener un alambrado perimetral de un valioso campo privado, aunque en el amanecer del sábado estas estructuras de color negro y plateado (construidas en plástico, aluminio y fibra de carbono) se encontraban ocupando un espacio público, más precisamente el patio delantero de Tribunales, donde estaba previsto que el fiscal Di Marco le tomara declaración indagatoria al albañil Zanabria como acusado de la violación y crimen de Lionetta.

Estos trípodes pertenecían a las decenas de camarógrafos y técnicos de los móviles de televisión que se habían instalado en la ciudad desde la jornada previa y que seguían llegando atraídos por el vuelco inesperado que acababa de tomar el caso.

Las costosas cámaras, sus largos lentes, más los cables y micrófonos hacían de ese escenario un sitio difícil de transitar para los periodistas, entre ellos Carreras, quien a pesar del calor bebía café en las sombras que proporcionaba a esa hora del día el propio edificio judicial y con el objetivo de espabilarse, dado que la noche anterior, luego de la

cena en el hotel, casi todos los colegas compartieron unos tragos en el bar ubicado al lado del alojamiento hasta altas horas de la madrugada. Incluso, varios de ellos, excedidos de copas, se animaron al *karaoke* sin importarles hacer el ridículo.

“Estos porteños no aguantan tomar un poco de más, eh”, bromeó Carreras, quien se encontraba junto al fotógrafo del diario local que, entre risas, encendió un cigarrillo, mientras que los periodistas de Buenos Aires, reunidos en las escalinatas de la entrada, recordaban entre carcajadas las anécdotas de la última velada.

“Qué siga el baile”, señaló el periodista al fotógrafo al ver que desde un auto descendía un hombre vestido con un impecable traje gris y un maletín marrón en su mano derecha. “Ahí llegó el abogado defensor del albañil”, añadió, ante lo cual, el reportero gráfico se dirigió rápidamente hasta las escalinatas para tomar imágenes.

Por su parte, Carreras dio un último sorbo a su café y arrojó el vaso vacío al cesto de basura que colgaba de un poste de alumbrado público, en la vereda, y sin apuro se acercó hasta el racimo humano que se había generado en torno al letrado *Esteban Zilotto*, quien se detuvo en el peldaño más alto para realizar declaraciones a la prensa.

*“Yo, personalmente, pedí que Gabriel pase la noche en la Penitenciaría y no en la Alcaldía de aquí por cuestiones de seguridad. El traslado se demoró un poco, pero ya estamos listos para empezar con la indagatoria”*, señaló el abogado defensor, quien lucía unos lentes oscuros para el sol y el cabello brillante por el gel efecto mojado con el que se había peinado esa mañana.

—¿A quién le tiene miedo su defendido, doctor? —preguntó uno de los movileros.

—A la Policía, sobre todo. Que no se cansó de ir a buscarlo a la casa para tomarle declaración bajo amenazas y coacciones —Zilotto miró fijo al periodista de la pregunta— : Si cada vez lo llevaban a dar una vuelta para entrevistarlos sin testigos, ¿cómo no se va a sentir intimidado? Aquí hubo un claro abuso policial que debe ser investigado.

—Pero el fiscal asegura que las declaraciones que él tomó en cuenta se llevaron a cabo en su despacho y ante su presencia...

—¿Y las otras declaraciones? —Sonrió el abogado—, las que no figuran en el expediente...

—¿Cómo está su defendido esta mañana? —otra cronista de la televisión cambió el eje de la entrevista.

—Está tranquilo. Sólo se puso algo nervioso cuando vio tantos periodistas esperándolo acá.

Los trabajadores de prensa descargaron una batería de preguntas que se superponían de tal modo que resultaba imposible para el letrado distinguir una de la otra, por lo que Zilotto decidió hacer una declaración general.

—Lo único que les puedo decir es que no hay ninguna prueba que demuestre que él haya sido el homicida. Así que Gabriel va a sostener hoy lo que ya dijo en reiteradas oportunidades: que es inocente.

Y en medio de un griterío, el abogado agradeció la atención de los presentes y se disculpó por retirarse rápidamente, dado que la indagatoria estaba por comenzar; tras lo cual ingresó al edificio judicial, que esa mañana lucía más custodiado que la noche previa, a pesar de que la presencia de civiles en el lugar era ahora mucho menor.

Minutos después arribó al lugar el abogado Palavecino, quien, ante la insistencia de los periodistas por conocer las pruebas que había contra el albañil, reveló un elemento que hasta entonces se desconocía públicamente: el hallazgo de una huella del mismo tamaño que el pie de Zanabria en la terraza del dormitorio de Lionetta, por donde se sospechaba que el joven había ingresado a la vivienda.

De acuerdo al letrado, se trataba de una pisada sobre la pintura asfáltica, que coincidía con el número de calzado del acusado.

El abogado querellante, que si bien no podía participar de la indagatoria tenía previsto echar un nuevo vistazo al expediente y solicitar una copia de las actas de dicha audiencia, llegó acompañado de Landívar, quien, a diferencia de su colega, no tenía acceso a la causa ya que no era parte formal del proceso.

Y mientras Palavecino se dirigió las oficinas de Di Marco, el amigo del viudo Mancini, entretuvo a la prensa, como si fuera no solo el vocero de su amigo y su familia, sino también de los investigadores policiales y judiciales.

*“Los datos fehacientes del expediente apuntan a un solo sospechoso. Desde el día del hecho se investigaron todas las hipótesis posibles y ahora se arribó a esta pista que es la más firme. Entiendo que parecería más conveniente que el acusado sea un millonario poderoso, pero las pruebas indican otra cosa más allá de todos los rumores que circularon en los medios y que corren por cuenta de cada uno de ustedes”,* indicó Landívar a los periodistas y aclaró: *“Pero también entiendo que se publiquen versiones extraoficiales e infundadas dado que se trata de un caso que ha conmocionado a todo el país.”*

Tanto Palavecino como Landívar no dejaron demasiado espacio para las preguntas, por lo que luego de la partida de ambos, los móviles y cronistas permanecieron aguardando a que terminara la indagatoria y alguien saliera a hablar.

Y mientras los demás aguardaban, Carreras se dirigió a un locutorio ubicado a la vuelta de la esquina de los Tribunales para enviar desde una computadora con acceso a Internet una primera nota con las declaraciones recabadas hasta el momento para que la subieran a la página web del diario, dado que la *laptop* que le entregaron en el trabajo la había dejado en la habitación del hotel en el que conectarse a la red resultaba sumamente complicado por la mala señal que había en aquel lugar.

Luego de enviar la nota, lo que le demandó unos quince minutos y el pago de un par de monedas, Carreras se dirigió al bar de la esquina, el cual contaba con aire acondicionado y desde el que podía seguir en vivo y en directo por los canales de noticias lo que ocurría en el Palacio de Justicia, mientras bebía algo fresco.

—¡Qué lío con este caso, eh! —expresó el mesero al depositar en la mesa de Carreras una gaseosa con hielo, aunque sin advertir que el cliente era un periodista que estaba en la cobertura.

—Sí, sí. Tremendo —reaccionó Carreras, quien estaba más interesado en oír la entrevista que estaban transmitiendo en el canal de noticias sintonizado en el televisor del bar—. ¿Se podría subir el volumen, por favor?

—Sí, enseguida —el mesero caminó hasta la barra, tomó el control remoto y satisfizo inmediatamente la demanda del cliente.

En pantalla se veía una fotografía del fiscal general Velázquez, quien estaba dando una entrevista telefónica desde la Capital Provincial, por lo que el periodista extrajo un cuaderno de su morral y comenzó a tomar nota.

*“Se ha instalado en la opinión pública que el acusado detenido es un chivo expiatorio para encubrir un crimen político o económico y considero que sostener algo así, sin fundamentos, es una barbaridad”,* sostuvo Velázquez.

*“El fiscal no va a detener a un multimillonario famoso solo porque la gente o la prensa cree que lo tiene que hacer”,* añadió el fiscal general, mientras Carreras escribía tan rápido como podía.

—¿Así que usted también es periodista? —el mozo se acercó a la mesa de Carreras con la cuenta que este le había pedido instantes antes ya que estaba urgido de sentarse ante una computadora para actualizar el material con las declaraciones de Velázquez—. Nos han invadido. Están por todos lados, je.

Carreras no se pronunció al respecto, pagó en efectivo y cuando se levantó de la mesa con intenciones de regresar al locutorio, el mesero le dijo al oído:

—Si quiere, le puedo dar el contacto del padre de *Cristian Cárdenas*, es amigo mío.

—Perdón, pero no sé quién es Cárdenas —el periodista estaba confundido de tantos nombres que circulaban en ese momento en torno al caso.

—Cárdenas es el compañero de trabajo del albañil que supuestamente declaró en contra de él.

—Ah, ok.

—Ese chico tiene problemas psicológicos de nacimiento y el padre asegura que los policías lo apretaron para que comprometiera a Zanabria, ¿vio?

—Entiendo.

—El papá va a denunciar a los policías, así que puede ser una historia interesante... aunque no le gustan las cámaras.

—No se preocupe por eso porque yo trabajo para un diario.

—Mejor.

—¿Y dónde lo puedo encontrar a este hombre?

—Ahora le paso el teléfono de la casa. Pero yo no se lo di, eh.

—Tranquilo. Queda entre nosotros —Carreras palmeó al mesero en el hombro y esperó a que aquel le diera la información, la cual escribió en un trozo de servilleta de papel, para abandonar el bar.

La indagatoria de Zanabria se prolongó hasta después del mediodía, cuando la mayoría de los movileros y cronistas se había retirado a almorzar, aunque alguno siempre quedaba de guardia y le avisaba al resto si se producía una novedad de último momento.

Sin embargo, el fiscal y los abogados se retiraron por el estacionamiento trasero de los Tribunales y así lograron esquivar los micrófonos y cámaras.

Vía telefónica, las fuentes judiciales confirmarían luego que, tras la indagatoria, Di Marco remitió las actuaciones al juez *David Martínez*, quien quedó a cargo del control de detención del sospechoso y debía resolver si hacía lugar o no al pedido de la fiscalía para que el albañil continuara preso.

Por su parte, Carreras permaneció el resto de la tarde en la habitación del hotel, desde donde se comunicó con el abogado Zilotto, quien, en *off the record*, le confirmó que Zanabria había reiterado su inocencia y respondido a todas las preguntas de Di Marco, quien seguía sin atender su celular cuando lo llamaba alguien de la prensa.

“A última hora de hoy puede haber novedades”, le adelantó, con tono misterioso, el letrado de la defensa, en referencia a la resolución del juez Martínez.

En tanto, el periodista llamó a la casa de Cárdenas y acordó con el padre para realizar al día siguiente una entrevista personal en el domicilio, el cual se situaba en el mismo barrio que el de Zanabria, río abajo y en el extremo sur de la ciudad, lejos del centro urbano, entre la costa y los campos de los productores agrícolas ganaderos, una zona de calles de tierras, viviendas de ladrillo hueco sin revocar y techos de chapa, que se extendían en un angosto corredor.

Su editor parecía conforme con las notas enviadas durante el día, tanto para la página web como la edición impresa del domingo, aunque le pidió que estuviera atento a la posible resolución del magistrado y ante cualquier novedad se comunicara con la redacción en la que siempre había alguien de guardia.

Así que Carreras cenó en el hotel, en el que el comisario Suárez ya no se hospedaba porque había preferido regresar a su casa en la Capital Provincial y delegar las tareas a un par de subordinados que solían acompañarlo a todos lados.

Al periodista no le sorprendió en absoluto esa ausencia dado que la Policía había quedado en el ojo del huracán que seguía ganando fuerza con el correr de los días. Es más, cuando lo llamó para chequear algunos datos, sobre todo el de la pisada que había revelado el abogado Palavecino, el jefe policial no lo atendió.

Agotado y solo (esta vez no había ido con fotógrafo porque el diario había decidido trabajar con el corresponsal en la zona), Carreras se fue a acostar temprano, con el aire acondicionado encendido y dejó su celular también prendido por si le llegaba algún SMS con una urgencia, mientras miraba televisión para conciliar el sueño.

El periodista se había quedado dormido frente a la pantalla en la que transmitían una pelea de box, cuando minutos después de la medianoche le llegó un mensaje de texto a su móvil: *“El juez ordenó liberar a Gabriel por falta de pruebas. Va a seguir siendo investigado, pero lo largan ahora mismo”*, le escribió Zilotto.

Apenas leyó el SMS, Carreras llamó al abogado, pero este había apagado su celular, tras lo cual, se comunicó con la redacción, donde le avisaron que la primera edición papel del diario ya estaba en imprenta, por lo que iban a actualizar el tema en la segunda, la cual llegaría a los puestos de venta a la hora del desayuno dominical. Mientras tanto, tuvo que trabajar en la redacción de la nota central para la página web debido a que los portales de los principales medios del país también contaban con la misma información.

La casa de los Zanabria tenía un alambrado torcido y medio tumbado que delimitaba la vereda del jardín delantero de la propiedad, una de las pocas que sí tenía revoque (realizado por el propio Gabriel), donde entre los yuyos había un pozo en la tierra en el que ardían las brasas que iban a cocinar el asado que la familia del albañil y sus

amigos le había preparado para festejar su liberación, aprovechando que el cielo nublado permitía estar al aire libre sin insolarse.

Los movileros y cronistas estaban apostados frente a la humilde vivienda, entre ellos Carreras, quien había cancelado la entrevista presencial con los Cárdenas para ir a ver a Zanabria, quien los atendió en compañía de su abogado, que lucía más feliz que su defendido, ya no con su habitual elegancia, sino vestido con unas bermudas, zapatos náuticos y una chomba.

*“Yo no la violé, no la maté y no le robé el teléfono celular. Todo esto lo armaron los investigadores. No tengo nada que ver con este hecho”*, aseguró el albañil, en cuyo rostro se advertían signos de cansancio, aunque predominaba en él un gesto de tranquilidad, como el de aquel que se acaba de quitar un enorme peso de encima y sus músculos se relajan por completo.

Respecto del mencionado celular, el joven dijo que “jamás” tuvo en su poder el aparato robado a Lionetta, sino que él se encontró en la calle “un teléfono viejo” al que le sacó “el chip para ponerle uno nuevo, con otro número”.

Los periodistas intentaban hacerle preguntas, pero Zilotto pedía que lo dejaran hablar a Gabriel, así se descargaba y decía todo lo que él sabía.

*“Yo les diría a los investigadores que se fijen en el círculo íntimo de la víctima porque me parecen que están tapando algo”*, señaló Zanabria, quien vestía una camisa celeste y lucía recién afeitado.

—¿Tuviste trato con la víctima cuando trabajaste en su casa? —inquirió uno de los movileros que se hallaba pegado a Carreras, quien había sido uno de los primeros en llegar y grababa la entrevista con su celular ya que en medio de los empujones no podía escribir en su cuaderno.

—Fue un trato de respeto mutuo, como en cada casa a la que voy a trabajar.

—Según el testigo Cárdenas, vos le dijiste que ella se te insinuó y que tuvieron un contacto...

—Para nada. No me gusta las mujeres grandes y yo estoy de novio y esperando un hijo.

—Entonces, ¿el testigo miente? —intervino otro cronista con micrófono en mano.

—Cristian es un chico especial y estoy seguro que él no dijo todo eso. Sino que la Policía lo obligó a incriminarme porque, sino, no tenían nada. Pero como no me dejan hablar con él, no sé bien qué le hicieron.

—¿Y respecto a la huella en la terraza?

—Simple: yo estuve trabajando el día que la pintaron, así que habré dejado mi pisada sin darme cuenta —Zanabria se encogió de hombros, torciendo la boca.

—Recién mencionaste a tu novia y al bebé que está en camino —retomó el cronista de la televisión—, ¿es cierto que tuviste un incidente violento con tu madre a raíz de esa relación y que te echaron de la casa?

—Al fiscal ya le expliqué cómo pasó todo eso y quedó aclarado. Lo único que voy a agregar es que no me echaron, me fui para que la cosa no pasara a mayores, nada más. Y, encima, después de eso fui a hacer terapia para que no volviera a pasarme nada parecido.

—¿Tenés miedo de que te vuelvan a detener?

—No, para nada. Sólo tuve miedo cuando los policías vinieron a apretarme a mi casa.

—¿Los vas a denunciar?

Zanabria miró a su abogado y este asintió.

—Ya le entregué al fiscal la foto de un diario en el que están los tres policías que venían a mi casa, uno tiene anteojos y anda siempre de civil —añadió el albañil, mientras el humo del asado revoloteaba por encima de su cabeza.

Al terminar la entrevista, Carreras regresó al hotel y transmitió el material nuevo y al hablar con su editor, éste le pidió que al día siguiente volviera a la capital porque en la ciudad ya no iba a haber más novedades y las repercusiones del caso se producirían en el corazón de la provincia, donde el huracán parecía haber tocado tierra y amenazaba con arrasar todo aquello que se le cruzara, sobre todo, funcionarios judiciales.

Es que, a pesar de ser domingo, tras la liberación del albañil, la Legislatura Provincial emitió un comunicado en el que citaba al fiscal general Velázquez para que el lunes se presentara a dar explicaciones sobre el accionar de Di Marco respecto a Zanabria ya que su detención había generado indignación, impotencia y descreimiento entre los habitantes del territorio provincial.

A esto se sumó que el propio gobernador *Joaquín Domínguez Solís* criticó públicamente a los fiscales al sostener que no había explicado al pueblo las pruebas con las que supuestamente contaba en contra del albañil, por lo que a raíz de la liberación la gente no les creía más nada, y él tampoco.

Y ante esta situación, el fiscal general Velázquez no fue a la Legislatura, sino que directamente presentó su renuncia indeclinable.

## VI

Las abundantes lluvias caídas durante las últimas semanas del otoño habían aportado el agua suficiente para los sedientos campos de soja, donde la cosecha continuó hasta los primeros días del invierno, con sumo cuidado y bajo la atenta mirada de los productores, quienes elegían el momento oportuno para poner en marcha las pesadas maquinarias sin dañar estos cultivos, que eran más débiles que el grano de maíz, la otra materia prima con la que solían comercializar, aunque en menor medida con no daba tantas ganancias como la otra.

Adriana solía sentarse en el living de su casa con una taza de té en mano y a mirar por la ventana como los trabajadores rurales “levantaban” ese “yuyito”, el cual se vendía a gran parte del mundo a precios altísimos, lo que se traducía en un negocio formidable para quienes lo exportaban.

Era una tarde gris cuando la mujer sintonizó el noticiero local, un hábito que no solía tener porque, ante todo, no le interesaban los medios de comunicación masiva, pero también porque el pasado reciente, desde el crimen de Lionetta a la fecha, procuraba esquivar las repercusiones del caso. Sin embargo, esta vez, el titular en color rojo y letra catástrofe del *videograph* le resultó ineludible; por lo que al finalizar la nota sobre el tema apagó el televisor e inmediatamente tomó el teléfono inalámbrico, en el que marcó un número de celular que ya se sabía de memoria.

—Hola, recién me acabo de enterar, ¡qué locura! ¿Cómo estás? —se descargó Adriana apenas la atendieron del otro lado de la línea.

—¡¿Y cómo voy a estar?! —reaccionó Mariano, quien se encontraba a bordo de su auto estacionado en el garaje de la clínica donde funcionaba su consultorio principal.

—No lo puedo creer, Marian. Lo lamento mucho.

—Yo tampoco lo puedo creer. No me entra en la cabeza como Fer puede ser gay y, encima, que lo esconda y mienta...

—Bueno, pero ése no es el problema principal —Adriana se levantó del sillón y dio unos pasos hacia la ventana—. Lo otro es mucho más grave...

—La acusación no me preocupa tanto, no tienen pruebas y se va a caer como un castillo de naipes —Mariano subió la ventanilla del coche y colocó el celular en el soporte que se sostenía de la rejilla de ventilación del tablero delantero para tener las manos libres mientras conducía.

—Yo sé que no te gusta hablar del caso y lo entiendo. Pero no podés preocuparte más porque tu hijo sea homosexual en vez de que termine preso por matar a su madre. Además, está en todo su derecho de no contárselo a nadie, si él quiere.

—¿Para qué me llamaste?

—Solo quería saber cómo estabas.

—Ahora estoy yendo del trabajo a reunirme con el nuevo abogado de Fer, así que no tengo mucho tiempo- Mariano resopló, disgustado, y luego tomó aire—: ¿Nos vemos a la noche? ¿Vas a estar sola en tu casa?

—Sí, *Florencia* se queda a dormir en lo de una amiga.

—Ok. Entonces apenas termine voy para allá ¿sí?

—No hace falta —la mujer corrió ligeramente la cortina y arrimó su rostro hacia el vidrio—. Hacé lo que tengas que hacer. Tu hijo está primero.

—Mi hijo es un pelotudo que se metió en un quilombo bárbaro por mentiroso. Dejémoslo ahí —Mariano aceleró la marcha del auto y salió del garaje, ubicado a pocas cuadras del estudio del reconocido penalista *Miguel Brítez*, quien había intervenido en casos policiales resonantes en toda la provincia y era especialista en el manejo de los medios de comunicación—. Además, tengo ganas de verte, linda.

—Nos vimos hace pocos días, no hay apuro.

—Sí, ya sé. Pero con este quilombo vamos a tener que suspender el viajecito que teníamos pensado hacer a las sierras este fin de semana.

—Y bueno. Lo haremos más adelante. No te preocupes.

—Esta noche lo charlamos bien. Yo llevo un vinito, como siempre.

—Ok. Como quieras.

—Tengo que cortar. Después hablamos. Besos.

—Chau. Besos —se despidió Adriana, tras lo cual se dirigió a la cocina a lavar la taza de té vacía.

Por su parte, Mariano condujo a gran velocidad por las calles desiertas de la ciudad hasta el estudio de Brítez.

“Ay, Marian; ¿cómo no te va a mentir tu hijo?, si tiene un miedo tremendo de decirte que es homosexual porque sabe que lo vas a rechazar”, se dijo Adriana al regresar al living, donde volvió a sentarse en el sillón y a sintonizar el canal local, mientras ojeaba unas revistas de diseños con las últimas novedades en vitrales.

El *magazine* de la tarde emitido por el canal de la ciudad era conducido por *Karina Mastandrea*, una exmodelo de los ochenta que luego de dejar las pasarelas y viajar por el mundo se radicó en aquellos pagos, los cuales había abandonado de joven, al iniciar su carrera. Y si bien había tenido poco éxito como actriz, la pantalla chica la adoptó y se terminó convirtiendo en la figura de la televisión local, cuyo público la admiraba por su belleza, a la vez que se sentía identificado con su criterio editorial, más allá de que nunca había estudiado comunicación ni periodismo.

La producción del programa había preparado un especial dedicado al crimen de Lionetta y antes de que Mastandrea presentara a su invitado principal, pusieron en pantalla una serie de placas con las últimas novedades de la causa.

De acuerdo a esos datos, Fernando quedó imputado del delito de “abuso sexual calificado seguido de muerte agravado por el vínculo” en carácter de “sospecha leve”, luego de que el FBI arribó a la misma conclusión que el bioquímico Zelaya y el CCF respecto de que el haplotipo Y del perfil genético hallado en el cuerpo de la víctima pertenecía al linaje Mancini.

Y a esto se sumó que la fiscalía determinó que el joven había mentido en su declaración testimonial sobre dónde estuvo la noche del crimen, dado que un amigo suyo contradujo su coartada.

—Doctor Sorrento, creo que, como la gran mayoría de las personas que habitamos esta hermosa y apacible ciudad, estamos absolutamente sorprendidos por esta imputación, la cual nos genera muchas dudas respecto al accionar de la fiscalía —la conductora estaba sentada en un sillón individual colocado enfrente de uno igual y que ocupaba el letrado, en el interior del estudio de televisión, donde se transmitía en vivo y en directo—. Corrijame si me equivoco, pero tengo entendido que el viudo Mancini declaró que él tuvo relaciones sexuales con su esposa antes de viajar al torneo de tenis, por lo que el perfil genético analizado por los peritos podría ser tranquilamente el de él, ¿no?

—Efectivamente.

—¿Cómo y dónde se halló ese perfil genético? —Mastandrea tenía una tabla sujeta papeles sobre su regazo, vestido con una pollera beige que conformaba un trajecito ajustado—. Porque parece una prueba clave para la fiscalía.

—Se obtuvo a través de un cotejo de ADN con el padre de Mariano, quien estuvo en la casa de Lionetta el día del hallazgo y se extrajo sangre, al igual que una veintena de

personas, para descartar que se hubieran contaminado las muestras colectadas en la escena del crimen —el abogado se cruzó de piernas y apoyó ambas manos, una encima de la otra, sobre uno de sus muslos flexionados—. En cuanto al dónde, prefiero no brindar detalles para no vulnerar la intimidad de la familia Mancini.

—¿Es cierto que Fernando mintió sobre lo que hizo la noche del crimen para ocultar, sobre todo a su padre, que es homosexual?

—Reitero: no voy a comentar sobre la vida privada de los Mancini. Pero, de todos modos, que haya mentido al respecto no lo convierte en el asesino de su madre.

—Entonces no le caben dudas de que Fernando es inocente.

—Ninguna duda. Las pruebas de la fiscalía son endebles y vamos a demostrar la inocencia de Fer. Hay más de treinta testimonios que lo ubican en el centro de la Capital Provincial. Estuvo hasta las diez de la noche en un evento social, con gran cantidad de invitados, y después se fue a comer con amigos a un restaurante cercano, que ya no existe porque cerró hace unos meses —Sorrento hizo una breve pausa para beber un sorbo del vaso de agua depositado en la mesa ubicada a un costado de los sillones—. Y también está el ticket del estacionamiento donde dejó el auto esa noche.

—Pero el amigo —Mastandrea apoyó sobre la mesa la tabla con sus “machetes” y dibujó con sus manos en el aire unas comillas al pronunciar la última palabra— declaró que, en realidad, Fernando se fue a dormir a su departamento no al de él, como dijo el hijo de Lionetta en su momento.

—La fiscalía ha investigado a fondo ese tema... los colectivos, las remiserías, la estación. Pero no hay ni una persona que lo haya visto por VEC y sus alrededores.

—¿Y Fernando no se siente un poco traicionado por este amigo, *Agustín Perdomo*? —la conductora se acomodó el flequillo de su larga cabellera rubia, luego

recogió la tabla y echó una última mirada a sus papeles, confeccionados en detalle por sus productores.

—Para nada. Agustín no lo traicionó, es una persona que ha dicho la verdad absoluta. Y en ese sentido, la fiscalía se está manejando de la forma en la que se tiene que manejar en estos casos.

“Pero, ¿de quién es este abogado? Más que un defensor parece un funcionario del fiscal”, se sorprendió Adriana, quien en minutos finales de la nota había dejado la revista para enfocarse en la pantalla.

“Ahora entiendo por qué Mariano está buscando otro defensor”, agregó la mujer antes de regresar a la cocina para colocar la pava sobre la hornalla y preparar el agua para el mate, el cual la acompañaría en su taller, donde ella tenía que terminar unos trabajos.

Mientras tanto, el *magazine* continuó con otra entrevista, esta vez telefónica, al abogado Zilotto, quien cuestionó que, “con muchas menos pruebas”, al albañil Zanabria lo detuvieron y a Fernando no, al tiempo que adelantó que iba a pedir el sobreseimiento definitivo de su defendido.

Y para cerrar el especial del “Caso Lionetta”, tal como ya lo habían bautizado todos los medios masivos de comunicación, Mastandrea leyó un comunicado del abogado Méndez quien, en función de la imputación a Fernando, entendía que el ADN de la escena del crimen no era el suyo, por lo que también iba a pedir que la justicia lo sobreseyera en la causa.

Mariano salió de la vinoteca ubicada en la misma cuadra que el estudio jurídico de Brítez con una botella de malbec en sus manos y abordó su auto para dirigirse a la casa de Adriana, en la que pensaba pernoctar ya que en el chalet no había nadie, dado que Valentina se estaba quedando en lo de sus abuelos paternos porque no soportaba ocupar

la misma habitación en la que habían asesinado a su madre. Además, la residencia se encontraba completamente desordenada a raíz de tantas inspecciones y diligencias realizadas por los investigadores que siempre hallaban un motivo para regresar al lugar y dar vuelta todo, dejando su hogar patas para arriba.

Por su parte, Fernando seguía recluso en su departamento de la Capital Provincial y solo se comunicaba telefónicamente con su hermana y el abogado Sorrento, cuyo socio, Palavecino, había quedado como único letrado en representación del particular damnificado.

Una vez ubicado en el asiento del conductor, Mariano encendió la radio, procurando escuchar los últimos resultados deportivos de la jornada, pero, en cambio, la emisora local se refería a una nueva movilización convocada para esa misma noche por un grupo de vecinos que pretendía marchar por el centro de la ciudad para pedir por una “justicia que sea igual para pobres y ricos”.

“¡Qué rompe huevos que son, por Dios! Ni un momento de paz ¡Déjenme vivir tranquilo, por favor!”, se quejó el cirujano, quien inmediatamente cambió de radio para oír un poco de música durante el resto del camino. Y si bien las canciones clásicas lo ponían de buen humor, lo hizo sentir aún mejor advertir en su recorrido por las calles céntricas que la manifestación vecinal tenía una bajísima concurrencia, en comparación con la que se había llevado a cabo para reclamar por la liberación del albañil durante el verano. Ni siquiera estuvo cortado el tránsito vehicular y tampoco hubo transmisión directa de radio y televisión. Solo estuvieron presentes un par de periodistas locales y unos pocos fotógrafos.

Brítez era un hombre mayor, próximo a jubilarse. Tenía una calvicie pronunciada y solo un puñado de cabellos blancos sobre los bordes inferiores de su cabeza redonda,

mientras que en su rostro arrugado resaltaban unas gruesas cejas, también canosas. Era de baja estatura y hablaba pausado, tan lento como su andar. Es más, cuando subió las escalinatas de los Tribunales de la ciudad para enfrentar a los periodistas apostados allí desde temprano dio la impresión de que no tenía la fuerza suficiente para lograrlo sin medir cuidadosamente cada paso que daba.

El experimentado abogado siempre vestía chaleco debajo del traje. A veces de la misma tela que el saco y otras, como en esta ocasión, de lana fina, para estar más abrigado ante el clima invernal.

*“Vengo a presentar ante el fiscal Di Marco un escrito en el que acepto el cargo de defensor de Fernando Mancini, con quien ya me reuní, al igual que con su padre”*, indicó el letrado, quien calificó de “una monstruosidad” la imputación al hijo de Lionetta.

—¿Cuándo va a declarar su defendido? —preguntó el movilero del *magazine* de la tarde, quien no transmitía en vivo, sino que iba a grabar una nota sobre el caso a pedido de la conductora Mastandrea.

—Lo antes posible. Pero primero necesito tiempo para tomar contacto con el expediente y estudiar los elementos que supuestamente hay en contra de Fernando —respondió Brítez, quien sostenía su maletín con ambas manos, justo a la altura de la cintura.

—¿Qué le dijo a Fernando en esa reunión que mantuvieron? —intervino un redactor del diario local.

—Le dije que confiara en su abogado y que se quedara tranquilo porque lo que plantea la fiscalía es absolutamente contradictorio: no puede ser que a tres imputados distintos les reproche la misma muerte, pero de maneras distintas. A estas alturas, aún no sabemos si fue una relación sexual consentida violenta o una violación, y si esta fue con o sin acceso carnal.

—¿Le sorprende el manejo que el fiscal está haciendo de la causa? —retomó el movilero televisivo.

—Para nada. Cuando decretaron el secreto de sumario durante tanto tiempo se veía venir que estaba preparando algo así. Y cómo no tienen nada, ahora van contra la propia familia.

“¡Doctor Brítez!, ¡doctor Brítez!” exclamaron los entrevistadores a coro, pero el abogado se disculpó y dio por terminada la improvisada conferencia de prensa, tras lo cual, ingresó al Palacio de Justicia y subió hasta la fiscalía de Di Marco.

Por su parte, Carreras y los demás periodistas de los principales medios provinciales y nacionales seguían las novedades del caso desde sus respectivas redacciones, a la espera de que se fijara la fecha para la tan esperada indagatoria de Fernando y recién entonces viajar nuevamente a la ciudad, lo cual finalmente se produjo una semana después de la imputación.

El patio de la casa de *Diana Greco* era un amplio rectángulo al aire libre repleto de plantas en macetas de piso y también colgadas de los muros, en los que, además, había una serie de repisas de madera donde se apoyaban viejas latas de conserva que, a su vez, contenían especies florales más pequeñas. Este ambiente de la vivienda era sumamente fresco en primavera y verano, ya que abundaba la sombra; sin embargo, en invierno se transformaba en el sector más húmedo y frío del inmueble, por lo que más allá de ser pintoresco, resultaba extremadamente difícil permanecer allí sin que las bajas temperaturas calaran hondo, hasta los huesos. Y a eso se le sumaba que ese día llovía desde temprano por la mañana, sin cesar y con poca intensidad, pero dejando todo empapado.

Ante este escenario, la madre de Lionetta decidió atender al periodista *Nicolás Juárez*, del diario local *La Punta*, en la sala de estar que, si bien no era diminuta, estaba tan cargada de muebles y adornos que complicaba que varias personas se sintiesen cómodas al mismo tiempo. Y, en esta oportunidad, además de ellos dos se encontraban en el lugar el fotógrafo del matutino y el hijo de Diana, *Joaquín*, quien desde la muerte de su hermana se había convertido en el principal encargado de cuidar de la anciana viuda, tarea que se le simplificaba ya que residía a pocas cuadras de allí y la casa le quedaba de paso cuando iba y venía del trabajo.

Se trataba de la primera vez que la madre de Lionetta iba a realizar declaraciones a la prensa y no fue casualidad que Joaquín haya elegido darle la exclusiva a Juárez dado que *La Punta* era el diario preferido de sus padres y el periodista una de las firmas más reconocidas del mismo, a pesar de ser un profesional joven y con menos años de trayectoria que colegas suyos que trabajaban para el mismo medio.

A su vez, Juárez era nacido y criado en la ciudad, por lo que el hijo de Diana entendió que compartían un mismo código y que el contenido de la entrevista se podía negociar sin problemas porque subyacía un respeto mutuo.

El periodista, Diana y Joaquín estaban sentado alrededor de la mesa redonda de la sala de estar, en la que la mujer había servido tres cafés, el de ella cortado porque solo le daba acidez; mientras que el reportero gráfico no quería tomar nada y daba vueltas por el ambiente buscando los mejores ángulos con su cámara y, cada tanto, se sentaba en el sillón individual de la esquina a escuchar a la distancia, al tiempo que repasaba las imágenes que iba tomando.

*“Fernando es totalmente inocente. Lo único que hizo fue mentir para ocultar su orientación sexual porque sabía que su padre se iba a oponer a la misma. Ése fue su error, pero no tiene nada que ver con la muerte de su madre. Por el contrario, se llevaba*

*muy bien con Lionetta. Ella siempre lo apoyaba en todo*”, indicó Diana, cuyas gruesas gafas no podían ocultar las lágrimas que inundaban sus ojos enrojecidos.

Por su parte, Juárez anotaba y se rascaba su tupida barba morocha, al tiempo que el grabador depositado en el centro de la mesa registraba las declaraciones de la mujer, quien había comenzado la entrevista con una especie de monólogo, tomada de la mano de su hijo.

—Cuando dice todo —Juárez levantó la vista y se dirigió a la mujer— ¿se refiere a que Lionetta sabía que su hijo era homosexual?

—Claro que sí. Fer ya se lo había contado a solas y Lionetta le sugirió que hiciera lo mismo con Mariano, pero el chico estaba muy angustiado y tenía miedo de cómo iba a reaccionar su padre, y no quiso.

—Entiendo —Juárez hizo una pausa y bebió un sorbo de café.

—Todo esto es culpa de Mariano —retomó la anciana, quien sostenía un pañuelo de tela con un bordado floral.

—¿En qué sentido? —el periodista la miró arqueando el entrecejo.

—No estoy diciendo que mató a su esposa o la quiso matar, nada por ese estilo. Pero sí es responsable de que ahora hayan acusado a su hijo y, antes de eso, de haber dejado a mi hija tanto tiempo sola, a cargo de la casa y de los chicos, mientras él andaba por ahí haciendo lo que quería. Porque no era todo trabajo y tenis para mi yerno, eh.

—Ok. O sea que, ¿usted sabía que le era infiel a su esposa?

Pero Diana prefirió no responder y, al igual que Joaquín, tragó saliva, entornó la mirada y permaneció callada.

Por su parte, Juárez entendió lo que le otorgaba ese silencio cómplice y no abundó en el tema, sino que realizó unas anotaciones en su cuaderno.

—A la única que le daba todos los gustos era a Victoria. Después, todos los demás hacían lo que él quería —Diana miró hacia un costado, en dirección a la ventana que daba a la calle, donde ahora caía una fina llovizna, y negó con la cabeza.

—¿Tampoco cree que haya sido un supuesto amante de Lionetta o el albañil? — insistió Juárez.

—No, para nada —la anciana volvió a mover la cabeza lateralmente.

—Entonces, ¿quién cree que fue el asesino?

Diana cruzó unas miradas con su hijo y al cabo de unos instantes se volvió hacia el periodista, quien había dejado el cuaderno a un lado y acercado el grabador a la posición de la anciana, que solía hablar con una voz baja.

—Yo creo que acá hay una mafia detrás y que a mi hija la mataron por venganza.

—¿Una mafia? —se sorprendió el periodista.

—Sí, sí.

—Pero, ¿por qué se querrían vengar de Lionetta?

—No de Lionetta. De Mariano.

—¿Ah sí?

—Mi yerno hizo negocios, muchos negocios, a través de su amigo y abogado Landívar, con gente muy poderosa de Buenos Aires, que está metida en política. Pero yo no les tengo miedo...

—Ajá —Juárez tomó el cuaderno y volvió a anotar.

—Por eso creo que no van a encontrar al asesino, porque no es de por acá. Lo mandaron de otro lado. Le pagaron a un matón para que asesinara a mi hija. Fue todo premeditado y calculado. Pero más no puedo decir sobre eso...

—¿Por qué cree eso?

—Si no hubiera una mafia detrás con un plan elaborado no habrían inventado tantas mentiras sobre la vida de mi hija y su familia para desviar la investigación y demostrar que hubo otra razón, falsa, para que la mataran.

—¿Y tiene alguna prueba o dato concreto que sostenga esta teoría?

—Pruebas, no. Pero me lo dice mi intuición como madre.

Juárez agachó la cabeza y cerró el cuaderno, tras lo cual, puso el grabador en pausa y pidió permiso para ir al baño y tomar un breve descanso.

“Esta vieja quedó muy mal por lo de su hija, pero, como título, lo de la mafia está buenísimo, por más que no se cierto”, se dijo al ver su rostro mojado en el espejo ubicado encima de lavamanos.

Al regresar a la sala de estar, el periodista se enfocó en Joaquín y hacia él apuntó sus siguientes preguntas, las cuales se centraron en la relación de los Greco con los Mancini, en especial, Mariano.

—Yo no sé si mi cuñado comparte el mismo interés que mi familia en que el crimen se esclarezca. A veces creo que él vive en otro mundo, alejado de la realidad... Capaz que tiene alguna enfermedad que no sabemos, pero algo en su comportamiento me resulta extraño.

—¿Podrías ser más específico? —Juárez volvió a encender el grabador, mientras que Diana había regresado a la cocina para servir más café, esta vez, para el fotógrafo también, quien ya daba por terminada su tarea y esperaba a que terminara la entrevista para volver al diario junto al periodista y a bordo del auto de este.

—A Mariano solo le interesan las apariencias. Le gusta figurar —Joaquín apoyó sus antebrazos sobre el mantel que cubría la formica de la mesa—. Por ejemplo, se juntó con Landívar, que no es de la ciudad y a quien nadie quiere por acá. ¿Por qué? Porque

tiene contactos con gente poderosa con la que hace grandes negocios. Y, encima, ahora deja que el abogado sea su vocero en el caso de su propia esposa.

—¿Por qué tantos cuestionamientos hacia Landívar?

—Hay personas como él que tienen la increíble habilidad, hasta en los momentos más difíciles y ante situaciones límites, de pensar solo en sus propios intereses, a pesar de estar en medio de este desastre que significó perder a mi hermana, en el medio de tanto dolor y confusión.

—¿Y cuál sería el interés propio que protege en este caso?

—Estoy convencido de que él fue quien mencionó el nombre del asesor Méndez a la Policía porque es de una agrupación política opuesta a la suya y su único objetivo fue ensuciar a un rival en esta disputa por el poder que hay en la provincia.

Otro buen título, sentenció Juárez al terminar de escuchar las declaraciones de Joaquín, con las que se sintió satisfecho y así dio por concluida la entrevista, la cual iba a ser publicada en la edición del domingo, en la que había más blanco disponible y la más leída de la semana.

Y el título de la nota que figuró tanto en la tapa del diario como en la doble página central fue: *“A mi hija la mataron por venganza”, asegura la madre de Lionetta, que denunció la existencia de una “mafia” detrás del crimen de su hija.*

Carreras había visto el titular de La Punta en el *videograph* del noticiero antes de salir de su departamento y apenas llegó a la redacción se sentó frente a su computadora y buscó la entrevista completa en la página web del mencionado diario. Y al recorrer las líneas de la nota sintió un poco de envidia, pero, sobre todo, cierto temor de que su editor le reprochara no haber conseguido esa exclusiva. Sin embargo, su jefe inmediato no le realizó ningún cuestionamiento, sino que le bajó la importancia a la publicación por

considerar que solo buscaba generar “alto impacto” con declaraciones que, según él, “no tenían ningún sustento”.

Aliviado, el periodista tomó el teléfono fijo de su escritorio, que integraba una larga hilera ocupada por otros periodistas que no paraban de hablar y de oír la televisión a todo volumen, llamó a la redacción de La Punta y pidió hablar con Juárez.

—Felicitaciones por la entrevista, Juárez. Quedó muy buena —Carreras buscó agradarle enseguida a su colega.

—Muchas gracias. Y decime Nicolás, por favor.

—Ok. Como el segundo nombre del prócer Marcos Juárez, ¿no? Un apellido muy reconocido en toda la provincia.

—Y, sobre todo, por estos pagos. Imaginate que mi papá se llama Marcos y el padre de él, mi abuelo, fue policía.

—¡Ah, bueno! Como en aquella familia histórica —exclamó Carreras, quien luego largó una carcajada, al igual que Juárez.

—Che —Carreras dejó de reír y adoptó un tono más serio—, necesito pedirte un favor...

—Decime...

—¿Me podrás conseguir una foto de la entrevista que no hayan publicado para ilustrar mi nota de hoy? La voy a dar con crédito, igual. Quedate tranquilo.

—Sí, no hay problema. Ahora te paso con Fotografía y arreglá directamente con ellos.

—Bárbaro. Gracias.

—¿Vas a venir por acá en estos días? —Juárez se recostó sobre el respaldo de su silla reclinable y se rascó la nunca en una redacción que estaba casi vacía ya que la

mayoría de los empleados estaban almorzando o haciendo la digestión en sus respectivos hogares antes de regresar a su lugar de trabajo.

—Cuando indaguen a Fernando voy a estar. Así que nos vemos esta semana.

—Dale. Nos vemos —se despidió Juárez, quien aguardó a que regresara uno de sus compañeros para ir él a comer algo y así la redacción no quedaba vacía en caso de que entrara algún llamado importante.

La indagatoria de Fernando generó una gran expectativa en la prensa, por lo que, desde el amanecer, los cronistas, movileros y reporteros gráficos se apostaron nuevamente frente a las escalinatas de los tribunales de la ciudad, bajo un cielo plomizo, aunque sin lluvias.

La transmisión en vivo y en directo de los distintos canales de televisión fue constante ya que durante horas no se presentó en el lugar ninguno de los habituales abogados del caso que solían conversar con los periodistas antes de alguna diligencia y la falta de respuestas se transformó en una especie de nube de dudas.

Entre los presentes estuvieron también Carreras y Juárez, quien pasaron la mayor parte del tiempo que fue demandando la espera en el café de la vuelta de la esquina del edificio judicial, desde donde siguieron las no novedades desde el televisor de dicho local comercial.

“Te juro, Nicolás, que nunca cubrí un caso policial tan resonante en el que no se difundió ni un solo comunicado oficial o copias de partes del expediente, sino que todo lo que se sabe es lo que circula a través de los medios”, se lamentó el periodista de la Capital Provincial, mientras apuraba su cortado y Juárez se encogía de hombros, menos acostumbrado a la cobertura de asesinatos que despertaban el morbo de la opinión pública.

Después del café de media mañana vino el almuerzo y justo a la hora del mate, o la merienda, Fernando llegó a los tribunales acompañado de su abogado Brítez, solamente, al tiempo que Mariano permaneció en el chalet junto a su hija y se comunicaba telefónicamente con el letrado.

El joven estudiante universitario estaba vestido con un pantalón de jean, zapatillas y una campera marrón; y evadió en silencio la catarata de preguntas de los periodistas que se abalanzaron sobre él, que apenas fue escoltado por dos policías uniformados que debieron despejar a los empujones los micrófonos, celulares y grabadores que le dificultaban el paso.

Tampoco Brítez hizo declaraciones, aunque adelantó que recién lo iba a hacer una vez que concluyera la indagatoria, la cual duró unas ocho horas y terminó después de la medianoche, cuando ya casi no quedaba ningún móvil periodístico presente.

Sin embargo, un cronista de la televisión local logró abordar al fiscal Di Marco cuando se retiraba por el estacionamiento trasero y desde la ventilla abierta de su auto manifestó que Fernando había negado cualquier tipo de vinculación con el crimen de su madre y que seguiría en libertad ya que su situación procesal no variaba.

Tanto Carreras como Juárez, y el resto de los periodistas que cubrían el caso, tomaron esas declaraciones que se repitieron una y otra vez hasta que por la mañana siguiente el abogado Brítez dio una serie de entrevistas en su despacho y confirmó lo que había manifestado el fiscal, aunque sin dar demasiados detalles sobre el contenido de la declaración de su defendido.

*“Respondió a todas las preguntas del doctor Di Marco y rebatió cada una de las pruebas en su contra, demostrando que las mismas son muy endebles”*, se limitó a decir el letrado, quien se mostró confiado en que Fernando iba a ser sobreseído.

## VII

La casa quinta de Mancini se ubicaba cruzando el río, en la margen este del cauce, y lo suficientemente alejado de los enormes silos y las instalaciones de las pequeñas y medianas industrias que funcionaban junto a los predios de los principales transportistas y distribuidores de mercaderías, especialmente alimentos y herramientas para el campo. A su vez, estaba rodeada de árboles, aunque no lejos de la orilla, por lo que, desde la planta alta completamente vidriada de la cabaña de piedra y madera, que servía de casco de estancia, se podía ver el agua correr de norte a sur. Para el cirujano era una especie de oasis, al que había comenzado a acudir durante el verano, apenas terminó la construcción de la vivienda, para aprovechar el gigante tanque australiano que ofrecía chapuzones frescos en medio de un paisaje verde y apartado del centro de la ciudad. A su vez, el propietario había montado también una cancha de tenis sobre carpeta de cemento, en la que solía reunirse a jugar con Landívar. Y a pesar de que la temporada estival 2015/16 había terminado, Mancini seguía yendo en cualquier momento de la semana, dejando cerrado el chalet del barrio, el cual le traía solo malos recuerdos.

—Marian, tengo que hablar con vos —Mastandrea salió del baño en suite tan impecablemente arreglada como lo hacía cuando abandonaba su camerino para ir al plató, y se acercó hasta la cama donde el cirujano yacía desnudo y con las sábanas enroscadas en las piernas.

—¿Qué pasó, linda? —Mariano alzó la cabeza y se acomodó la almohada debajo de la nunca y recién entonces pudo divisar que la exmodelo ya estaba lista para irse y sostenía en su mano derecha su teléfono celular—. ¿Podés dejar ese aparato por un momento?

—Este aparato —la mujer se sentó en el borde de uno de los laterales del somier agitando su móvil en el aire— es mi principal herramienta de trabajo y esta vez no solo me va a salvar a mí, sino también a vos. Así que préstame atención.

—Ya sé, Kari —Mariano se sentó en la cabecera de la cama, con la almohada entre su espalda y la pared, y se cubrió con las sábanas hasta la cintura—. Alguna de tus fuentes te tiró una primicia, pero eso, ¿qué tiene que ver conmigo?

—¿Te acordás que te conté que yo soy amiga de la secretaria del nuevo fiscal, *Diego Miranda*? —Mastandrea se corrió un mechón de pelo hasta detrás de la oreja para que no le molestara sobre su rostro lozano y maquillado con tanta delicadeza que su piel se veía casi al natural.

—Sí, sí, ¿cómo no me voy a acordar si es el fiscal que ahora investiga el crimen de Lionetta? —el cirujano se rascó su pecho velludo y luego estiró el brazo para encender el velador sobre la mesita de luz dado que comenzaba a atardecer y las copas de los árboles ocultaban los últimos rayos de sol de la jornada.

—Bueno, el punto es que esta amiga me acaba de dar malas noticias para vos — la mujer dejó el celular sobre el somier, se arrimó hasta Mariano y posó su mano sobre el muslo de él.

—Decime, por favor —el médico acarició la mano de Mastandrea.

—Miranda tiene previsto imputarte el homicidio.

—¡Jajá! —Mariano abrió grande la boca y largó una carcajada— ¡Qué ridículo!

—Es en serio —la exmodelo abrió grande los ojos, mientras que él se levantó de la cama y buscó en el suelo su slip y la remera blanca que solía usar debajo de su camisa, y se colocó ambas prendas rápidamente y de espaldas a ella—. Perdón que te lo diga y espero que no te enojés conmigo.

—Para nada, linda —el cirujano se puso de pie y caminó hasta la otomana de la que recogió su pantalón—. Ya me la veía venir. Lo mismo hizo Di Marco con mi hijo: decreta el secreto de sumario y después sale con una acusación loca. Al final, los fiscales son todos iguales.

—Yo, en tu lugar, hablaría cuanto antes con Brítez —Mastandrea tomó su celular y se levantó de la cama, tras lo cual, estiró su pollera negra larga hasta justo debajo de las rodillas para que no se viera arrugada cuando fuera de nuevo al canal para grabar unas notas previstas por la producción de su programa.

—Sí, quédate tranquila que después lo llamo —Mariano se terminó de abrochar el cinturón y se acercó hasta la mujer, a la que abrazó por la cintura y la besó en los labios carmesí—. Gracias por el dato.

—De nada, corazón. Eso sí, yo jamás te lo dije —Mastandrea se apartó del cuerpo de Mariano, quien se sentó sobre la otomana para calzarse—. Ah, después me vas a quedar debiendo una exclusiva... por más que nunca hables con la prensa.

—Está bien, está bien —el cirujano agachó la cabeza hacia el piso, resignado.

Por su parte, la mujer tomó su bolso de mano, guardó su teléfono en él y se hizo de las llaves de su auto de alta gama importado, dado que ella siempre se movilizaba sola y en su propio vehículo, sobre todo, cuando iba a encontrarse con su amante, con quien coincidía en que lo mejor para los dos, siendo dos figuras reconocidas, era que no los vieran juntos en público en ningún momento, para evitar cualquier tipo de comentario de terceros y de los medios de comunicación dedicados a los chimentos sobre famosos.

—¿Y te contó algo más tu amiga? Digo, en qué se basa el fiscal ahora, por ejemplo... —Mariano terminó de atarse los cordones de sus zapatos, al tiempo que la exmodelo se hallaba parada junto a la mesita de luz, con el bolso colgado de su hombro.

—Mirá —retomó la mujer al cabo de unos instantes de duda—, lo único que me dijo es que hubo una declaración de una testigo de identidad reservada que te comprometió.

—¿Una mujer? —el cirujano se irguió y miró a Mastandrea, sorprendido.

—Al parecer fue una ex tuya, pero no me quiso dar más detalles, así que mejor hablá con tu abogado...

¡Qué boludo que fui! Nunca tendría que haberla mencionado, se dijo Mariano al recordar su última declaración como testigo ante Di Marco, producida aproximadamente un mes después de la indagatoria de su hijo Fernando, quien al igual que el asesor Méndez y el albañil Zanabria habían sido sobreseídos en 2012 por dicho fiscal, luego de que el informe final del FBI determinó que hubo una contaminación de la escena del crimen, por lo que todas las muestras y rastros analizados era cuestionables.

Y fue esa decisión la que selló el destino de la intervención en el expediente de Di Marco, quien después de tres años de no tomar ninguna nueva medida, terminó siendo reemplazado por su colega Miranda, que desde 2015 comenzó a buscar nuevas pistas.

—Bueno, yo me tengo que ir —Mastandrea se paró junto a Mariano, quien miraba por el ventanal más allá del jardín, hacia la costa del río—. Chau —la mujer tomó el rostro de él con ambas manos y lo besó en la boca.

—Antes de que te vayas te pido un favor: no publiques nada hasta mañana, así me das tiempo para hablar con mi abogado, ¿puede ser?

—Voy a tratar porque mi amiga también conoce al editor de La Punta y si bien ella me dijo que me lo dio a mi sola, no sé por cuánto tiempo me va a durar la primicia antes de que se filtre.

—Ok. Entiendo. Después hablamos —se despidió él, quien había planeado pasar la noche allí, aunque ahora evaluaba la posibilidad de ir a ver a Brítez a su estudio, en el

centro de la ciudad. Sin embargo, después de beber un trago de whisky en el sillón frente a la chimenea, en la que ardían unos leños a pesar de que el clima otoñal no lo ameritaba, Mariano se relajó y finalmente decidió quedarse a dormir en la casa quinta, desde donde llamó por teléfono al letrado, que se comprometió a ir por la mañana siguiente a la fiscalía a averiguar hasta el más mínimo detalle, si es que Miranda levantaba el secreto de sumario. En caso contrario, el abogado defensor iba a tener que aguardar a ser notificado vía cédula judicial y recién entonces el fiscal le permitiría acceder a la causa.

*Quince días antes....*

Miranda era mayor que Di Marco y su edad se expresaba no solo en más experiencia en el Poder Judicial, sino también en una cabellera grisácea, aunque bastante abundante en comparación con otros hombres de su edad, como Brítez, a quien conocía desde que ambos estudiaron juntos en la Universidad de Derecho.

El nuevo fiscal de la causa por el crimen de Lionetta recibía en su despacho a *Adriana Smith*, quien iba a declarar por segunda vez como testigo en el expediente, supuestamente para rectificar lo que había dicho en primera instancia ante Di Marco.

La mujer había sido citada por Miranda, por lo que ella no estaba para nada a gusto cuando se sentó frente al fiscal, su secretaria y el escribiente.

*“El señor Mariano Mancini se presentó espontáneamente un mes después de la imputación de su hijo Fernando y se refirió a una relación extramatrimonial con la señora Adriana Smith y dijo que esa relación duró tres años y fue la única que él mantuvo, y que se vieron tres o cuatro veces”*, comenzó a leer la secretaria, ubicada a un costado del escritorio en el que el fiscal y la testigo se veía cara a cara.

*“Ante esta situación, la señora Smith fue citada a declarar días después y en esa oportunidad ella sostuvo que jamás existió una relación íntima con él, pero que sí se*

*realizaban llamados telefónicos preguntándose cómo estaban y también por la familia de cada uno, pero nada más”,* continuó la mano derecha de Miranda, que repasaba un escrito incluido en uno de los tantos cuerpos del voluminoso expediente y que ella sostenía sobre su regazo.

Mientras tanto, Adriana procuraba no hacer contacto visual con Miranda y miraba hacia un costado, en dirección a la secretaria, que mantenía la cabeza inclinada hacia abajo.

Según las actuaciones de la fiscalía, cuatro meses más tarde de esa primera declaración, Adriana pidió una licencia médica en el Poder Judicial luego de que le diagnosticaron un “trastorno de ansiedad generalizado”, y esa licencia se fue renovando cada quince días con distintas denominaciones, pero siempre en el marco de patologías psiquiátricas, tales como “trastorno depresivo, trastorno por estrés, reacción vivencial anormal y trastorno con rasgos depresivos paranoides”.

Y en julio de 2009, al agotarse el cupo de licencias médicas, Adriana no volvió al trabajo y le dieron la baja provisoria, hasta que en 2014 obtuvo la jubilación por invalidez.

“Lo curioso es que previo a esa licencia —intervino el fiscal—, usted nunca antes había sufrido una patología de origen psiquiátrico”.

La testigo miró a Miranda, tragó saliva y guardó silencio, al tiempo que aprestaba en su puño cerrado un pañuelo de tela con el que cada tanto se sonaba la nariz y se secaba los ojos irritados.

“También nos llamó la atención que no fue a trabajar en los días previos al crimen de la señora Lionetta Greco, cuando, se supone, no tenía ninguna de esas patologías. Por eso es que la hemos convocado nuevamente para que preste declaración testimonial y nos aclare algunas dudas”, indicó Miranda.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Adriana luego de aclarar su garganta y con una voz temblorosa.

—Ante todo, ¿por qué mintió en su primera declaración? —Miranda se echó contra el respaldo de su silla reclinable y entrelazó los dedos de sus manos.

—Ustedes no conocen las razones por las que yo declaré así. Yo tengo miedo de terminar muerta como ella, yo quedé muy mal.

Entonces, la mujer exhibió un certificado de su médico psiquiatra que indicaba que ella padecía un “trastorno desencadenado a partir del asesinato de Lionetta Greco cuando la vincularon como amante del marido de la occisa” y que dicha situación “le ocasionó un deterioro de su vida profesional, laboral, social, afectivo y familiar”.

—También tuve que dejar de trabajar con los vitrales, que se había convertido en mi única fuente de ingresos luego de dejar mi trabajo en Tribunales —retomó la testigo, cuyo tono iba ganando en confianza—. Así que me mudé a otra provincia, primero a un convento de monjas que quedaba cerca de la casa de mi hija y después a un departamentito que ella me pudo alquilar para mí sola.

—¿Por qué no se mudó con su hija? —la interrumpió Miranda.

—Ella no tenía lugar en su casa y yo tampoco quería meterme en su vida porque tiene a su pareja y a un hijo chiquito.

—¿Y sus amistades?

—Ya no tengo. Por culpa del señor Mancini, yo me quedé sin trabajo, sin amigos ni vida social, prácticamente sin nada... Y cuando salgo a la calle, lo hago tapada y doy otro nombre porque la prensa me persigue y me siento desprotegida.

—Si usted se siente de esa manera, nosotros podemos ofrecerle que declare bajo reserva de identidad, para su mayor seguridad y que ningún tercero sepa lo que nos dijo.

—Sí, por favor —Adriana se inclinó hacia adelante y junto ambas palmas, como en una plegaria—. Si no, me quedo callada.

—De acuerdo —Miranda se levantó de su silla y su secretaria lo imitó—. Entonces le pedimos que retire, mientras redactamos la documentación necesaria para incorporarla a dicho régimen. Y cuando esté todo listo la volvemos a convocar.

—¿Para cuándo? —la testigo también abandonó su asiento.

—Lo antes posible. Quédese tranquila —el fiscal le señaló la puerta y la mujer abandonó su despacho inmediatamente, pero en vez de aguardar en el interior de Tribunales prefirió hacerlo en el *shop* de la estación de servicios de la entrada a la ciudad, sobre la ruta, para no cruzarse con nadie conocido. Y mientras tomaba un café no pudo dejar de pensar en que, tarde o temprano, cuando se supiera lo que tenía para contar, se iban a dar cuenta de quién lo dijo. “Es tan obvio”, se lamentó.

Al retomar su declaración, la cual se convirtió en una completamente nueva y a título de un “testigo de identidad reservada” en el expediente, Adriana se sintió más suelta y pudo explayarse con mayor tranquilidad.

*“Un día, después de que acusaron a Fernando, Mariano me llamó para vernos y yo le dije que estaba cansada, entonces él me dijo que me iba a arrepentir. Yo le pregunté de qué y él se largó a reír. Le insistí y me dijo: ‘Te vas a arrepentir como Lionetta’”,* recordó la mujer, cuyas últimas palabras paralizaron por unos instantes al fiscal Miranda, quien cruzó unas rápidas miradas con su secretaria, las únicas dos personas presentes en la entrevista, la cual no se llevó a cabo en la oficina habitual del instructor judicial, sino en una habitación especialmente privada y resguardada.

*“Después de esa charla fue que yo comencé a hacer terapia con un psiquiatra que me recomendó que le alejara de Mariano porque esa relación me estaba haciendo*

*mal, así que decidí terminar con él*”, continuó la testigo ante el mutismo de los funcionarios judiciales y agregó: “*Además, me enteré que él estaba saliendo con otra mujer.*”

—¿Y cuándo volvió a hablar con él? —Miranda recobró la iniciativa.

—Nunca más. Dejé de atender sus llamados y como él insistía cambié mi número de celular y lo borré de la lista de mis contactos. Pero Mariano averiguó, no sé cómo, mi nueva línea, y volvió a llamarme.

—Si ya no lo tenía entre sus contactos, ¿cómo sabía que era él quién la llamaba?

—Porque me sé su número de memoria —Adriana torció la boca, mientras la secretaria sonrió, aunque borró aquella mueca enseguida, al ver la reacción de disgusto de Miranda.

—¿Se sintió acosada?

—Estaba asustada. Tenía miedo de terminar como Lionetta. ¿Me entienden? —la testigo se llevó las manos hasta los pómulos, sonrojados—. Tenía las ventanas de mi casa todo el tiempo cerradas, cuando salía miraba siempre para atrás para asegurarme de que nadie me siguiera, dejé de usar mi auto y empecé a moverme en remís y, después, cuando él declaró en la causa y dio mi nombre, me empezaron a perseguir los periodistas. Fue una locura.

—¿Pero le tenía miedo a Mariano o a los periodistas?

—Tenía miedo real a que me mataran.

El fiscal hizo una pausa y le ofreció a la mujer un vaso con agua, que ella bebió hasta vaciarlo.

—¿Recuerda qué fue lo que usted hizo el fin de semana en el que ocurrió el crimen de Lionetta? —Miranda cambió el curso de la conversación.

—Me fui de viaje a Buenos Aires, a visitar a unos primos y, de paso, pasé a ver unos vitrales que me habían pedido. Fue un paseo tranquilo, todo bien, y volví el domingo a la noche.

—¿Y cuándo se enteró del hecho?

—A la mañana siguiente. Estaba en boca de todos los vecinos de esta ciudad. Imposible no escuchar algún comentario al respecto.

—¿Habló con el señor Mancini en esos días inmediatamente posteriores al homicidio?

—Hablamos a la semana, más o menos. Pero no mencionó a su esposa. Y recién volvió a tocar el tema cuando acusaron a Fernando.

—¿Y qué le dijo en esa segunda ocasión?

—Me dijo que no podía creer que su hijo fuera gay, que se sentía molesto y avergonzado por aquella situación porque nunca se lo había imaginado.

—¿Podría decirse que estaba más preocupado por la sexualidad de su hijo que por el homicidio de su esposa?

—Al menos en esa charla, sí.

—Entonces, ¿nunca más hablaron del crimen?

—Una vez más, solamente. Yo le pregunté si él sospechaba de alguien y me respondió con un gesto como diciendo ´ni idea´, pero no me dijo nada. Como que siempre buscaba evitar el tema y siempre tuve la sensación de que no contaba todo lo que sabía...

—¿Podría describir cómo era la situación económica de Mancini en aquella época?

—Ante todo, quiero aclarar que yo lo conocí en la Universidad, cuando era un simple chico de clase media y no tenía el despliegue de viajes y lujos que tuvo después. Por eso lo considero un `nuevo rico`, al que le gustaban las fiestas, codearse con gente

poderosa, ir de vacaciones al extranjero, comprarse ropa cara y ese estilo de vida. Se podría decir que era un cholulo, siempre pendiente de su imagen y que, encima, le gustaba alardear de su excelente posición.

—¿Alguna vez notó un movimiento sospechoso del dinero y los bienes que él manejaba?

—No, pero los gastos de Mancini no coincidían con los de cualquier otro médico exitoso. Lo de él era demasiado...

—¿Y cómo cree que financiaba ese costoso estilo de vida?

—Supongo que a través de algún tipo de negocio con sus contactos. Porque, en el fondo, él era un pijotero. Ni su esposa sabía cuánto dinero tenía.

—¿Se le ocurre quién podría estar entre esos contactos?

—El abogado Landívar, seguro. Son inseparables, aunque nunca entendí bien por qué, dado que en esta ciudad nadie lo quiere. Solo Mariano lo banca. Es más, lo considera como el hermano mayor que nunca tuvo. A mí siempre me pareció un tipo soberbio y que le pasó esa soberbia a su amigo.

—¿Y al señor Mancini cómo lo ve?

—Cómo médico es cariñoso, atento y cálido; pero en el resto de su vida es un actor, aunque uno bastante burdo —Adriana sonrió por primera vez en todo el interrogatorio, aliviada.

—¿Con su esposa actuaba?

—No lo sé. Tampoco me consta que Lionetta supiera de nuestra relación o que tuvieran un acuerdo de pareja abierta.

—Por último, ¿planea quedarse en la ciudad?

—No, no. Solo vine porque ustedes me convocaron. Y después, vengo de vez en cuando a saludar a mis padres, que es lo único que me quedó acá. Mi hija ya se instaló en otro lugar y yo ya le vendí la parte de mi antigua casa a mi exesposo. Así que...

—Entiendo —Miranda se abotonó el saco, mientras que su secretaria dejó de realizar anotaciones—. ¿Quiere agregar algo más?

—Sí —la novedosa firmeza de la testigo impresionó al fiscal, quien se aprestaba a levantarse de su asiento, en el que volvió a acomodarse.

—Prosiga —Miranda extendió su brazo hacia adelante, en dirección al lado opuesto de la mesa junto a la que se ubicaba Adriana.

—Quisiera dejar constancia de que la primera vez que declaré, en un momento de la entrevista, el doctor Di Marco se retiró del despacho y me dejó a solas con un efectivo policial que me dijo que me convenía no revelar nada sobre mi vida privada, para ahorrarme problemas.

—Ajá.

—Entonces, yo le aclaré que sabía perfectamente que podían acusarme de falso testimonio, pero él insistió. Así que finalmente negué mi relación con Mancini.

—¿Sabes quién era ese policía?

—No sé su identidad. Sí estoy segura de que no era de la ciudad porque por mi trabajo en Tribunales conozco a todos los de acá. Y recuerdo que era alto y robusto, que estaba vestido de civil y usaba anteojos.

“Ya sé perfectamente quién fue ese policía”, le dijo, por lo bajo, el fiscal Miranda a su secretaria, luego de que la testigo terminó de declarar, firmó el acta y se retiró sola, sin custodia, porque así lo prefirió ella.

Mancini estaba tirado en el sillón, con el vaso de whisky semivacío en una mano y su celular en el otro, de forma casi idéntica a las últimas dos noches, en las que había decidido permanecer recluido en la cabaña. Y en esta ocasión, mientras observaba como la madera se consumía lentamente en el fuego, dialogaba con su abogado, quien ese día había podido acceder al expediente y conocer el detalle de la imputación efectuada por el fiscal Miranda y los elementos que, supuestamente, la sustentaban.

—Sin dudas que la declaración de esta testigo de identidad reservada es lo más fuerte que tienen para acusarte como presunto autor material del homicidio de Lionetta y trabarte un embargo por tres millones de pesos sobre sus bienes. Pero también es lo único —el abogado se desajustó la corbata y se acomodó detrás del escritorio de su departamento, sobre el que había un maletín y una pila de documentos.

—Yo sé quién es esa testigo. Y no me preocuparía por ella. Está completamente loca.

—Lo sé. Pero también hay otros testimonios de tu círculo íntimo que dejaron abierta una ventana horaria en el viaje por el torneo de tenis.

—¿Y eso? —Mariano despegó su espalda de los almohadones, se reincorporó con esfuerzo y apoyó ambos pies cubiertos con medias sobre la alfombra.

—Según el fiscal, si bien los testigos del torneo te ubicaron en el hotel hasta las veintidós, cuando te fuiste a tu habitación después de cenar, y a las ocho, cuando bajaste a desayunar; ese período de tiempo fue suficiente para que vinieras a la ciudad y cometer el crimen.

—Pero, eso es imposible. En auto son siete horas de ida y otro tanto de vuelta — el cirujano apoyó su vaso en el piso, junto a sus zapatos y la botella, en la que todavía quedaba un último trago.

—Miranda cree que, gracias a Landívar, conseguiste un avión privado para ir y volver en menos de dos horas por cada tramo. Y que después, en función de mucho dinero y contactos, hicieron desaparecer todo registro de ese vuelo.

—¡Es absurdo!

—Totalmente. Pero ésa es la hipótesis que elaboró la fiscalía.

—¿Y por qué no acusó también a mi amigo?

—Y bueno. Claramente no tiene elementos suficientes. Lo que, en definitiva, demuestra que todo esto es un delirio, un manotazo de abogado, que no se sustenta en ninguna prueba. Así que no te hagas problemas. En la indagatoria vamos a rebatir tranquilamente esta teoría.

—Eso espero.

—Quedate tranquilo, Mariano —Brítez se puso de pie y comenzó a guardar documentos en el maletín—. Lo único que te pido es que tengas paciencia.

—Está bien, doc.

—Y ahora discúlpame, pero tengo que cortar porque mañana viajo a la capital, adonde tengo un juicio importante. Así que voy a estar bastante ocupado por estos días.

—Listo, listo. Después hablamos —Mariano cortó, se sirvió en el vaso lo que quedaba en el fondo de la botella de whisky y encendió el televisor ubicado junto a la chimenea para ver algún partido de la Copa Libertadores de fútbol, que tenía al “Millonario”, su equipo preferido, como principal candidato.

Por su parte, Brítez debía presentarse en el juicio para ejercer la defensa de unos de los policías provinciales acusados de integrar una asociación ilícita dedicada a encubrir comercializadores de drogas y entre los imputados se encontraba el excomisario Suárez, quien luego de su actuación en el Caso Lionetta dejó la División Homicidios y pasó a la

de Lucha contra el Narcotráfico. Sin embargo, este efectivo, que llegaba al debate preso al igual que el resto, tenía otro letrado que le representaba.

Esta investigación había comenzado en septiembre de 2013, en plena campaña electoral de diputados y senadores nacionales, cuando un grupo de policías antidrogas fue acusado de formar una banda que se quedaba con estupefacientes y dinero que secuestraban en distintos allanamientos. Luego vendían esa droga o la “plantaban” en otros procedimientos para fabricar causas judiciales.

A su vez, uno de los efectivos implicados apareció muerto de un balazo en la cabeza días después de conocerse la investigación. Lo encontraron en un auto no identificado de la Policía en un camino rural y si bien las dos autopsias que se le practicaron al cuerpo determinaron que se suicidó, su familia seguía sosteniendo que lo mataron para callarlo.

Curiosamente, quién destapó este escándalo no había sido un policía “arrepentido”, sino un detenido por narcotráfico, que declaró que él pasaba datos a los efectivos y testificaba en sumarios falsos, a cambio de importantes sumas de dinero. Y cuando no tenían plata para pagarle, le entregaban parte de la droga, la cual él revendía y se quedaba con esas ganancias. Todo desde la comodidad de su celda VIP en la cárcel del Servicio Penitenciario Provincial, que también se encontraba bajo la lupa de la Justicia.

## VIII

Los últimos días de verano en el área mediterránea del país solían ser sumamente calurosos, como si se resistieran a ingresar al reposo otoñal. Y si bien ese tipo de jornadas conformaban un clima ideal para estar de vacaciones, a esa altura del año toda la actividad ya estaba en marcha, por lo que quedaba poco tiempo para el relajo y el disfrute. En ese marco, Fernando, recién llegado desde Europa, su lugar de residencia desde hacía varios años; y su hermana Victoria, quien se había convertido ya en una habitante permanente de la Capital Provincial; encabezaron una movilización en la puerta de los tribunales de la ciudad para defender a Mariano, quien esa misma mañana iba a comenzar a ser sometido a juicio oral por el crimen de su esposa Lionetta, poco más de cinco mil quinientos días después de cometido el hecho.

Vestidos con sendas remeras blancas y jeans claros; y llevando correctamente colocados sus respectivos tapabocas, tal como lo disponía obligatoriamente el protocolo ante la pandemia por Covid-19, los hermanos se mostraron en público por primera vez desde el asesinato de su madre.

*“Mi padre es absolutamente inocente. Podía tener muchos defectos como papá, como marido, como amigo; pero eso no lo convierte en un asesino. En esta causa se dijeron muchas mentiras”*, afirmó ante los periodistas apostados en la puerta del edificio judicial la hija de la víctima, quien, además del barbijo, llevaba puestos unos lentes para el sol.

Victoria era más alta que su madre, tenía una cabellera larga y castaña clara, y en todo momento sujetó la mano de Fernando, quien ya no se veía como el chico vulnerable de la época en la que había sido acusado de violar y matar a su madre, sino que se

mostraba como persona adulta y segura de sí misma, y afianzada en su profesión de Contador Público.

Al menos así lo advirtieron los allí presentes Santi Carreras y su colega Juárez, en cuyas barrigas más abultadas y cabellos más finos y blancuzcos se podía apreciar también el inexorable paso del tiempo.

*“Lo que ha hecho el fiscal Miranda es un verdadero mamarracho. Peor aún que lo que hizo, en su momento, Di Marco”*, señaló el hijo de Mariano, en referencia a que el segundo fiscal de la causa primero imputó a su padre como autor material del crimen, pero luego lo envió a juicio como presunto “instigador” del mismo; por ello, le añadió al vínculo y la alevosía el agravante de la “promesa remuneratoria”. Este último no cambiaba la pena en expectativa, que era la perpetua, pero tenía una razón de ser para el Ministerio Público más allá de esa cuestión.

Es que Miranda no había podido conseguir ni un solo elemento de prueba que pudiera demostrar que el viudo había contratado un vuelo privado “fantasma” para viajar él en persona desde Buenos Aires hasta su ciudad y cometer el crimen, por lo que encontró la opción técnica jurídica de la “promesa remuneratoria” para acusarlo de contratar un sicario que consumara el homicidio; mientras él siempre permaneció en el hotel donde se alojaban los participantes del torneo de tenis al que asistió junto a su amigo y abogado Landívar.

El punto oscuro que remarcaban los defensores del viudo radicaba en que el fiscal tampoco había podido identificar al presunto asesino a sueldo; al tiempo que el instructor judicial mantenía firme su hipótesis sobre el móvil del crimen, el cual se basaba en la presunta negativa del cirujano de divorciarse de Lionetta para no tener dividir los bienes matrimoniales.

Por su parte, Victoria fue más allá con sus críticas, y apuntó a otras pistas: *“Hay un amigo de la familia que nunca fue investigado, a pesar de un montón de pruebas que se aportaron sobre él.”*

—¿A quién se refiere precisamente? —Preguntó el joven movilero del programa de Mastandrea—. Porque desde un inicio que se sindicó a varias personas que después se determinó que no tuvieron nada que ver y cuyos nombres quedaron manchados para siempre...

Victoria miró fijamente al movilero y apretó los labios; y aunque de su boca no salió ninguna palabra más, la respuesta estaba dando vueltas por ahí, flotando en el aire seco y cálido, bajo una luz radiante que le sacaba brillo hasta las baldosas de la vereda del frente del Palacio de Justicia, cuyo jardín delantero ya no contaba con aquel viejo suelo de conchilla.

Aunque ése no había sido el único cambio en dicho edificio, dado que el entrepiso, donde funcionaba el recinto de la Segunda Cámara del Crimen (la Primera tenía su sede en la principal ciudad de la provincia), había sido remodelado años antes, cuando comenzaron a celebrarse los juicios con jurados populares y se amplió la sala de audiencias para que cupiera una mayor cantidad de personas y estuvieran todos más cómodos.

La mencionada Cámara había sido sorteada para dirigir los aspectos técnicos del debate oral, aunque la decisión de si el viudo era culpable o no iba a estar en manos de los dieciocho jurados seleccionados, doce titulares y seis suplentes, con igualdad de número por género.

A su vez, como se esperaba una gran afluencia de periodistas y público, el Supremo Tribunal de Justicia de la provincia había dispuesto que las audiencias fuesen transmitidas en vivo y en directo por su canal de video *online*; lo que permitía, sobre todo

a los periodistas nacionales e internacionales, cubrir el desarrollo del juicio desde cualquier dispositivo con una pantalla y conexión a Internet.

Pero más allá de esta accesibilidad, Carreras quiso estar presente en la primera audiencia del debate, al igual que tantos otros trabajadores de la prensa local y provincial.

La sala de audiencias era un auditorio con forma de herradura. Las paredes estaban pintadas íntegramente de blanco y todo el mobiliario de una melamina símil madera, de tono claro, al igual que el piso flotante que tenía distintos desniveles: uno para el largo escritorio de los jueces de la Cámara, otros dos más cortos y enfrentados al primero que estaban designados para la defensa y las partes acusadoras; y los restantes más elevados en forma escalonada para las hileras de asientos reservadas para el público. Mientras que, en un costado, del lado opuesto a la puerta de entrada de doble hoja, estaba el corralito para el jurado popular. A su vez, entre este sector y el del tribunal técnico se colocó una enorme pantalla *Smart* para reproducir pruebas en imágenes y videos desde la computadora de la secretaría.

En tanto, el muro del fondo y del lateral en el que no se encontraba el jurado popular había varias ventanas de aluminio y vidrios biselados a través de las cuales el recinto ganaba luminosidad.

Por su parte, Fernando ingresó a la sala con una camisa celeste sobre su remera blanca, dado que en el interior de la misma estaba encendido el aire acondicionado que generaba un ambiente fresco.

*“Acá tendría que haber otra persona sentada en el banquillo de los acusados y esa persona es el señor Gustavo Albornoz, a quien los fiscales nunca investigaron en serio, porque si había alguien que tenía motivos para silenciar a mi madre era él. Y así como acusan a mi padre de haber enviado un sicario desde Buenos Aires, él también*

*podría haberlo hecho tranquilamente*”, afirmó el hijo de Lionetta al defender la inocencia de Mariano ante las preguntas del fiscal de juicio *Cristian Ramírez*.

Fernando reconoció que su madre había tenido una “relación íntima” con Albornoz porque él los había visto en una ocasión besarse a bordo del auto de la mujer, aunque, aclaró que nunca se lo mencionó a ella ni a nadie más de la familia.

—Entonces, ¿por qué cree que el señor Albornoz tenía motivos para matar a la señora Greco? —insistió el fiscal Ramírez, lo suficientemente joven y arrogante como para hacerse cargo de la acusación de su colega Miranda, la cual parecía tener agujeros por doquier.

—Porque los Albornoz eran amigos nuestros y él no habría querido jamás que ella hablara y alguien más se enterara de esa relación a escondidas, porque eso habría destruido toda su vida personal.

—¿Y cuál sería la motivación de la víctima para hablar sobre esa relación, siendo que ella también podía ver afectada su matrimonio si alguien se enteraba de la misma?

—Mi madre era una mujer con una fuerte personalidad. Que no le tenía miedo a nada ni a nadie. Y si alguien la presionaba, ella reaccionaba. Tal vez, Albornoz la provocó y ella amenazó con hablar...

Fernando bebió un sorbo de agua y luego continuó su declaración, sin que ninguna de las partes le hiciera una pregunta directa.

*“Con el crimen de mi madre empezamos a vivir un calvario en mi familia. Y hasta el día de hoy lo seguimos viviendo. Es más, creo que lo viviremos para siempre porque han investigado tan mal que nunca se sabrá quién la mató. Los medios, la Justicia, la Policía y la política ensuciaron todo, ocultando la verdad. Convirtieron un espantoso caso de violencia de género en una novela. Es algo bochornoso. Y ni que hablar de lo que hizo el fiscal Di Marco conmigo: me arruinó la juventud con una acusación ridícula*

*por el simple hecho de que yo todavía no había asumido mi homosexualidad. Quiso meterme preso a mí y a mi pareja por ser gay. Una perversidad total. Como si ser gay fuese un crimen”, se descargó de corrido, pero marcando palabra por palabra, lo que les dio tiempo a los periodistas de ir anotando las frases principales en sus anotadores y laptops.*

A su turno, Victoria declaró que al momento del crimen de su madre ella no sabía de la relación entre Lionetta y Albornoz, sino que se enteró de la misma mucho tiempo después, de boca de su hermano.

*“Yo era chica y para mí éramos una familia normal y unida. Después, Fernando me fue contando que nuestros padres tenían ciertos problemas, menores, como en cualquier otro matrimonio. Pero nunca hubo actos de violencia ni se habló de que tuvieran intenciones de separarse. Por eso, todo lo que nos pasó en estos quince años nos destruyó y aunque no lo demuestre, mi papá está quebrado por dentro”,* afirmó la mujer, quien extendió su brazo hacia la izquierda, señalando el banquillo de los acusados, donde su padre, acompañado por el abogado Brítez, escuchaba con atención, sin realizar comentarios ni gestos. Con su rostro serio y una postura firme, casi sin moverse en su asiento.

*“Inmutable”,* así lo describió Carreras en su crónica de la primera jornada del juicio que se publicó el mismo día en la versión web del diario y luego, más extendida, en la edición impresa, cuya portada mostró una fotografía del acusado, sentado con la espalda recta, la cabeza en alto y la mirada al frente, hacia el tribunal y en el epígrafe se leía *“el viudo sigue sin hablar en público”*. Sin embargo, el abogado defensor había adelantado en su alegato de apertura que el imputado iba a hacer su descargo y a responder a todas las preguntas de las partes, una vez que finalizaran de declarar todos los testigos, es decir, al final del debate.

La siguiente jornada del juicio contó con la declaración de Joaquín, el hermano de Lionetta, cuyo testimonio resultaba de sumo interés para el fiscal Ramírez, a quien también le habría gustado poder contar, en igual sentido, con los dichos de la madre de la víctima; pero la anciana había fallecido en 2020 por el coronavirus, por lo que su testimonio se iba a incorporar por lectura.

La muerte de la madre de Lionetta significó, además, que en el juicio no hubiera un particular damnificado, dado que Joaquín ni ningún otro familiar directo de los Greco tomaron el lugar de la señora. Mientras que, del lado de los Mancini, nadie lo hizo tampoco porque buscaban sostener así la inocencia del cirujano.

Con menos público en el recinto y también una menor cantidad de periodistas presentes (seguían la audiencia vía Internet), el hombre repitió, más o menos, lo que había manifestado durante la instrucción de la causa.

*“Creo que, desde un comienzo de la investigación, la Policía y la Justicia tomó por un camino equivocado. Por ejemplo, estando yo en el chalet cuando se descubrió el crimen, escuché a varios efectivos y peritos decir que se trataba de un presunto suicidio o un juego sexual que terminó en un accidente fatal. Un disparate, ya que no había que ser un experto en Criminalística o Medicina Forense para advertir que era un homicidio. Con solo ver la escena bastaba para arribar a esa idea”,* señaló Joaquín, quien llevaba en su mano derecha un rosario que le había regalado su madre y que era igual a uno que solía tener Lionetta.

*“Y que no me vengan a decir que no había pruebas, porque las pruebas sobran. El problema fue que también abundaron los errores de parte de los investigadores que no analizaron esos elementos con profundidad”,* añadió.

—Señor Greco —lo interrumpió el fiscal Ramírez—, ¿podría especificar a qué pruebas se refiere?

—Yo vi las fotos del cadáver de mi hermana y tenía marcas por todos lados y me dio la impresión que no les prestaron debida atención o directamente las minimizaron — Joaquín giró la cabeza hacia un costado para hablar de cara al fiscal—. Y también Landívar, a quién nunca se investigó.

—¿Y por qué sospecha del señor Landívar?

—Porque fue el primer oportunista que quiso sacar provecho del crimen de mi hermana, esparciendo rumores con meros fines políticos que solo lo beneficiaban a él.

—Entonces, ¿cree que al señor Mancini sí se lo investigó en profundidad? Porque el acusado sostiene que siempre estuvo junto a su amigo y abogado Landívar.

—Lo único que sé respecto de Mariano es que, en el último tiempo, antes de que mataran a Lionetta, él hacía todo lo que Landívar le pedía. Muchas veces, sin saber en qué se estaba metiendo...

A su turno, el defensor Brítez sólo le hizo una pregunta al testigo:

—¿Cree que el señor Mancini es culpable? ¿Sí o no?

—No. Por más que quisiera deshacerse de Lionetta, él jamás se habría animado a matarla ni a contratar a un sicario para hacerlo en su lugar. A él siempre le gustó la plata fácil y la joda. La que llevaba los pantalones en la familia era mi hermana.

—Su respuesta es no, entonces —Brítez miró al jurado popular—. El resto del comentario no era necesario.

Para mí sí, se dijo Joaquín antes de levantarse del estrado de los testigos y ante el murmullo risueño del público, al tiempo que Mancini le hablaba a su abogado al oído y cubriéndose la boca con la mano, como lo hacían los futbolistas profesionales en pleno partido para que a través de las imágenes de televisión no les leyeran los labios.

Cada audiencia del juicio tenía una larga serie de testigos; sin embargo, solo había un testimonio clave o importante por jornada, el cual generalmente se producía a primera hora, cuando los jurados, el tribunal y las partes tenían la mente despejada y podían prestar especial atención a cada detalle. Y en el medio intercalaban las declaraciones de los policías y peritos, quienes procuraron ser breves para tratar de disimular los resultados negativos de varias de los análisis de rigor, cuyas muestras se vieron afectadas por la contaminación de la escena del crimen.

Así fue que la siguiente jornada arrancó con la declaración del exasesor Méndez, el primer imputado que había tenido la causa.

*“Desde el primer momento siempre sostuve que estuvo todo armado para inculparme a mí y tapar al verdadero homicida que hoy se encuentra allí sentado”*, señaló el testigo con su brazo derecho extendido hacia el banquillo de los acusados, aunque siempre mirando hacia el tribunal.

El abogado reiteró lo que siempre aseguró en público y ante el fiscal Di Marco: que él no conocía a Lionetta y que se enteró de lo ocurrido con ella cuando se difundió la noticia del crimen en los medios de comunicación.

*“Quiero que termine este caso porque me hizo mucho daño injustamente. Por culpa de rumores infundados y malintencionados yo tuve que vivir un calvario y no debería estar sentado aquí”*, indicó.

Lo que llamó la atención del fiscal Ramírez fue que el testigo contó que esos “rumores” habían comenzado a circular sospechosamente antes de descubierto el crimen de Lionetta, un dato que nunca antes había aportado.

*“Dos días antes de que saliera la noticia me llama por teléfono un amigo mío y me dice que había hablado con una persona y que ésta le confió que le había llegado la versión de que yo tenía un supuesto romance con la esposa del cirujano Mancini.*

*Entonces yo le pedí, por favor, que no comentara eso con nadie porque era mentira y yo tenía esposa e hijos y me podían meter en un lío, cuando, en realidad, yo no tenía nada que ver”,* explicó Méndez.

—¿Al señor Mancini sí lo conocía? —inquirió el fiscal.

—Sólo de nombre. No personalmente. A quién sí conocía era Landívar y creo que fue él quien direccionó la causa hacia mí porque estaba enfrentado al entonces ministro Brizuela y operaba políticamente para la oposición.

Méndez giró la mirada hacia donde se encontraba Mancini y luego se volvió hacia el fiscal, sentado en el lado opuesto.

*“Como se dice en la jerga política: a mí me tiraron un muerto”,* concluyó el testigo, en cuyo tono de voz aun podía apreciarse la bronca derivada de tanto sufrimiento atravesado durante más de quince años. Y ahora, que ya no ocupaba ningún cargo en la administración pública, al fin pudo desahogarse.

Otro de los testigos que también se sacó un peso de encima al declarar en el juicio fue el albañil Zanabria, quien desde su sobreseimiento definitivo se había mudado a las sierras, un sector de la provincia en pleno crecimiento, sobre todo, en materia de construcción de propiedades inmuebles, tanto particulares como en el sector hotelero, por lo que allí consiguió más y mejores empleos, y convivía junto a su pareja y el hijo de ambos.

*“Lo único que yo escuché es lo que siempre voy a repetir: un día antes que el señor Mancini se fuera a Buenos Aires él discutía con su esposa en la habitación matrimonial y le decía a ella `esto se va a acabar`”,* recordó sobre su último contacto con el matrimonio en el chalet de VEC, donde el albañil estaba terminando la obra en la terraza de ese dormitorio, en la planta alta, aunque él no era el único, sino que había

habido otros obreros en los días previos abocados a otros aspectos de la refacción, varios de los cuales eran los denominados “golondrinas”.

—¿Usted sabe cuál fue el motivo de esa discusión? —se interesó el fiscal Ramírez, quien hablaba por micrófono desde su escritorio, en el que releía una serie de documentos.

—No sé, exactamente. Pero, por lo que alcancé a escuchar, creo que ella se quería separar y le reclamaba algo.

Luego, en otro tramo de su declaración, Zanabria apuntó directamente contra el excomisario Suárez y su brigada: *“Fueron los que armaron la causa para meterme preso.”*

Por entonces, el exjefe de Homicidios y de Lucha contra el Narcotráfico de la Policía Provincial estaba preso tras haber sido condenado como integrante de la banda de efectivos que se quedaba con drogas y dinero que secuestraban en los allanamientos para enriquecerse en forma ilícita y plantando estupefacientes a inocentes; y no había sido citado como testigo en el juicio por el caso Lionetta por ninguna de las partes, dado que todas sus diligencias fueron hipótesis descartadas y que nada tenían que ver con la situación judicial actual del viudo.

*“Esos policías empezaron a venir a mi casa todo el tiempo. Me decían que ellos sabían que habíamos sido Cárdenas y yo los autores del crimen, y que uno de los dos iba a tener que ir preso, por lo que me quería hacer declarar en contra de Cárdenas. Y eso habrá sido lo que obligaron a hacer con él”,* recordó Zanabria.

Y agregó que también “armaron” la escena del crimen durante la reconstrucción para sostener la teoría de que él se había trepado por la pérgola hasta la terraza: *“Cuando hablaban conmigo tenían el celular prendido con el abogado Landívar en línea para que él escuchara todo lo que se decía, y después les daba órdenes.”*

## IX

*Yo no puedo creer que Landívar no haya sido imputado como cómplice de Mancini con todas las declaraciones en su contra que hay, las cuales no surgieron en el juicio, sino que vienen desde antes y, además, son aún más graves que las que hay contra el acusado,* se dijo Carreras mientras observaba la esperada declaración del amigo y abogado del viudo a través de la pantalla de su computadora personal, ubicada en la oficina de trabajo remoto que había montado en la habitación de servicio de su casa durante la “cuarentena” dispuesta por el Gobierno Nacional ante la pandemia de coronavirus. Por entonces, el periodista residía allí solo, excepto los fines de semana, cuando lo visitaba su hijo, quien el resto de los días convivía con la madre, que había optado hacía tiempo por el divorcio.

*“Yo nunca fui vocero del señor Mancini ni parte en esta causa. Solo di mis opiniones, las cuales fueron a título personal”*, aclaró, de entrada, el testigo estrella de una nueva jornada del debate, el cual ya no llamaba la atención de los medios nacionales e internacionales porque, hasta ese momento, se trataban principalmente asuntos de la ciudad y, en menor medida, de la provincia.

No obstante, Landívar reconoció que se “excedió un poco” al ayudar a Mancini “con la prensa y la Policía”, aunque negó cualquier tipo obstrucción y/o entorpecimiento de la investigación.

En todo momento, el abogado no se dirigió al tribunal, sino al jurado popular, ante el que se largó a llorar cuando recordó que durante la instrucción de la causa recibió una serie de amenazas, en una de las cuales le dijeron que una de sus hijas iba “a terminar como Lionetta”.

“Yo no puedo creer que este tipo se ponga a llorar. ¡Qué caradura!”, reaccionó Carreras al ver las imágenes en el canal *online*.

—¿Fue usted quién sugirió que se investigara al señor Méndez? —quiso saber el fiscal Ramírez.

—Yo no nombré a ese señor. Yo solo les dije al fiscal Di Marco y a la Policía que investigaran lo que pasó esa noche en la ciudad. Y una de esas cosas era el asado al que asistió Méndez y otras personas más, a las que tampoco mencioné.

—Pero, ¿sabe quién mencionó un posible romance entre el señor Méndez y la víctima?

—No, en absoluto. Pero sí debo reconocer que justo antes del viaje a Buenos Aires me llegó ese rumor y de alguna manera llegó a la fiscalía, porque allí mismo también escuché a Di Marco mencionarlo.

Luego, a instancias del defensor Brítez, el testigo recordó que fue él quien le avisó a Mancini lo que le había pasado a su esposa, mientras ambos se encontraban en el mencionado viaje, disputando el torneo de tenis. *“Le dije ‘Mariano, abrázame’; me abraza y le dije: ‘Lionetta está muerta’, o algo así. Él se cae al piso, arrodillado; estaba como desencajado y lloraba como cualquier persona que pierde un ser amado”*, relató, otra vez, de cara al jurado popular.

Por último, Landívar manifestó que su amigo quedó “devastado” por el crimen de su esposa y que desde entonces no había tenido “ni un respiro”, por lo que consideró “totalmente injusta” la imputación sobre el viudo.

*“Mariano es un buen tipo. Un excelente cirujano y un gran compañero. No un asesino”*, concluyó Landívar, tras lo cual, el presidente del tribunal, *David Valenga*, debió pedir silencio en la sala dado que se había generado una ola de murmullos.

Si bien la “novela” se había iniciado hacía más de quince años, el capítulo del juicio estaba catapultando la historia, no tanto en los medios de comunicación, como en

un principio, sino en el seno de la ciudad que se asemejaba a un escenario de ficción, lo que aumentaba las chances de que la verdad nunca saliera a la luz. “Acá estamos cada vez más alejados de la realidad, pero no se trata de un cuento, es algo serio, mataron a una mujer y todo alrededor es humo”, le confesó Juárez a Carreras, mientras ambos aguardaban en el recinto la declaración del empresario Albornoz.

Lo primero que hizo este testigo fue negar terminantemente haber mantenido un romance con la víctima, aunque reconoció que la conocía a ella y a su familia, y apuntó contra el viudo al asegurar que Mancini ejercía violencia contra su esposa.

*No sé si había agresiones físicas, pero sí verbales, económicas y psicológicas”,* afirmó Albornoz, quien desde el crimen de Lionetta había dejado de jugar al tenis en el mismo club que el viudo y terminó su relación de amistad con él. Es más, el empresario se mudó con su familia a Buenos Aires para posicionarse lejos del ojo de la tormenta.

El testigo también cuestionó con dureza a Fernando por haberlo mencionado como sospechoso al inicio del debate: *“Es un tremendo mentiroso y, al igual que su padre, miente porque no tiene la conciencia limpia. Deberían darle el premio al peor hijo, no solo por defender a su padre, sino también porque no le importa encontrar al verdadero asesino de su madre.”*

Por su parte, Mancini no se encontraba presente en la audiencia ya que desde el fin de semana previo estaba internado en observación en una clínica privada de la ciudad a raíz de un problema de presión arterial, por lo que los médicos lo trataban para bajarle el nivel de estrés, principalmente, dado que no le detectaban ninguna falla orgánica.

*“El clan Mancini solo se dedicó a culpar a personas que no tenían nada que ver con el crimen. Quisieron desviar la investigación del principal responsable, que hoy está siendo sometido a juicio”,* indicó Albornoz.

—¿Por qué cree que el señor Mancini es el principal responsable? —se interesó el fiscal Ramírez.

—Porque es una persona extremadamente avara y no quería dividir los bienes con su esposa.

—¿Era su amigo?

—Él decía que era mi amigo, pero yo no lo consideré nunca como tal. Nos llevábamos bien porque nuestras esposas e hijos sí eran amigos, sobre todo cuando eran más chicos y jugaban juntos en el barrio.

A su turno, el abogado Brítez le hizo unas preguntas puntuales:

—¿Cómo era la señora Greco para usted?

—Siempre me pareció una mujer alegre, activa, que se ocupaba de sus hijos.

—O sea, que podemos decir que tenía un mejor concepto de ella que de él.

—Ajá.

—¿Le resultaba atractiva?

—Sí.

—¿Compartió alguna fiesta con ella?

—Varias.

—¿Bailaron solos en alguna de esas fiestas?

—Sí. Pero delante de todo el mundo. No teníamos nada que ocultar —el rostro de Albornoz se ruborizó—. Es más, le llegué a ofrecer al fiscal Di Marco una muestra de mi ADN, que me extraje con mis propios peritos, para que hiciera el cotejo y él nunca la quiso llevar a cabo.

—Ok. Eso es todo. Gracias —el tono monocorde de Brítez impedía al público advertir su estado de ánimo o si el interrogatorio le había parecido positivo o negativo, por lo que las dudas persistían entre los presentes.

El otoño estaba próximo a concluir, al igual que el juicio, y solo restaban dos declaraciones decisivas: la de Adriana Smith y la del propio acusado Mancini. Sin embargo, en lugar de la mujer se presentó el médico psiquiatra que la atendía, *Jerónimo Rodríguez*.

*“El paciente no está en condiciones de declarar en el juicio. Cuando fue citada por el tribunal entró en una crisis de nervios y ataques de pánico, y volvió a recurrir a mí para su tratamiento después de años en los que parecía haber mejorado. Pero, lamentablemente, es una paciente que cuenta con antecedentes de trastornos mentales en la familia”,* explicó el perito, quien evitó nombrar a la mujer ya que esta seguía siendo una testigo de identidad reservada, por más que todos los que seguían el caso sabían perfectamente de quién se trataba.

—Pero este tribunal —intervino el juez Valenga— no lo citó para declarar, sino que primero le pidió someterse a una Junta Médica para determinar si está o no en condiciones de comparecer en el recinto.

—Sí, es correcto. Pero aquí traje un certificado que demuestra que fue asistido por una crisis de ansiedad y pánico, y que corre serio riesgo de que se reactive su afección de base. Por lo que mi conclusión, y la de cualquier colega mío, es que el paciente no está apto para someterse a ninguna de estas diligencias.

—En ese caso, y si las partes están de acuerdo, se procederá a incorporar por lectura la declaración del testigo, para lo cual, se le pedirá al público que se retire de la sala para mantener la debida reserva de identidad.

Tanto el fiscal Ramírez como el defensor Brítez, quien seguía siendo el único en ocupar el sector del acusado dado que Mancini continuaba en reposo, estuvieron de acuerdo con el presidente del tribunal, por lo que los particulares y periodistas

abandonaron el recinto y por secretaria se leyó la declaración de Adriana, quien se había instalado nuevamente en la casa de su hija, que se encargaba de llevarla a las sesiones con el psiquiatra Rodríguez.

El último en declarar fue el acusado Mancini y durante esa audiencia hubo más público que nunca. La expectativa era tan grande que el tribunal dispuso que la jornada completa se dedicara exclusivamente a esa indagatoria, aunque la misma demoró su comienzo porque los reporteros gráficos y camarógrafos se tomaron un largo rato para capturar imágenes antes de ser desalojados.

El cirujano lucía repuesto de su problema de presión arterial y vestía un traje marrón, pero sin corbata. Su rostro estaba recién afeitado y el pelo peinado hacia atrás con un gel con efecto mojado.

*“Estoy destruido, con una crisis depresiva tremenda desde que mataron a mi esposa. Y muchas veces, en todos estos años, pensé en quitarme la vida. Pero no lo hice por mis hijos”,* sostuvo el viudo en su descargo antes de aceptar preguntas de las partes y dirigiéndose a Fernando y Victoria, quienes se sentaron justo detrás de él.

*“Yo amaba a mi esposa. Ella era una gran mujer, una excelente madre y una exitosa empresaria. Teníamos problemas de pareja como cualquier matrimonio. Pero yo no la maté ni contraté a nadie para que lo hiciera”,* prosiguió Mancini, quien sujetaba en su mano un pañuelo de tela con el que se iba secando las lágrimas.

*“También es falso lo de la división de bienes”,* agregó en otro tramo de su exposición, la cual era seguida con extrema atención por los periodistas presentes en la sala y también por los que lo hacían vía Internet.

Y tras declarar una media hora de corrido, el cirujano dijo que se sentía mal y pidió interrumpir su exposición, ante lo cual, el tribunal dispuso un cuarto intermedio para que se tomara un descanso.

“Gracias. No puedo seguir así. Son demasiados años de vivir esa pesadilla”, le dijo el acusado al presidente Valenga antes de retirarse a una oficina contigua donde tomó un poco de agua, su medicación y charló más tranquilo con su abogado.

*“Yo me quise someter a este juicio para que se terminaran las mentiras que se habían dicho. Soy un hombre de bien, mi familia es una familia de bien. Si no fuera inocente no estaría acá, dando la cara”*, retomó Mancini tras el descanso, en el que acordó con su defensor que este no le haría preguntas para tratar de terminar lo antes posible.

Por ello, el único que lo interrogó fue el fiscal Ramírez, quien hizo hincapié en los dichos del testigo de identidad reservada, o sea, Adriana.

—¿Conoce o conoció usted a esta persona? —el instructor judicial debía ir con cuidado para no dar demasiadas pistas del testigo sino, el interrogatorio podía ser invalidado por el tribunal.

—Eso ya lo admití cuando me presenté espontáneamente a declarar poco tiempo después de que el fiscal Di Marco imputó a mi hijo Fernando. Otro disparate en este caso...

—Ok —el fiscal tomó el micrófono inalámbrico de su escritorio, se levantó con el aparato en la mano y caminó hasta quedar a escasos pasos del banquillo del acusado—. Esta persona declaró que en una de las últimas conversaciones que mantuvieron ambos usted le dijo que se iba a "arrepentir como Lionetta", ¿es cierto?

—Sinceramente, no lo recuerdo.

—Pero, ¿recuerda si existió esa conversación?

—Sí. Puede ser. Pero no me acuerdo exactamente de todo lo que hablamos. Sí puedo decir que, conociendo mi sentido del humor y el tono de mis conversaciones con esa persona, lo pude haber dicho en broma.

—¿En broma? ¿No le parece que fue una frase bastante sugestiva? Sobre todo, para quienes no conocen su sentido del humor ni su relación con esa persona.

—Puede ser que haya varias interpretaciones de esa frase...

—¿Y cuál sería la suya? —Ramírez bajo el micrófono y lo miró fijo, sosteniendo la mirada.

—Capaz que, a nivel inconsciente, quise decirle, insisto, un poco en broma, que se iba a arrepentir de no querer estar conmigo, como Lionetta.

—O sea que, ¿Lionetta quería el divorcio?

—Ella nunca me manifestó intenciones de separarse. Jamás. Y yo tampoco, porque no las tenía. Lo que digo es que, en el último tiempo, mi esposa empezó alejarse de mí, a pasar más tiempo a solas, a salir por su cuenta. Y, trágicamente, el asesino, que no tengo le menor idea de quién puede llegar a ser, se aprovechó de esa soledad.

—Pero hay testigos, familiares y amigos de la víctima que afirman que la señora Greco sí se quería separar.

—Reitero: ella nunca me lo dijo —Mancini se encogió de hombros y siguió con ambas manos apoyadas sobre sus muslos—. Y, en definitiva, los testigos solo aportan palabras porque no hay ningún hecho que pruebe lo que están diciendo.

Y por primera vez en toda la jornada, la sala de audiencias quedó en silencio, al menos por unos instantes, hasta que el juez Valenga tomó la palabra y dispuso un nuevo cuarto intermedio, que terminó siendo el último del día.

“Arrancó con todo el invierno. Está para una merienda con chocolate caliente, eh”, se quejó Carreras, quien procuraba calentarse las manos soplando su aliento tibio sobre las mismas, al tiempo que caminaba de un extremo al otro del pasillo por el que se accedía a la sala del juicio, el cual había entrado en la recta final dado que el jurado popular ya estaba deliberando y en cualquier momento, probablemente, esa misma tarde o noche, se conocería su veredicto.

—¿Cómo anda tu hijo? —Carreras se paró junto a Juárez, quien aguardaba junto a la puerta de acceso al recinto—. ¿Sigue jugando al fútbol en el club?

—Sí. Le encanta. ¿Y el tuyo?

—Le gusta el fútbol, pero es medio vago para ir a entrenar. Así que no quiso ir más a la escolita.

—Igual, son chiquitos todavía. Capaz que más adelante le agarra más el gustito —Juárez miró la hora en la pantalla de su celular.

—¿Hace cuánto que están deliberando? —Carreras colocó sus manos aun frías en los bolsillos de su *Montgomery*.

—Y arrancaron después del mediodía, así que van como cinco horas, más o menos —Juárez volvió a mirar el reloj de su *smartphone* e hizo el cálculo mental.

—¿Vos qué pensás? ¿Culpable o inocente?

—Para mí es un cincuenta y cincuenta...

—Para mí, también. Es muy poco lo que tiene la fiscalía. Con lo del testigo de identidad reservada no sé si les alcanza. Es más, me sorprendió que en los alegatos haya pedido que lo condenaran.

—Ramírez lo hizo para no dejar mal parados a sus colegas Di Marco y Miranda, nada más que por eso.

—Claro.

—Lo que yo quiero ver es si alguien se anima a mandar a investigar a Landívar o a Albornoz. Hay más testimonios en contra de ellos dos que del viudo. Además, los tres estaban en el mismo lugar y cada uno tenía un motivo para acallar a la víctima... Son tres posiciones muy similares.

—Coincido plenamente —Carreras extrajo su celular de uno de los bolsillos de su abrigo al escuchar el sonido de alerta de la aplicación de mensajería instantánea y advirtió que su editor se estaba impacientando y preguntaba por las últimas novedades, aunque no le respondió y volvió a guardar el teléfono—. Che, tenemos que vernos más seguido. Ahora que me separé soy un hombre libre, ¡jajá!

—Y bueno, amigo, ¿por qué no me visitás de vez en cuando? Vos sabés que yo no tengo tantas libertades para ir para allá desde que agrandé la familia —Juárez sonrió—. No te olvides que yo ya tengo tres hijos. Con uno solo era todo más fácil.

—Eso es cierto, pero... —Carreras se vio interrumpido por la brusca apertura de la puerta de entrada al recinto.

“Ya pueden pasar”, anunció la secretaria del tribunal, lo que indicaba que el jurado popular acababa de arribar a una decisión.

“Inocente”, pronunció el juez Valenga al leer el veredicto que le había entregado uno de los miembros del jurado en una hoja impresa y guardada en un sobre blanco. Y al oír esta palabra, los hijos de Mariano se abrazaron y lloraron de la emoción. Sin embargo, el viudo mantuvo la cabeza en alto, la vista al frente y solo atinó a acomodarse el cuello de la camisa. Luego de unos instantes se acercó lentamente hasta donde se encontraban Victoria y Fernando, y besó a cada uno en la mejilla. Y, por último, el cirujano se puso a hablar por lo bajo con Brítez; mientras los periodistas vociferaban todo tipo de preguntas,

los flashes de las cámaras rebotaban entre las paredes y el público se retiraba del recinto, no tan sorprendido por el fallo.

—Tengo que darle una entrevista exclusiva a Mastandrea. Seguramente ella va a querer que sea hoy mismo —dijo Mancini al oído de su abogado, una vez que la sala de audiencias quedó prácticamente desierta, luego de que el personal policial retiró a los últimos cronistas y movileros—. Se lo prometí hace mucho tiempo.

—Está bien. Ahora ya podés decir lo que quieras. Pero no te apartes de la versión que diste siempre.

—¿Vos creés que se la fiscalía va a apelar el fallo?

—Seguramente. Aunque no se me ocurre con qué fundamentos. Acá, lo que más pesó es la opinión del jurado, que es gente común y no se dejó influenciar por el fiscal y los medios de comunicación. Así que quedate tranquilo.

—Yo estoy tranquilo. Como siempre.

—¿Y tu amigo? —le susurró el letrado.

—¿Quién? ¿Landívar?

Brítez asintió.

—Ni idea. Hoy no lo vi. Y no hablo con él desde que vino a declarar al juicio.

Finalmente, Mancini y su defensor se retiraron de los tribunales sin realizar declaraciones a la prensa, que los aguardó a la salida del estacionamiento trasero del edificio judicial y los siguió hasta el chalet de VEC, donde el viudo se reencontró con sus hijos, quienes le habían prometido a su padre quedarse allí, acompañándolo y apoyándolo hasta la última instancia del proceso.

El hombre iba solo en el automóvil por la autopista hacia el sudeste, desde las afueras de la ciudad y en dirección a Buenos Aires. Era de madrugada y estaba oscuro.

Lo único que se llegaba a ver eran las luces de su propio vehículo, ya que el resto del camino se encontraba completamente despejado. Y mientras conducía por una larga recta, a una velocidad dentro de lo permitido para no llamar la atención, tomó el celular apoyado en el asiento del acompañante.

*Salió todo cómo esperábamos. Ahora estoy saliendo para el punto de encuentro. No me contactes más a este número. Yo me voy a comunicar desde otra línea,* escribió en un SMS enviado a un número que tenía guardado, pero no agendado, en el aparato móvil.

*Ok,* le respondieron escuetamente y a los pocos minutos.

*Ya me arriesgué demasiado esperándote hasta hoy por acá. Así que más te vale que cumplas con tu parte como yo cumplí con la mía,* agregó el conductor, quien había permanecido aislado todo el fin de semana, sin hablar ni ver a nadie; y recién salió a la ruta cuando el auto que le consiguió su contacto estaba listo e inmediatamente después de enterarse de las primeras reacciones sobre el hallazgo del cadáver. Ni siquiera llevaba un bolso con ropa y otros objetos personales, y antes de partir se había descartado de todas las prendas que solía utilizar en la obra y también sus herramientas. Solo llevaba una billetera en el bolsillo de su pantalón. Nada más.

La recta seguía, por lo que el automovilista conducía con una mano y con la otra extrajo el chip del celular, lo rompió apretándolo fuerte en su puño cerrado y lo arrojó por la ventanilla, al igual que la carcasa del teléfono ya que en la guantera guardada otro. Y cuando se disponía a tomar una curva pronunciada, perdió el control del vehículo, que mordió la banquina, se despistó, dio varios tumbos y quedó volcado sobre el asfalto, tras lo cual, se prendió fuego completamente.

*Buenos Aires, enero 2023.*